

*Confianza
en Dios*

Aunque la vida duela

CENTRO DE LITERATURA CRISTIANA
en países de habla hispana

Colombia:	Centro de Literatura Cristiana ventasint@clccolombia.com editorial@clccolombia.com Bogotá, D.C.
Chile:	Cruzada de Literatura Cristiana santiago@clcchile.com Santiago de Chile
Ecuador:	Centro de Literatura Cristiana ventasbodega@clcecuador.com Quito
España:	Centro de Literatura Cristiana madrid@clclibros.org Madrid
Panamá:	Centro de Literatura Cristiana clcmchen@cwpanama.net Panamá
Uruguay:	Centro de Literatura Cristiana libros@clcuruguay.com Montevideo
USA:	CLC Ministries International churd@clcpublications.com Fort Washington, PA
Venezuela:	Centro de Literatura Cristiana distribucion@clcvenezuela.com Valencia

EDITORIAL CLC
Diagonal 61D Bis No. 24-50
Bogotá, D.C., Colombia
editorial@clccolombia.com
www.clccolombia.com

ISBN: 958-9149- 51- 0

Confiando en Dios, Aunque la vida duela por Jerry Bridges

Edición 2011. Copyright © (1995). Todos los derechos reservados por Centro de Literatura Cristiana. Copyright © (1998). Todos los derechos reservados por Jerry Bridges.

Editado y publicado originalmente en inglés con el título *Trusting God*, por Navpress, un ministerio de Los Navegantes, USA.

Prohibida la reproducción total o parcial por sistemas, impresión, audiovisuales, grabaciones o cualquier medio, sin permiso de la casa editora.

A menos que se indique lo contrario, las citas bíblicas son tomadas de la Santa Biblia, Versión Reina Valera, 1960 © por las Sociedades Bíblicas Unidas.

Edición y Diseño Técnico: Editorial CLC

Impreso en Colombia - Printed in Colombia

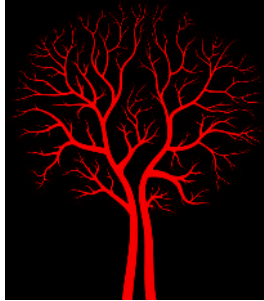
Somos miembros de la Red Letraviva: www.letraviva.com

Contenido

<i>Autor</i>	7
<i>Prefacio</i>	9
1. ¿Puede confiar en Dios?	13
2. ¿Está Dios en control?	23
<i>La providencia de Dios</i>	24
<i>Dios sustenta</i>	27
<i>Dios gobierna</i>	29
<i>¿Dios o el azar?</i>	30
<i>Bueno pero no soberano</i>	33
3. La soberanía de Dios	35
<i>El control absoluto de Dios</i>	36
<i>No siempre la soberanía de Dios es manifiesta</i>	42
<i>Dios hace lo que a Él le place</i>	45
<i>Una palabra de precaución</i>	54
4. La soberanía de Dios sobre las personas	55
<i>Dios impulsa al pueblo</i>	56
<i>Dios refrena a las personas</i>	62
<i>¿Permite Dios el mal?</i>	65
<i>El problema de la soberanía de Dios</i>	68
<i>Nuestra respuesta</i>	70
<i>Palabras de precaución</i>	73

5. <i>El gobierno de Dios sobre las naciones</i>	75
<i>Un aspecto importante</i>	76
<i>La soberanía no siempre es manifiesta</i>	78
<i>Dios elige a los gobernantes</i>	81
<i>Dios controla las decisiones</i>	83
<i>Dios determina las victorias militares</i>	87
<i>Ampliando nuestros horizontes</i>	92
6. <i>El poder de Dios sobre la naturaleza</i>	95
<i>Dios controla el estado del tiempo</i>	96
<i>Quejándose o dando gracias</i>	98
<i>Desastres naturales</i>	100
<i>Aflicciones físicas</i>	102
<i>Esterilidad</i>	104
7. <i>La soberanía de Dios y nuestra responsabilidad</i>	107
<i>Soberanía y oración</i>	108
<i>Oración y prudencia</i>	113
<i>Nuestras fallas y la soberanía de Dios</i>	117
8. <i>La sabiduría de Dios</i>	119
<i>Belleza de entre las cenizas</i>	121
<i>Santidad en la adversidad</i>	123
<i>Dios nunca explica</i>	125
<i>Los caminos de Dios son incomprensibles</i>	129
<i>¡No interprete, sino aprenda!</i>	131
<i>La sabiduría es superior a nuestros adversarios</i>	133
<i>La sabiduría de Dios en los asuntos del mundo</i>	135
9. <i>Conocer el amor de Dios</i>	139
<i>El amor de Dios en el Calvario</i>	142
<i>El amor de la familia de Dios</i>	147
<i>El amor de Dios en Cristo</i>	148
<i>El amor soberano de Dios</i>	149

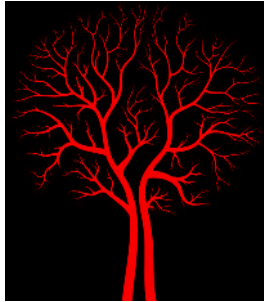
10. Experimentando el amor de Dios	153
<i>El amor de Dios en la disciplina</i>	156
<i>La misericordia del amor de Dios</i>	159
<i>La presencia de Dios con nosotros</i>	161
11. Confiar en Dios, quien es la razón de su existencia	165
<i>Dios me hizo como soy</i>	167
<i>Confiar en Dios por lo que soy</i>	171
<i>Confiando en la guía de Dios</i>	177
12. Creciendo a través de la adversidad	181
<i>Dios obra a través de la adversidad</i>	184
<i>Aprendemos de la adversidad</i>	186
<i>La poda</i>	190
<i>Santidad</i>	191
<i>Dependencia</i>	193
<i>Perseverancia</i>	195
<i>Servicio</i>	198
<i>El compañerismo del sufrimiento</i>	200
<i>Relación con Dios</i>	202
13. Escogiendo confiar en Dios	205
<i>Estar dispuesto a creer</i>	207
<i>Dios es digno de confianza</i>	210
<i>Trampas en la confianza</i>	213
14. Dando siempre gracias	219
<i>Acción de gracias</i>	220
<i>Adoración</i>	223
<i>Humildad</i>	225
<i>Perdón</i>	226
<i>Oración por liberación</i>	228
<i>Buscando la gloria de Dios</i>	229
<i>¿Puede confiar en Dios?</i>	230
<i>Notas</i>	233



Autor

Jerry Bridges es el vicepresidente para Asuntos Corporativos de *Los Navegantes*.

Creció en Tyier, Texas, y se graduó en la Universidad de Oklahoma. Mientras prestaba su servicio militar en la Marina de los Estados Unidos, Jerry conoció a Los Navegantes y pronto sintió el llamado de Dios para ese ministerio al cual ha pertenecido desde 1955. Jerry combina el ministerio de enseñanza bíblica con sus responsabilidades dentro de la organización de Los Navegantes. También es autor de los libros *En Pos de la Santidad*, *La Disciplina de la Gracia* y *La Gracia Transformadora*.



Prefacio

Cuando tenía catorce años, mi madre falleció de forma repentina. Me encontraba en la habitación contigua y llegué justo a tiempo para verla exhalar su último aliento. Yo estaba aturdido y desconsolado. Mi hermano mayor se hallaba en el colegio, y mi padre, agobiado por el dolor, no podía ayudarme. Pero, lo peor de todo es que no conocía la forma de dirigirme a Dios en momentos de adversidad. Estaba solo con mi dolor.

Esa no era la primera vez que la adversidad me había golpeado, y seguramente no sería la última. Como dice la Escritura: «*con todo, el hombre nace para sufrir, tan cierto como que las chispas vuelan*» (*Job 5:7*). En algún momento, durante diferentes circunstancias y grados todos, experimentamos la adversidad en nuestras vidas.

Ejercitar la confianza en Dios en medio de la prueba, ha sido para mí un proceso paulatino y difícil, en el cual todavía estoy perseverando. Hace varios años, en un esfuerzo por fortalecer mi propia confianza en Dios, inicié un extenso estudio sobre el tema de la soberanía de Dios en los asuntos de Su pueblo, el cual ha sido de gran ayuda, y ahora lo comparto con ustedes en este libro que es el fruto de tal análisis.

Invertí aproximadamente cuatro años en este estudio y pude observar que otros creyentes estaban enfrentados a las mismas inquietudes que yo había tenido. Surgían entonces algunos interrogantes: ¿En realidad controla Dios las circunstancias de nuestras vidas, o las cosas «malas» tan sólo ocurren porque vivimos en un mundo condenado por el pecado? Si en verdad Dios controla las eventualidades de nuestras vidas, ¿por qué permitió que mi amigo tuviera cáncer? ¿Puedo confiar en Dios cuando se presentan contratiempos en las diferentes áreas de mi vida?

Este libro surgió como resultado de buscar solución a mis dificultades, y de observar que gran cantidad de creyentes tenían preguntas y dudas similares. Está escrito desde la perspectiva de un hermano y compañero, para aquellos que se preguntan en muchas ocasiones: «¿En realidad, puedo confiar en Dios?»

Confiado en Dios, ha sido un libro difícil de escribir, y por lo mismo soy consciente de las situaciones dolorosas en mi propia vida. No había observado de manera tan clara como ahora, la penetrante naturaleza del sufrimiento y el dolor, especialmente entre los creyentes. Como consecuencia de mi profunda percepción del sufrimiento en torno a mí, me pregunto con frecuencia: «¿Creo verdaderamente en lo que estoy escribiendo?»

También he podido observar que algunos de mis amigos han pasado por adversidades peores que las mías. ¿Quién soy yo para pretender escribirles palabras de aliento e instrucción cuando en realidad no he sufrido el mismo grado de dolor que ellos han experimentado? Mi respuesta a esa pregunta es saber que la verdad de la Palabra de Dios y la seguridad que da, no dependen de mi experiencia. No he escrito este libro confiado en mis conocimientos, que no son nada del otro mundo; lo he hecho como un estudio bíblico acerca de Dios, Su soberanía, sabiduría y amor para el momento en que nos afligen las adversidades.

Confianza en Dios, está escrito para el cristiano común, que no necesariamente ha experimentado un problema muy grande pero que, con frecuencia, se encuentra con las dificultades y angustias propias de la vida tales como embarazo frustrado, pérdida del trabajo, accidentes automovilísticos, hijos rebeldes, el profesor injusto en la universidad, etc. Estas circunstancias no son muy notorias en nuestras vidas; en realidad, muchas veces se albergan en un corazón quebrantado y confundido. Estas situaciones son frecuentes en la vida de las personas, aun así no son recordadas cuando estamos en oración.

Anhelo sinceramente, que en ninguna de las observaciones que hago en los siguientes capítulos se encuentren respuestas superficiales y facilistas a los difíciles problemas que subyacen de la adversidad y del sufrimiento. No existen respuestas fáciles; la adversidad es difícil aunque sepamos que Dios tiene el control de lo que pasa a nuestro alrededor. En efecto, ese conocimiento tiende algunas veces a agravar el dolor, y entonces nos preguntamos: «Si Dios tiene el control de todas las cosas, ¿por qué permitió que esto sucediera?»

Este libro tiene una doble finalidad: Primero, el anhelo de glorificar a Dios, reconociendo Su soberanía y Su bondad. Segundo, el deseo de animar al pueblo de Dios al demostrar, basado en la Escritura, que Él tiene el control de sus vidas, que Él los ama y que obra en todas las situaciones de la vida para nuestro bien.

El lector observará que he incluido abundantes citas de otros autores. Sin embargo, este libro no es solamente un resumen de las opiniones de otras personas. Las convicciones básicas que se establecen en estos capítulos son el resultado de mi propio estudio bíblico, realizado durante un largo período de tiempo. No obstante, expreso mi gratitud a otros autores por la reafirmación y, en varias ocasiones, aclaración de mis conceptos acerca de estas verdades.

Igualmente, quiero expresar mi agradecimiento a las personas que han colaborado en la elaboración de este libro. Don Simpson, mi amigo y editor, me animó, ayudó y algunas veces, desafió mis conclusiones mientras trabajábamos en el proyecto. El doctor J. I. Packer, amablemente revisó algunos de los capítulos claves para verificar su exactitud teológica, aunque no fue el responsable de los resultados finales. Jessie Halsell, colaboró en la muy necesaria y exigente tarea de digitar mi manuscrito.

Tengo para Grace Peterson una palabra especial de aprecio por su apoyo en oración. Aunque muchos amigos oraron por mí durante los once meses que duré escribiendo, ella siempre estaba dispuesta cuando sentía la necesidad de hacer una oración extra para superar algún obstáculo. A mi esposa Eleanor, quien ha vivido situaciones adversas, incluso cuando estaba escribiendo el libro, mi más profundo amor y agradecimiento por los sacrificios que hace al permitirme tener el tiempo de estudiar y escribir.



¿Puede confiar en Dios?

*Invócame en el día de la angustia;
yo te libraré y tú me honrarás.*

Salmos 50:15

La carta no traía buenas noticias. Una familiar cercana, muy querida, acababa de enterarse de que tenía cáncer en los huesos. Las células malignas de un ataque anterior de la misma enfermedad que habían quedado inactivas durante ocho años, invadieron las partes óseas de su cuerpo, y la cadera se encontraba casi destruida. El doctor estaba sorprendido de que todavía pudiera caminar. Estas situaciones son muy comunes en nuestros días. Mientras escribía este capítulo, tuve siete amigos, todos con cáncer, en la lista de mis oraciones *prioritarias*.

Pero el cáncer y otras enfermedades físicas no son, lógicamente, la única razón de ansiedad. Hace algunas semanas, durante un almuerzo, un amigo comerciante decía que su compañía estaba en peligro de ir a la quiebra. Otras experiencias alarmantes nos conducen a un adolescente espiritualmente rebelde. La verdad es que todos nosotros enfrentamos la adversidad en variadas formas y en diferentes momentos.

¿Puede confiar en Dios?

Un psiquiatra secular lo expresa en su reciente y muy bien vendido libro, con una sencilla afirmación: *La vida es difícil*. La adversidad y el sufrimiento emocional se presentan de diversas formas. Puede ser el dolor de un matrimonio desdichado, la decepción de una maternidad frustrada, o la pena por un hijo espiritualmente indiferente o rebelde. También existe la ansiedad de la persona que pierde su empleo siendo el único proveedor del hogar, y la desesperación de una joven madre al enterarse que tiene una enfermedad mortal.

Otros experimentan frustración al ver sus esperanzas truncadas y sus sueños sin realizar: un negocio que se arruinó, o una carrera universitaria que nunca se terminó. Otros viven la punzada de la injusticia, la amargura de la soledad y la prueba de una tristeza inesperada. Existe la humillación y el rechazo, la degradación y, lo peor, el fracaso que llega por nuestra propia culpa. Finalmente, existe la desesperación al darse cuenta de que algunas situaciones difíciles, como una enfermedad o un impedimento físico de un hijo, nunca cambiarán.

Todas estas circunstancias contribuyen más a la ansiedad y dolor emocional que todos vivimos en diferentes momentos y en diversos grados. El dolor es repentino, traumático y devastador. Otras adversidades son crónicas, persistentes y aparentemente diseñadas para desgastar nuestro espíritu con el paso del tiempo. Además de nuestros sufrimientos, con frecuencia nos piden que ayudemos a sobrellevar las penas de otros, ya sean amigos o parientes. Las ilustraciones empleadas en los párrafos anteriores no son imaginarias, pues muchas de ellas han sido tomadas de mi lista personal de oración. Si usted desea puede ponerle nombre a cada una. Cuando los que amamos sufren, nosotros también sufrimos.

Con frecuencia, y a nivel mundial, leemos en los periódicos o vemos en los noticieros ejemplos de sufrimiento, angustia y dolor a gran escala. Las guerras, el terrorismo, los terremotos, el hambre, la injusticia racial, el homicidio y la explotación, suceden a diario en diferentes lugares del mundo. La amenaza de un holocausto nuclear que nos está inquietando permanentemente, ha hecho que se denomine este período de la historia como la era de la ansiedad. En estos tiempos, cuando la crisis mundial aparece a diario en nuestra televisión, incluso el creyente es tentado a preguntarse: *¿Dónde está Dios? ¿Él no se preocupa por los miles de civiles inocentes que mueren de hambre en África o los que están siendo brutalmente asesinados en muchos países del mundo devastados por la guerra?*

A una escala mucho menor, aquellos cuyas vidas están libres de un dolor más grande, experimentan con frecuencia la frustración o ansiedad que producen acontecimientos cotidianos que momentáneamente atraen nuestra atención robándonos nuestra paz mental. Por ejemplo, unas vacaciones planeadas durante mucho tiempo, tienen que suspenderse por enfermedad; la lavadora se daña justo cuando la visita llega; los apuntes de clase se extravían o son robados el día anterior al examen; el vestido favorito se rompe cuando va camino a la iglesia, y así sucesivamente. Eventos de esa magnitud son numerosos, pues la vida está llena de ellos.

En verdad estas circunstancias son sólo temporales e insignificantes comparadas con los acontecimientos verdaderamente trágicos de la vida. Para muchos de nosotros, la existencia está llena de pequeños eventos, pequeñas frustraciones, pequeñas ansiedades, y pequeñas decepciones que nos llenan de sentimientos de disgusto, impaciencia y preocupación. En un libro devocional para estudiantes de bachillerato titulado: *Si Dios me ama, ¿por qué no puedo dejar mi casillero abierto?*, el autor ha interpretado adecuadamente el sentido de cómo las pequeñas frustraciones

¿Puede confiar en Dios?

pueden hacernos dudar de Dios. La escena que este título dibuja en nuestra mente nos causa risa; pero lo cierto es que este es el plano de dificultad en el que muchos de nosotros nos movemos a diario. Y es en circunstancias cruciales o aun en el nivel de menor adversidad cuando somos tentados a preguntarnos: *¿Puedo confiar en Dios?*

Incluso cuando la vida parece transcurrir apaciblemente, y nuestro camino y diario andar parecen ser placenteros y tranquilos, no sabemos qué nos depara el futuro. Como dijo Salomón: *No te jactes del día de mañana, porque no sabes lo que el día traerá (Proverbios 27:1)*. Alguien ha descrito la vida como una cortina gruesa atravesada en nuestro camino, que se aleja de nosotros a medida que avanzamos, pero sólo paso a paso. Ninguno de nosotros puede decir qué hay al otro lado de ella, ni qué acontecimientos puede traer a nuestras vidas cada día u hora. Esta cortina, algunas veces revela los hechos tal como los hemos esperado; con frecuencia nos muestra acontecimientos inesperados y no deseados que se exponen en forma contraria a nuestros deseos y expectativas, que generalmente inundan nuestros corazones de ansiedad, frustración, angustia y dolor.

El pueblo de Dios no es inmune al dolor. En efecto, usualmente, parece como si éste fuera más implacable, reiterado, incomprensible y sentido más profundamente que el del no creyente. El problema del dolor es tan antiguo y universal como la historia del hombre. Hasta la creación, nos dice Pablo: *fue sometida a la frustración... gime a una, como si tuviera dolores de parto (Romanos 8:20–22)*.

Entonces, de manera natural surge la pregunta: *¿Dónde está Dios en todo esto?* ¿Puede usted verdaderamente confiar en Dios cuando la adversidad golpea y llena su vida de dolor? ¿Realmente puede venir al rescate de aquellos que le buscan? Como afirma el texto anotado al empezar este capítulo, *¿libera a aquellos que*

lo invocan en el día de angustia? ¿Rodea Su inagotable amor a la persona que confía en Él? (Ver *Salmo 32:10*).

¿Puede usted confiar en Dios? La pregunta misma tiene dos posibles interpretaciones antes que pretendamos contestarla. Primera: ¿Es Dios confiable en épocas de adversidad? La segunda interpretación sería: ¿Es tal su relación con Dios y su confianza en Él, que cree que está con usted en su adversidad, aunque no vea ninguna evidencia de Su presencia y poder?

No es fácil confiar en Dios en momentos de prueba. Nadie disfruta el dolor y, cuando éste viene, queremos que salga de nuestra vida a la mayor brevedad. Incluso el apóstol Pablo le suplicó tres veces a Dios para que le quitara el aguijón de la carne, antes de que entendiera que la gracia de Dios era suficiente. José le pidió al copero del faraón *sacarle de esta cárcel (Génesis 40:14)*. Y el escritor de Hebreos establece muy sinceramente que *Ciertamente, ninguna disciplina, en el momento de recibirla, parece agradable, sino más bien penosa (Hebreos 12:11)*.

Experimenté uno de esos períodos de adversidad durante el tiempo que estuve trabajando en este primer capítulo, y me di cuenta que fue difícil confiar en Dios. Parecía ser una dolencia física que se convertiría en una enfermedad para toda la vida. Apareció en un momento muy inoportuno, y durante varias semanas no respondió a ningún tratamiento médico.

En ese lapso de tiempo y a medida que suplicaba continuamente a Dios por alivio, recordaba las palabras de Salomón: *Contempla las obras de Dios: ¿quién puede enderezar lo que él ha torcido? (Eclesiastés 7:13)*. Dios había puesto una *arruga* en mi vida, y me hice consciente de que sólo Él tenía el poder para quitarla. ¿Podría confiar en Él, solucionara o no mi *situación*, y aliviara o no mi angustia? ¿Creía en realidad en un Dios que me amaba y sabía lo que era mejor para mí, que tenía el control de mi situación? ¿Podría confiar aunque no comprendiera?

¿Puede confiar en Dios?

Además, ¿podría animar a otros a confiar en Él cuándo estuvieran atravesando por situaciones adversas? ¿O toda la idea de confiar en Dios es solamente un lema cristiano que se desvanece ante los sucesos difíciles de la vida? ¿Puede usted en realidad, confiar en Dios?

Compadezco a quienes consideran difícil confiar en Él en la adversidad. He estado así, sólo para conocer algo de la angustia, la desesperación y la oscuridad que llena nuestras vidas cuando nos preguntamos si Dios realmente se preocupa de las situaciones difíciles que enfrentamos. He invertido una gran parte de mi vida adulta animando a las personas a seguir la santidad y a obedecer a Dios; pero reconozco que a menudo parece más difícil confiar en Él que obedecerle. La Biblia nos muestra que la voluntad de Dios es racional y razonable; pero las circunstancias en las que debemos confiar en Él, generalmente parecen irracionales e inexplicables.

Reconocemos con prontitud que la ley de Dios debe ser buena para nosotros, aun cuando no queramos obedecerla. Las situaciones de nuestras vidas con frecuencia parecen ser terribles, sombrías, y algunas veces calamitosas y trágicas. También resulta aceptable obedecer a Dios dentro de unos límites definidos de lo que consideramos Su voluntad revelada. La confianza en Dios se produce en un terreno que no tiene límites. No conocemos la extensión, duración o frecuencia del dolor, ni de las circunstancias adversas en las que frecuentemente debemos confiar en Él. Lo que sí debemos saber es que siempre estamos enfrentándonos a lo desconocido.

Sin embargo, es tan significativo confiar en Dios como obedecerle. Cuando somos desobedientes desafiamos Su autoridad y menospreciamos Su santidad. Pero, cuando no confiamos en Él, dudamos de Su soberanía y cuestionamos Su bondad. En ambos casos lanzamos ofensas a Su majestad y carácter. Dios

observa nuestra falta de confianza en Él tan seriamente como nuestra desobediencia. Cuando el pueblo de Israel tenía hambre habló mal de Dios diciendo: *¿Podrá Dios tendernos una mesa en el desierto?... ¿podrá también darnos de comer?*. Los dos siguientes versículos nos dicen: *Cuando el Señor oyó esto, se puso muy furioso... Porque no confiaron en Dios, ni creyeron que él los salvaría (Salmo 78:19–22)*.

Para creer en Dios, debemos ver siempre nuestras circunstancias adversas a través de los ojos de la fe, y no del sentido común. Así como la fe de la salvación viene por oír el mensaje del evangelio (*Romanos 10:17*), la fe para confiar en Él, en las situaciones difíciles, viene de la Palabra de Dios. Es sólo por aplicar las Escrituras a nuestros corazones con la ayuda del Espíritu Santo, que recibimos la gracia de confiar en Dios en los momentos de sufrimiento.

Las Escrituras enseñan tres verdades esenciales acerca de Dios con respecto a la adversidad, en las que debemos creer, si vamos a confiar en Él en situaciones difíciles:

- Dios es absolutamente soberano.
- Dios es infinitamente sabio.
- Dios es perfecto en amor.

Alguien ha expresado estas verdades en relación con nosotros de la siguiente forma: *Dios en Su amor siempre desea lo mejor para nosotros, en Su sabiduría siempre sabe lo que es mejor, y en Su soberanía tiene el poder para hacer que suceda*.

La soberanía de Dios se confirma en casi todas las páginas de la Biblia de manera explícita o implícita. Mientras la estudiaba preparándome para escribir este libro parecía interminable la lista de versículos acerca de ella, pues cada vez que abría las Escrituras aparecían nuevas referencias.

¿Puede confiar en Dios?

En los siguientes capítulos veremos muchos de estos pasajes, pero por ahora sólo reflexionaremos en uno:

*¿Quién puede anunciar algo y hacerlo realidad
sin que el Señor dé la orden?
¿No es acaso por mandato del Altísimo
que acontece lo bueno y lo malo?
(Lamentaciones 3:37–38)*

Este pasaje de la Escritura ofende a muchas personas porque encuentran difícil aceptar que lo bueno y lo malo vengan de Dios. Con frecuencia la gente se pregunta: *Si Dios es un Dios de amor, ¿cómo permite semejante calamidad?* Pero Jesús mismo afirmó la soberanía de Dios en la calamidad cuando Pilatos le dijo: *¿No te das cuenta de que tengo poder para ponerte en libertad o para mandar que te crucifiquen? Respondió Jesús: No tendrías ningún poder sobre mí si no se te hubiera dado de arriba (Juan. 19:10–11).*

En un sorprendente acto de amor hacia nosotros, Dios permitió el sacrificio de Su Hijo por nuestros pecados. Sin embargo, frecuentemente pasamos por alto que para Jesús fue una experiencia sumamente dolorosa; más de lo que podamos imaginar. En la humanidad de Jesús este sacrificio fue suficiente para hacerlo orar *Padre mío, si es posible, no me hagas beber este trago amargo. Pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú (Mateo 26:39)*, sin vacilar en el reconocimiento del control y soberanía de Dios.

Si los creyentes aceptáramos la afirmación bíblica de la soberanía de Dios en lo bueno y en lo malo, eso bastaría para sentirnos confortados. ¡No importa por qué clase de calamidad o problema en particular estemos atravesando; pero sí podemos estar seguros de que nuestro Padre tiene un propósito amoroso! Como dijo el rey Ezequías. *Sin duda, fue para mi bien pasar por tal angustia.*

Confianza en Dios aunque la vida duela

Con tu amor me guardaste de la fosa destructora, y le diste la espalda a mis pecados (Isaías 38:17). Dios no ejerce Su soberanía caprichosamente, sino sólo en la forma en que Su infinito amor sabe que es mejor para nosotros. Jeremías escribió: (El Señor) nos hace sufrir, pero también nos compadece, porque es muy grande su amor. El Señor nos hiere y nos aflige, pero no porque sea de su agrado (Lamentaciones 3:32–33).

La soberanía de Dios es ejercida también en infinita sabiduría, más allá de nuestra comprensión. Después de estudiar la suprema pero inescrutable relación con Su pueblo, los israelitas, el apóstol Pablo se rinde ante el misterio de las acciones de Dios con estas palabras:

*¡Qué profundas son las riquezas de la sabiduría
y del conocimiento de Dios! ¡Qué indescifrables
sus juicios e impenetrables sus caminos!
(Romanos 11:33)*

Pablo reconoció qué debemos aceptar si vamos a confiar realmente en Dios, cuyo plan y forma en que lleva a cabo Sus designios están más allá de nuestra capacidad de comprensión y entendimiento. Debemos aprender a confiar en Él cuándo no entendemos lo que sucede a nuestro alrededor.

En los siguientes capítulos analizaremos más detalladamente estas tres verdades: La soberanía, el amor y la sabiduría de Dios. Pero el propósito principal de este libro no es analizar estas maravillosas realidades. Lo más importante es llegar a estar tan convencidos de ellas que las apliquemos en las circunstancias diarias de la vida, y que aprendamos a confiar en Él en medio del dolor, cualquiera que sea la forma que éste tome. Aunque nuestro dolor sea trivial o traumático, temporal o interminable, debemos aprender a confiar en Dios y glorificarle en estas situaciones, sin tener en cuenta la naturaleza de ellas.

¿Puede confiar en Dios?

Pero hay un pensamiento final antes de empezar nuestros estudios sobre la soberanía, el amor y la sabiduría de Dios. Para confiar en Él, debemos conocerle íntima y personalmente. David dijo en el *Salmo 9:10* *En ti confían los que conocen tu nombre, porque tú, Señor, jamás abandonas a los que te buscan.* Conocer el nombre de Dios es conocerle en una forma íntima y personal. Es mucho más que sólo saber cosas acerca de Él. Es llegar a una relación personal más profunda con Él, como resultado de buscarlo en medio de nuestro dolor, y descubrir que es confiable. Sólo en la proporción en que le conozcamos de esta forma personal, llegaremos a creer en Él. A medida que lea y estudie los siguientes capítulos, y relacione lo que está aprendiendo de Dios con respecto a sus situaciones personales, ore para que el Espíritu lo haga comprenderlas, para conocerlo mejor y así confiar en Él de manera absoluta.



¿Está Dios en control?

*...la cual Dios a su debido tiempo hará que se cumpla.
Al único y bendito Soberano, Rey de reyes y Señor de señores
1ª Timoteo 6:15*

El libro, *Cuando las Cosas Malas le Suceden a la Gente Buena*, escrito por el rabino Harold Kushner, fue aclamado ampliamente como el más vendido en 1981. La crítica literaria lo describió como: “Enternecedor; que llega al corazón; sabio y compasivo; es la obra que la humanidad necesita”. Este trata de explicar una tragedia ocurrida a la familia del rabino, y concluye diciendo que el autor del libro de Job *obligado a escoger entre un Dios bueno y poderoso que no es completamente poderoso, o un Dios bueno que no es totalmente bueno... escoge creer en un Dios bondadoso.*¹ Según el punto de vista del rabino acerca de la enseñanza de Job, *Dios desea que el justo disfrute una vida pacífica y feliz, pero a veces, incluso Él, no puede hacer que eso suceda, y le es muy difícil evitar que la crueldad y el caos reclamen sus víctimas inocentes.*²

¿Está Dios en control?

Naturalmente, el rabino Kushner no está solo en su observación del control soberano de Dios sobre todos los acontecimientos de nuestras vidas. Los cristianos, y los que no lo son, frecuentemente hablan de tribulaciones y accidentes, de circunstancias fuera de nuestro control, de cosas que suceden eventualmente. A través de los siglos, la enfermedad, el sufrimiento y el dolor han hecho surgir preguntas acerca del dominio y cuidado de Dios por Su creación.

La presunción implícita en la mente de muchos es: *Si Dios es poderoso y bueno, ¿por qué hay tanto sufrimiento, dolor y angustia en el mundo? Dios es bueno y no Todopoderoso o poderoso y no del todo bueno. No puede ser las dos cosas.*

La providencia de Dios

La Biblia nos enseña que encontramos a Dios en dos formas: Dios es soberano (Todopoderoso) y es bueno. La instrucción de la Biblia en este aspecto es reafirmada bajo el tema que los teólogos llaman la providencia de Dios. Este es un término que con frecuencia usamos los creyentes para reconocer Su aparente intervención en nuestros asuntos. Por ejemplo, cuando doy mi testimonio, siempre digo algo como: *Cuando reconocí que no podía vivir la vida cristiana sólo, estando en la Armada, Dios en Su providencia, me permitió conocer a Los Navegantes.* Al hacer esta afirmación quiero enfatizar que Dios controló y arregló ciertas circunstancias de mi vida, de tal manera que un resultado específico, en este caso, ponerme en contacto con *Los Navegantes*, era inevitable que sucediera.

No obstante, hay dos procedimientos erróneos en la forma en que nos referimos a la providencia de Dios. Por un lado, casi siempre la relacionamos con acontecimientos aparentemente *buenos*. Fue bueno para mí conocer a *Los Navegantes*, y por lo

tanto estoy contento de atribuírselo a la providencia de Dios. Pero usted por lo general nunca oye decir algo así como, *en la providencia de Dios tuve un accidente y quedé paralizado*. Como el rabino Kushner, rehusamos atribuirle las cosas *malas* a la intervención de la mano de Dios.

El segundo procedimiento con el uso popular de la expresión *la providencia de Dios*, consiste en que inconscientemente o deliberadamente, creemos que Él interviene en situaciones específicas en nuestras vidas; pero la mayoría de veces es según nosotros, sólo un espectador interesado. Cuando pensamos de esa manera, aún sin quererlo, limitamos el control de Dios en nuestras vidas a un simple suceso de parar y continuar, entrar y salir. Nuestra actitud inconsciente es la de creer que en otras situaciones somos *amos de nuestro destino* o, por el contrario, víctimas de circunstancias adversas o personas desconsideradas que se cruzan en nuestro camino.

Sin embargo, la iglesia ha usado históricamente la providencia de Dios para referirse a Su constante protección y gobierno sobre toda la creación. El famoso teólogo J. I. Packer, define la providencia de Dios como *la incesante actividad del Creador por medio de la cual, en abundante gracia y benevolencia, sostiene a Sus criaturas en una existencia ordenada; guía y gobierna todos los eventos, circunstancias y actos libres de los ángeles y los hombres dirigiendo todas las cosas a un objetivo: Su propia gloria*.³ Observe los términos absolutos que Packer usa: *Incesante actividad, todos los eventos... todos los actos, dirige todas las cosas*. En esta definición es evidente que no existe un concepto de parar y seguir; es decir, no existe gobierno de medio tiempo por parte de Dios.

La definición de Packer acerca de la providencia de Dios es muy completa y, creo, muy precisa, ceñida a la Escritura. He desarrollado por mi cuenta, una definición un poco más corta que puedo recordar con más facilidad: *La providencia de Dios*

¿Está Dios en control?

es Su constante cuidado y gobierno absoluto sobre toda Su creación para Su gloria y el bien de Su pueblo. Observe de nuevo, los términos ilimitados: Preocupación constante, gobierno absoluto, toda creación. Nada escapa a Su cuidado y control, incluso el virus más pequeño.

Pero observe también el doble objetivo de la providencia de Dios: Su gloria y el bien de Su pueblo. Estos dos propósitos nunca se oponen, pues siempre guardan relación. Dios nunca busca Su gloria a expensas del bien de Su pueblo ni busca nuestro bien a expensas de Su gloria. Él ha diseñado Su propósito eterno para que Su gloria y nuestro bien estén estrechamente unidos. ¡Qué consuelo y tranquilidad debe ser para nosotros! Si vamos a aprender a confiar en Dios en la adversidad, también debemos creer que así como Dios no permitiría que nada arruine Su gloria, tampoco permitirá que nada dañe el bien que está ejerciendo en y por nosotros.

En el capítulo uno pregunté: *¿Puede usted confiar en Dios? Y observaba que en primer lugar la pregunta significa: ¿Es Dios confiable? ¿Puede Él cuidar siempre de nosotros (es soberano), y siempre cuida de nosotros (es bueno)? La doctrina de la providencia de Dios afirma claramente que podemos confiar en Él; que Él sí cuida de nosotros permanentemente (no sólo de manera ocasional) y gobierna todas las circunstancias de nuestras vidas.*

Para lograr mayor beneficio y comprensión de la enseñanza bíblica acerca de la providencia de Dios, necesitamos analizar otro aspecto de ésta, y es Su acción sustentadora al mantener y conservar Su creación.

Dios sustenta

La Biblia enseña que Dios, no sólo creó el universo, sino que lo sustenta y mantiene día tras día, hora tras hora. La Escritura afirma: *El Hijo... quien sustenta todas las cosas con la palabra de su poder... (Hebreos 1:3) y todas las cosas en él subsisten... (Colosenses 1:17).*

El teólogo A. H. Strong dijo:

*Cristo es el originador y sustentador del universo en Él,
éste se sostiene y se mantiene unido hora tras hora.*

*La firme voluntad de Cristo constituye la ley del universo,
y lo hace un cosmos y no un caos,
así como su voluntad lo hizo existir desde el principio.⁴*

Todas las cosas le deben su existencia a la continua acción sustentadora de Dios ejercida por medio de Su Hijo. Nada subsiste por sí mismo. Nada en toda la creación permanece o actúa independientemente de la voluntad del Señor. Las llamadas leyes de la naturaleza no son otra cosa que la física expresión de la firme voluntad del Señor. La ley de la gravedad opera con incesante exactitud porque Cristo continuamente hace que así sea. La silla en la que estoy sentado mientras escribo estas palabras, se mantiene unida porque los átomos y moléculas de la madera están en su lugar por Su activa voluntad.

Las estrellas continúan su curso porque Él las mantiene allí. La Escritura dice que *(El Señor) ordena la multitud de estrellas una por una, y llama a cada una por su nombre. ¡Es tan grande su poder, y tan poderosa su fuerza, que no falta ninguna de ellas! (Isaías 40:26).*

¿Está Dios en control?

La acción sustentadora de Cristo va más allá de la creación inanimada; la Biblia dice que le da vida a todo (*Nehemías 9:6*). *Él cubre de nubes el cielo, envía la lluvia sobre la tierra y hace crecer la hierba en los montes. Él alimenta a los ganados y a las crías de los cuervos cuando graznan (Salmo 147:8–9)*. Dios no creó y luego se fue, sino que constantemente sostiene lo que hizo.

La Biblia también enseña que Él nos mantiene con vida a usted y a mí. *Por el contrario, él es quien da a todos la vida, el aliento y todas las cosas... puesto que en él vivimos, nos movemos y existimos (Hechos 17:25–28)*. Él suple nuestro alimento diario (*2ª Corintios 9:10*). Nuestros tiempos están en Sus manos (*Salmo 31:15*). Cada bocado que comemos es un regalo que viene de Su mano, y cada día que vivimos está determinado por Él, quien no nos ha abandonado a nuestros propios recursos, al capricho de la naturaleza o a las acciones siniestras de otras personas. ¡No! Él constantemente sustenta, provee y cuida de nosotros en todo momento de cada día.

¿Se averió su automóvil cuando no tenía dinero para pagar la reparación? ¿Perdió una importante reunión porque el avión en el que iba a viajar tuvo problemas mecánicos? El Dios que controla el curso de las estrellas, también controla las tuercas, tornillos, todas las partes de su carro y del avión en el que iba a viajar.

Cuando niño tuve un grave caso de sarampión. Aparentemente el virus me afectó dejándome ciego del ojo derecho y sordo del oído derecho. ¿Tenía Dios el control de ese virus o simplemente fui víctima de una enfermedad infantil? El cuidado que Dios efectúa de Su universo momento a momento, no me deja otra alternativa que la de aceptar que el virus en realidad estaba bajo Su mano controladora. Dios no estaba distraído cuando el virus afectó los nervios de mi oído y los músculos de mis ojos. Si vamos a confiar en Dios, debemos aprender a aceptar que Él

está trabajando continuamente en cada aspecto y momento de nuestras vidas.

Dios gobierna

La Biblia también enseña que Dios gobierna el universo, es decir, no sólo a la creación inanimada, sino también las acciones de todas las criaturas, tanto hombres como animales.

*Él es llamado el gobernante de todas las cosas (1º Crónicas 29:12).
único y bendito Soberano, Rey de reyes y Señor de señores.*

(1ª Timoteo 6:15)

¿No se venden dos gorriones por una monedita? Sin embargo, ni uno de ellos caerá a tierra sin que lo permita el Padre. (Mateo 10:29)

Jeremías pregunta: ¿Quién puede anunciar algo y hacerlo realidad sin que el Señor dé la orden?. (Lamentaciones 3:37)

Dios hace lo que quiere con los poderes celestiales y con los pueblos de la tierra. No hay quien se oponga a su poder ni quien le pida cuentas de sus actos. (Daniel 4:35)

el Dios Altísimo es el soberano de todos los reinos humanos, y que se los entrega a quien él quiere, y hasta pone sobre ellos al más humilde de los hombres. (Daniel 4:17)

Nadie puede obrar fuera o en contra de la soberana voluntad de Dios. Hace muchos siglos, Agustín dijo: *Por lo tanto, nada sucede a menos que el Omnipotente quiera que suceda; Él permite que pase o hace que ocurra.*⁵ Phillip Hughes dice: *Sin embargo, bajo Dios, todas las cosas sin excepción, están absolutamente controladas, aunque parezca todo lo contrario.*⁶ Nada es tan grande o tan pequeño para escapar de la mano soberana de Dios. La araña construyendo su red en el rincón, y Napoleón guiando a su ejército a través de Europa, están bajo el control de Dios.

¿Está Dios en control?

Tan invencible como incomprensible es el gobierno de Dios. El Señor dice en Su Palabra: *Mis caminos y mis pensamientos son más altos que los de ustedes; ¡más altos que los cielos sobre la tierra!* (Isaías 55:9). *¡Qué profundas son las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Qué indescifrables sus juicios e impenetrables sus caminos!* (Romanos 11:33). Con frecuencia la soberanía de Dios es cuestionada, porque el hombre no comprende lo que Él está haciendo, puesto que no actúa como nosotros pensamos que debería hacerlo. Es entonces cuando Él no puede obrar como creemos que lo haría.

¿Dios o el azar?

Entonces, esto es divina providencia: Dios sosteniendo y gobernando Su universo; Dios trayendo todos los eventos al fin indicado. Sin embargo, hoy esta doctrina es poco aceptada. El no cristiano, por lo general, ha excluido el acto creador de Dios y Su providencia, puesto que para él, todos los eventos están en manos del destino o el azar.

Esta opinión se encuentra, a propósito, en un libro que trata acerca de cómo manejar las crisis, cuyo autor dice: *Usted debería ver y planear lo inevitable de la crisis... fuera de la fortaleza que da saber que está preparado para enfrentar la vida y jugarle una pasada al destino... El destino me jugó una pasada a principios de 1979.*⁷

En el libro del rabino Kushner, titulado *Cuando las Cosas Malas le Suceden a la Gente Buena*, él formula la siguiente pregunta: *¿Puede usted aceptar la idea de que algunas cosas ocurran sin ninguna razón, y que el azar existe en el universo?* Hablando de la dirección que toma un incendio forestal, él pregunta: *¿Existe una explicación de por qué el viento y el clima se combinan para dirigir el fuego en un día determinado hacia algunas casas y no a otras, atrapando a algunas personas y dejando a otras? O ¿Es pura cuestión de suerte?*⁸

En otra parte, el rabino nos recuerda que las compañías de seguros se refieren a los terremotos, huracanes, tornados y diferentes desastres naturales, como a *actos de Dios*. Entonces, él nos dice: *Lo considero como un caso en que se usa el nombre de Dios en vano. Yo no creo que un terremoto que mata a miles de personas inocentes sin ninguna razón, sea un acto de Dios. Es un suceso de la naturaleza que es moralmente ciega, sin valores; que se agita, siguiendo sus propias leyes, sin importarle a quién o qué se lleva por delante.*⁹

El azar, la suerte, la fortuna, el destino. Esta es la respuesta del hombre moderno a la antigua pregunta *¿por qué?* Como es lógico, si uno descarta toda la idea de Dios, como lo hacen tantos, entonces, no hay otra alternativa. Muchos, aunque no rechazan la idea de un único Dios, han fabricado un dios a su estilo. El deísmo del siglo XVII elaboró un dios que, creó un universo y luego se alejó para dejarlo que siguiera de acuerdo con sus propias leyes naturales y recursos humanos. Hoy, muchas personas son deístas practicantes.

Incluso hay cristianos hoy, que piensan como deístas. Muchos de ellos aceptan el concepto de la soberanía de Dios, pero creen que Él prefiere no ejercerla en las actividades diarias de nuestras vidas. Como lo expuso un escritor: *Sabemos que Dios es soberano, pero también sabemos que en Su soberanía, nos ha puesto en un mundo de pecado y sufrimiento, al cual no somos inmunes, y de nuevo: el amor de Dios... por nosotros, no nos coloca en una posición protegida.*¹⁰ Aunque estoy de acuerdo con la tesis básica del autor en su artículo, en el que nos dice que no deberíamos estar preguntando *¿por qué?*, me cuesta trabajo entender lo que dice acerca del ejercicio de Dios de Su soberanía y cuidado para Su pueblo.

En su bien conocida afirmación acerca de los gorriones, Jesús dijo: *¿No se venden dos gorriones por una monedita? Sin embargo, ni uno de ellos caerá a tierra sin que lo permita el Padre; y él les*

¿Está Dios en control?

tiene contados a ustedes aun los cabellos de la cabeza. Así que no tengan miedo; ustedes valen más que muchos gorriones (Mateo 10:29–31). Según Jesús, Dios ejerce Su soberanía en todos los eventos, incluso en la vida y muerte de un pajarillo casi sin valor aparente. Pero aquí la enseñanza principal de Jesús es: Si Dios ejerce Su soberanía con respecto a los gorriones, con mayor razón la ejercerá sobre Sus hijos. Aunque es realmente cierto que el amor de Dios para nosotros no nos hace inmunes al dolor y la angustia, también es cierto que todas las ocasiones de dolor y adversidad están bajo el absoluto y perfecto control de Dios. Si Él controla las circunstancias del pajarillo, cuánto más lo hará con aquellas circunstancias que nos afectan. Dios no se aleja dejándonos a merced de eventos al azar, sin control.

Un padre viajó con su hijo a otra ciudad en un avión privado para dar su testimonio en una reunión evangelística. Durante el viaje se encontraron con una tormenta eléctrica, la cual hizo que el avión se estrellara, y padre e hijo murieron. Un amigo cristiano, en un esfuerzo por consolar a la desolada esposa y madre le dijo: *De una cosa puedes estar segura: Dios no tuvo nada que ver en ese accidente.* Según este amigo, “Dios estaba, aparentemente, mirando a otro lado cuando el piloto tuvo dificultades”. ¡Un pajarillo no puede caer si no es la voluntad de Dios, pero un avión con cristianos a bordo sí...!

Alguna vez leí una afirmación blasfema de alguien que dijo: *El azar es el seudónimo que Dios usa cuando no quiere utilizar Su nombre.* Muchos cristianos lo están haciendo hoy por Dios. Con frecuencia, no desean aceptar que Él está obrando, porque no entienden cómo lo está haciendo, y han elegido sustituir la doctrina del azar por la de la divina providencia.

Bueno pero no soberano

Junto con la doctrina del azar, muchos cristianos también están comprando la filosofía expuesta por el rabino Kushner de que Dios es bueno pero no soberano.

Una escritora cristiana, por ejemplo, habla de su dolor como algo que es totalmente frustrante para Dios, y le agradece por ser su dedicado, cariñoso y frustrado Padre celestial. Enfrentada al dilema de cómo un Padre amoroso y soberano le puede permitir experimentar esa pena tan dolorosa, ella encontró alivio en la creencia de que Dios se sentía realmente frustrado por su dolor, derramando lágrimas con ella, tal como llora una madre por el sufrimiento de su hijo.

Hay que reconocer la posición de esta escritora quien había sufrido un severo dolor durante meses. Como alguien que ha experimentado un dolor menos fuerte y sólo durante algunas semanas en ciertos momentos, me doy cuenta de que no me he puesto en su lugar; no he luchado con el amor de Dios hasta el grado en que le ha tocado a aquella mujer en medio de ese dolor insoportable. Pero, como se ha observado tan frecuentemente, debemos afirmar nuestras creencias en la Biblia, no en nuestras experiencias. La Biblia no deja lugar a dudas; Dios nunca se frustra, *Dios hace lo que quiere con los poderes celestiales y con los pueblos de la tierra. No hay quien se oponga a su poder ni quien le pida cuentas de sus actos (Daniel 4:35)*. Es cierto que Dios está involucrado en una guerra invisible con Satanás, y que las vidas del pueblo de Dios son campos de batalla, como se vio en el ejemplo de Job. Pero, aun aquí Satanás tuvo que pedirle permiso a Dios para tocar Su pueblo. (Ver *Job 1:12, 2:6 y Levítico 22:31–32*). Aun en esta guerra invisible, Dios es soberano.

¿Está Dios en control?

La autora Margaret Clarkson, quien llevó una vida de sufrimiento dijo: *Que Dios en realidad es tan bueno como poderoso, es uno de los principios básicos de la creencia cristiana.*¹¹ Admitimos que con frecuencia somos incapaces de reconciliar la soberanía y bondad de Dios frente a una gran tragedia o adversidad personal; pero también creemos que, aunque a menudo no entendemos los caminos de Dios, Él está obrando soberanamente en todas nuestras circunstancias.

No es fácil creer en la doctrina de la providencia de Dios, especialmente en estos días cuando parece que ésta ha entrado en decadencia. Como el profesor G. C. Berkouwer dijo en su libro *La Providencia de Dios*: “*La realidad asalta esta confortante y optimista confesión. ¿Podrían los terrores catastróficos de nuestro siglo, con los sufrimientos desproporcionados que afligen a los individuos, a las familias y a los pueblos, ser un reflejo de la guía de Dios? ¿La honestidad pura no nos obliga a dejar de buscar escape en un mundo armonioso y súper sensible? ¿No nos pide la honestidad limitarnos única-mente a lo que está ante nuestros ojos y, enfrentar sin ilusiones el orden del día?*”¹²

Todos, creyentes y no creyentes, experimentamos ansiedad, frustración, dolor y decepción. Algunos sufren intenso dolor físico y tragedias catastróficas. Pero lo que debería distinguir el sufrimiento tanto de los creyentes como de los que no lo son, es la confianza en que nuestra adversidad está bajo el control de un Dios Todopoderoso y amoroso. Nuestro sufrimiento tiene significado y propósito en Su plan eterno, y Él trae a nuestras vidas sólo lo que es para Su gloria y nuestro bien.



La soberanía de Dios

*El Señor frustra los planes de las naciones;
desbarata los designios de los pueblos.*

*Pero los planes del Señor quedan firmes para siempre;
los designios de su mente son eternos*

Salmo 33:10-11

En 1902, un joven inglés bajó a desayunar y se encontró con que su padre estaba leyendo en la prensa la noticia de los preparativos para la primera coronación británica en sesenta y cuatro años. Durante el desayuno el esposo se volvió hacia su esposa y le dijo: *Oh, siento ver esto expresado así.* Ella le preguntó: *¿De qué se trata?* Él le respondió: *Aquí hay una proclamación de que en una fecha determinada el príncipe Eduardo será coronado rey en Westminster, y no hay Deo volente, es decir, no expresa si es la voluntad de Dios.* Las palabras impactaron al joven porque en la fecha indicada el futuro Eduardo VII se enfermó de apendicitis y la coronación se tuvo que posponer.¹

En esa época, a finales del mandato de la reina Victoria, el poder político, económico y militar del imperio británico estaba en todo su apogeo, pero a pesar de eso Gran Bretaña no pudo llevar a cabo su planeada coronación en la fecha indicada.

¿Fue la omisión de *si es la voluntad de Dios* en la proclamación y la subsiguiente postergación de la coronación, sólo una coincidencia?, ¿dos eventos sin ninguna relación entre sí? O ¿Dios hizo que al príncipe Eduardo le diera apendicitis para mostrar que Él tenía *el control*?

No sabemos por qué ocurrió así, pero una cosa sí sabemos y estamos seguros: Sea que reconozcamos Deo volente o no, no podemos llevar a cabo ningún plan sin que se exprese a plenitud la voluntad de Dios. La Biblia no deja duda acerca de ese hecho, y Santiago lo expresa muy claramente:

Ahora escuchen esto, ustedes que dicen: “Hoy o mañana iremos a tal o cual ciudad, pasaremos allí un año, haremos negocios y ganaremos dinero”. ¿Y eso que ni siquiera saben qué sucederá mañana! ¿Qué es su vida? Ustedes son como la niebla, que aparece por un momento y luego se desvanece. Más bien, debieran decir: “Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello”. (Santiago 4:13–15, énfasis del autor).

El control absoluto de Dios

Dios tiene el control; Él es soberano. Él hace lo que a Él le place y determina si nosotros podemos hacer lo que hemos planeado. Esta es la esencia de la soberanía de Dios; Su absoluta independencia para hacer lo que le satisface y su total control sobre las acciones de todas Sus criaturas. Ninguna criatura, persona o imperio puede frustrar Su voluntad o actuar fuera de Sus límites.

En el capítulo uno establecí que para confiar en Dios en tiempos de adversidad, debemos creer en Su soberanía, en Su amor y Su sabiduría. De estas tres verdades, la soberanía de Dios parece ser cuestionada con mayor frecuencia y fuerza. Parece que le permitiéramos a Dios estar en cualquier parte, excepto en Su trono, gobernando Su universo según Su soberana voluntad.

Hasta los devotos escritores cristianos cuyos libros son útiles para muchos, pueden en sus escritos, bajar a Dios de Su trono. Una de las afirmaciones más comunes, es que Dios se limitó a sí mismo voluntariamente a las acciones de los hombres para darles libertad. Por ejemplo, Andrew Murray escribió: *Al crear al hombre con una voluntad libre y hacerlo socio en el gobierno de la tierra, Dios se limitó a sí mismo; se hizo dependiente de lo que el hombre haría. El hombre a través de su oración tendría la medida de lo que Dios podría hacer en bendición*² (énfasis del autor).

Otros escritores cristianos no reconocen la mano controladora de Dios, ya sea dirigiendo o permitiendo cada acontecimiento de nuestras vidas. Uno, por ejemplo, dice que algunas veces el sufrimiento llega por el infortunio o accidente, que son cosas *que suceden*, y que el dolor se atraviesa en nuestro camino *debido a circunstancias que están más allá de nuestro control*.

Nuestra respuesta a tales afirmaciones es más que simple discusión teológica. La confianza en la soberanía de Dios en todo lo que nos afecta es crucial para nuestra fe en Él. Si hay un evento particular en todo el universo que pueda ocurrir sin Su control soberano, entonces no podemos confiar en Él. Su amor puede ser infinito, pero si Su poder y Su propósito pueden frustrarse, no podemos confiar en Él. Usted me puede confiar sus más valiosas posesiones, y yo puedo amarlo, y mi deseo de respetar su confianza puede ser sincero, pero si no tengo el poder o la habilidad de proteger sus objetos de valor, usted en realidad no me los puede confiar.

Sin embargo, Pablo dijo que nosotros le podemos confiar nuestra más valiosa posesión al Señor. En *2ª Timoteo 1:12* dijo: *Por ese motivo padezco estos sufrimientos. Pero no me avergüenzo, porque sé en quién he creído, y estoy seguro de que tiene poder para guardar hasta aquel día lo que le he confiado*. Es decir, que podemos confiar nuestro destino eterno a Dios, pero, ¿podemos

confiarle problemas de esta vida? Los problemas me hacen dudar acerca de la soberanía de Dios.

Sin embargo, debería ser evidente, que la soberanía de Dios no empieza en la muerte. Como veremos en un próximo capítulo, Su dirección soberana en nuestras vidas precede aun a nuestro nacimiento. Dios gobierna tan seguramente en la tierra como en el cielo, y permite, por razones que sólo Él conoce, que las personas actúen en contra y desafiando Su voluntad revelada, pero nunca les permite actuar en contra de Su voluntad soberana.

Para apoyar la anterior afirmación, de que Dios nunca permite que las personas actúen contrariamente a Su voluntad soberana, tenga en cuenta los siguientes pasajes de la Escritura:

El corazón del hombre traza su rumbo, pero sus pasos los dirige el Señor. (Proverbios 16:9).

El corazón humano genera muchos proyectos, pero al final prevalecen los designios del Señor. (Proverbios 19:21).

De nada sirven ante el Señor la sabiduría, la inteligencia y el consejo. (Proverbios 21:30).

Contempla las obras de Dios: ¿quién puede enderezar lo que él ha torcido?. (Eclesiastés 7:13).

¿Quién puede anunciar algo y hacerlo realidad sin que el Señor dé la orden?. (Lamentaciones 3:37).

Más bien, debieran decir: “Si el Señor quiere, viviremos y haremos esto o aquello”. (Santiago 4:15).

Escribe al ángel de la iglesia de Filadelfia: Esto dice el Santo, el Verdadero, el que tiene la llave de David, el que abre y nadie puede cerrar, el que cierra y nadie puede abrir. (Apocalipsis 3:7).

Hacemos planes, pero éstos sólo pueden tener éxito cuando están de acuerdo con el propósito de Dios. Ningún plan en contra de Su propósito puede tener éxito. Nadie puede enderezar lo que Él ha torcido o torcer lo que Él ha hecho derecho. Ningún emperador, rey, supervisor, profesor o entrenador, puede hablar y hacer que algo suceda si el Señor primero no lo ha decretado o permitido. Nadie puede decir, *haré esto o aquello*, y hacer que suceda si no es parte de la voluntad soberana de Dios.

¿Qué desafío, qué estímulo para confiar en Dios debería ser para nosotros este aspecto de Su soberanía! ¿Alguien te quiere hacer daño? Esa persona no puede absolutamente ejecutar su malicioso plan, a menos que Dios lo haya ordenado primero. En una ocasión hablé con un capellán militar quien tuvo un enfrentamiento con un supervisor por un acto ilegal que éste le propuso que realizaran. Como resultado, el capellán supervisor escribió una carta muy crítica al jefe de capellanes, lo cual puso en peligro la carrera de mi amigo. ¿Es él simplemente la víctima de un acto de venganza cruel? De acuerdo con la Escritura, no. El perverso capellán puede escribir docenas de cartas, pero no puede en absoluto terminar con la carrera militar de mi amigo a menos que Dios lo permita. Y si lo permite, es porque la acción perversa, es parte del plan de Dios para él. Nadie puede hablar y hacer que suceda si el Señor no lo ha ordenado (*Lamentaciones 3:37*).

La experiencia de mi amigo no es la única. Miles de cristianos han experimentado injusticias similares en manos de profesores, entrenadores, compañeros y supervisores en el trabajo. Tal vez usted también las ha experimentado, y cuando esas cosas ocurren siempre causan dolor. No podemos descartarlas con la expresión facilista de *Dios tiene el control*. Dios tiene el control pero Él permite que experimentemos el dolor, el cual es muy real. Nos sentimos heridos y sufrimos; pero en medio de nuestro sufrimiento debemos creer que Él tiene el control y que es soberano.

Como la escritora Margaret Clarkson bellamente lo ha expresado: *“La soberanía de Dios es esa impenetrable roca de la cual el sufriente corazón humano se aferra”*. Las circunstancias que rodean nuestras vidas no son accidentes: Ellas pueden ser el trabajo del diablo pero éste “trabajo” es autorizado firmemente por la poderosa mano de nuestro Dios soberano. Todo el mal está sujeto a Él, y el diablo no puede tocar Sus hijos a menos que Él lo permita. Dios es el Señor de la historia humana y personal de cada uno de los miembros de su familia redimida.³

No sólo están los malévolos actos voluntarios de los demás bajo el control soberano de Dios, sino también los errores y fallas de otras personas. Por ejemplo: Un conductor se cruzó el semáforo en rojo, chocó su carro y lo mandó a usted al hospital con múltiples fracturas; un médico no detectó su cáncer cuando se estaba iniciando, y se hubiera podido tratar; se encontró con un incompetente instructor en un curso muy importante en la universidad o un inepto supervisor que bloqueó su carrera en los negocios. Todas estas circunstancias están bajo la mano controladora de nuestro Dios soberano, quien las utiliza para nuestro bien.

Ni los actos malintencionados y maliciosos, ni los errores involuntarios de las personas pueden impedir el propósito que Dios tiene para nosotros. *De nada sirven ante el Señor la sabiduría, la inteligencia y el consejo (Proverbios 21:30)*. El gobernante Félix, cometiendo un acto completamente injusto, porque quería congraciarse con los israelitas, mantuvo a Pablo en prisión durante más de dos años (*Hechos 24:27*). José estuvo en prisión dos años porque el copero del Faraón se olvidó de él (*Génesis 40:14,23; 41:1*). Aquellos dos santos hombres fueron dejados en prisión para languidecer; uno por una deliberada injusticia, y el otro por un inexcusable olvido. Pero las dos situaciones difíciles estaban bajo el control soberano de un Dios infinitamente sabio y amoroso.

Nada es tan pequeño y trivial para escapar de la atención del control soberano de Dios, ni tan grande como para estar más allá de Su poder para controlarlo. El insignificante pajarillo no puede caer al suelo sin Su voluntad. Así mismo, el poderoso imperio romano no podía crucificar a Jesús a menos que Dios le diera ese poder (*Mateo 10:29; Juan 19:10–11*). Y lo que es válido para el pajarillo, y fue para Jesús, también lo es para usted y para mí. Ningún detalle de su vida es demasiado insignificante para el cuidado del Padre celestial, y ninguna circunstancia demasiado grande para que Él no la pueda controlar.

En dos días recibí noticias de acontecimientos desastrosos en las vidas de dos de mis amigos. La esposa de uno de ellos murió de repente cuando aparentemente su carro se atascó en el cruce de la carrilera de un tren que se aproximaba. El otro amigo es un conductor de camión que está luchando para establecerse como independiente en ese negocio. En un viaje reciente, su vehículo se dañó, necesitando repuestos tan caros que costaron casi todo lo que había ganado en ese viaje.

Por supuesto, las consecuencias de estos dos eventos, no se pueden comparar. El conductor del camión estaría de acuerdo en que ninguna cantidad del ingreso perdido se puede comparar con la pérdida de una preciosa vida. Pero, ¿qué le decimos a cada uno de ellos acerca de la soberanía de Dios, mientras luchan con su singular conjunto de circunstancias? ¿Será que le hablamos a uno de su *trágico accidente*, y al otro acerca de su *mala suerte*?

¿Estamos en realidad abandonados a merced de carros atascados, de camiones que se dañan, de personas que están en posición de hacernos daño o que intentan hacerlo? ¡No, y mil veces no! Estamos en manos de un Dios soberano que controla todas las circunstancias de nuestras vidas y que se regocija en hacernos bien (*Jeremías 32:41*).

No siempre la soberanía de Dios es manifiesta

Uno de nuestros problemas con la soberanía de Dios, es que con frecuencia no parece que Él tuviera el control de las circunstancias en nuestras vidas. Vemos personas injustas, descuidadas y hasta evidentemente malas, haciendo cosas que nos afectan. Experimentamos las consecuencias de los errores y fallas de otras personas. Incluso hacemos cosas tontas y pecaminosas, teniendo que cosechar con frecuencia el amargo fruto de nuestras acciones. Es difícil ver a Dios trabajar por medio de causas secundarias o en frágiles y pecadores seres humanos. Pero es Su habilidad de organizar diversas acciones humanas para cumplir Su propósito, lo que hace que Su soberanía sea maravillosa y misteriosa.

Ningún cristiano que crea en la Biblia tiene dificultad para creer que Dios puede hacer y ha hecho milagros como ejemplos de Su intervención soberana pero directa en los asuntos de las personas. Sin tener en cuenta nuestra posición teológica con respecto a los milagros que ocurren hoy en día, todos aceptamos indiscutiblemente la validez de los milagros registrados en la Escritura. Pero creer en la soberanía de Dios cuando no vemos Su intervención directa, cuando está, por así decirlo, trabajando completamente detrás del escenario a través de circunstancias y personas comunes, es aún más importante, porque esa es la forma en que con frecuencia Él trabaja.

Un escritor del siglo XIX, Alexander Carson, en su libro *Confianza en Dios en Momentos de Peligro*, dice: *Por la sabiduría del hombre no se puede ver cómo la providencia de Dios puede arreglar las acciones humanas para cumplir su propósito sin ningún milagro.*⁴ Por ejemplo, una escritora al comentar sobre un accidente en el que su carro fue golpeado por otro que se cruzó un semáforo en rojo, supuso que para que Dios la hubiera protegido, debería haber hecho que al otro vehículo de repente le hubieran salido alas para volar sobre ella, y que así no la habría estrellado. Lo que

tal afirmación implica es la idea de que al estar Dios enfrentando repentinamente una crisis en la vida de uno de Sus hijos, el único recurso que tiene es hacer un milagro o permitir que la crisis ocurra.

Dios permitió que en su situación la crisis ocurriera, pero no fue porque Él no pudiera prevenirla. En Su soberanía Él pudo haber cambiado el instante de la llegada al cruce de uno de los conductores, o desviado a uno de ellos por otra ruta que Él hubiera escogido. Ninguno de nosotros sabe de eventos en nuestras propias vidas tales (tal vez cientos) como cuando inadvertidamente hemos sido librados de la adversidad o la tragedia por la soberana e invisible mano de Dios. Como bien dijo el salmista: *No permitirá que tu pie resbale; jamás duerme el que te cuida. Jamás duerme ni se adormece el que cuida de Israel (Salmos 121:3-4).*

Sin duda, una de las razones por las cuales el libro de Ester fue incluido en las Escrituras es para ayudarnos a ver la mano soberana de Dios trabajando invisiblemente tras bambalinas para cuidar de Su pueblo. Es interesante que en ese libro el nombre de Dios no se mencione ni una sola vez, pero el lector atento ve Su mano en toda circunstancia, liberando a Su pueblo así como lo hizo en Egipto a través de poderosos milagros, siglos atrás. Dios estaba obrando tan soberanamente a través de circunstancias comunes y corrientes en la época de Ester como lo hizo a través de milagros en la de Moisés. El aspecto fundamental de este libro está en el capítulo 6.

Anterior a los acontecimientos de la noche registrada en ese capítulo, las vidas de todos los israelitas del imperio del rey persa Jerjes estaban en peligro debido al esquema diabólico de un hombre malvado, Amán, quien acababa de ser ascendido a una posición más alta que la de otros nobles del reino. Pero en este capítulo, los eventos empiezan a dirigirse finalmente a su

caída y muerte, la salvación física de los israelitas, y el ascenso de Mardoqueo (el héroe de la historia) a la segunda posición más alta del reino.

Puesto que la serie de eventos registrados en el capítulo 6 del libro de Ester, revelan de manera sobresaliente cómo usa Dios soberanamente las circunstancias más comunes para lograr Su propósito, las veremos más detalladamente.

Una fatídica noche, el rey Jerjes no podía dormir, por lo cual pidió que le trajeran y le leyeran el libro de las crónicas de su reino. En el transcurso de la lectura, salió a la luz que Mardoqueo quien estaba en peligro de ser ahorcado a la mañana siguiente, tiempo atrás había informado de un complot para asesinar al rey. Al preguntar qué reconocimiento se le había otorgado, encontró que no se le había hecho nada. Entonces el rey decidió honrarlo de inmediato y, resultó que el mismo hombre que había determinado colgar a Mardoqueo, terminó haciendo efectivo el edicto del rey para honrarle públicamente.

Considere qué tuvo que suceder para salvar a Mardoqueo de la horca. ¿Por qué el rey no durmió esa noche? ¿Por qué, entonces, pidió que le leyeran un simple registro de hechos en lugar de pedir que le tocaran música suave para arrullarlo y dormirse? Y cuando le leyeron el libro de las crónicas de su reino ¿por qué se le ocurrió al lector leer esa sección en particular donde se registraban las acciones de Mardoqueo? ¿Acaso no había incontables posibilidades de que aquél sirviente hubiera escogido cualquier otra porción de las crónicas del imperio persa?

El rey escuchó acerca del servicio que Mardoqueo había prestado, y preguntó cómo se le había recompensado. ¿Por qué el rey no recompensó a Mardoqueo en el momento en que le salvó la vida? ¿Por qué de repente decidió hacer algo? ¿Por qué el malvado Amán apareció en ese momento para pedirle permiso de colgar a Mardoqueo? ¿Por qué Jerjes le preguntó a Amán qué se debería

Confianza en Dios aunque la vida duela

hacer para honrar al hombre de tal manera que él no se diera cuenta, haciendo que Amán pensara que él era quien iba a ser honrado?⁵

La respuesta a todos estos interrogantes es que Dios estaba dirigiendo soberanamente los eventos de esa noche para salvar a su pueblo. Sin embargo, la pregunta que naturalmente surge es: *¿Dirige Dios siempre los sucesos de mi vida para mi bien?* Si aceptamos que el resultado poco usual de los sucesos de Ester se debió a la mano soberana de Dios, ¿estamos justificados al concluir que Dios siempre dirige las circunstancias de nuestras vidas para cumplir Su propósito? De acuerdo con *Romanos 8:28*, la respuesta es un fuerte SÍ. El versículo dice: *Ahora bien, sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman, los que han sido llamados de acuerdo con su propósito.* Esa garantía de que Dios trabaja en todos los eventos de nuestras vidas es lo que le da sentido a la exhortación de Pablo *den gracias a Dios en toda situación* (*1ª Tesalonicenses 5:18, énfasis del autor*).

¿Cómo le podríamos dar gracias a Dios por todas las circunstancias de nuestras vidas, si Él no estuviera obrando en ellas para nuestro bien?

Dios hace lo que a Él le place

Por lo tanto nadie puede actuar, ni ninguna circunstancia puede ocurrir fuera de los límites de Su voluntad soberana. Pero este es sólo un lado de Su soberanía. El otro, que es de igual importancia para nuestra confianza en Él, consiste en que ninguno de Sus planes se puede frustrar. Dios hace lo que quiere, sólo como Él lo quiere, y nadie puede frustrar Sus planes o truncar Sus propósitos.

De nuevo, puesto que es un concepto difícil de aceptar, y con frecuencia muy discutido, será útil considerar varios pasajes de las Escrituras que tratan este tema.

Yo sé bien que tú lo puedes todo, que no es posible frustrar ninguno de tus planes. (Job 42:2).

Nuestro Dios está en los cielos y puede hacer lo que le parezca. (Salmo 115:3).

Si lo ha determinado el Señor Todopoderoso, ¿quién podrá impedirlo? Si él ha extendido su mano, ¿quién podrá detenerla?. (Isaías 14:27).

Desde los tiempos antiguos, yo soy. No hay quien pueda librar de mi mano. Lo que yo hago, nadie puede desbaratarlo. (Isaías 43:13).

Yo anuncio el fin desde el principio; desde los tiempos antiguos, lo que está por venir. Yo digo: Mi propósito se cumplirá, y haré todo lo que deseo. (Isaías 46:10).

Ninguno de los pueblos de la tierra merece ser tomado en cuenta. Dios hace lo que quiere con los poderes celestiales y con los pueblos de la tierra. No hay quien se oponga a su poder ni quien le pida cuentas de sus actos. (Daniel 4:35).

En Cristo también fuimos hechos herederos, pues fuimos predestinados según el plan de aquel que hace todas las cosas conforme al designio de su voluntad. (Efesios 1:11).

Ningún plan de Dios se puede impedir; cuando Él actúa, nadie puede echarlo atrás, detener Su mano o pedirle cuenta de Sus actos. Dios hace lo que quiere, sólo como Él quiere, y resuelve cada evento de acuerdo a Su voluntad.

Dicha afirmación total y absoluta de la soberanía de Dios nos aterraría si fuera lo único que supiéramos de Él. Pero Él no es solamente soberano sino perfecto en el amor e infinito en sabiduría.

Como vimos en el capítulo 2, el rabino Kushner le atribuyó una parte de la soberanía a la naturaleza. Él dijo: *La naturaleza está moralmente ciega, sin valores ésta se agita siguiendo sus propias leyes, sin importarle a quién o qué se lleva a su paso.* Pero Dios sí se preocupa y ejerce Su soberanía para la gloria suya, Su bien y el de Su pueblo.

Pero, ¿cómo se relaciona este aspecto de Su soberanía (es decir, que Dios hace lo que le place) con nuestra confianza en Él? ¿Por qué es algo más que una simple afirmación abstracta acerca de Dios para ser debatida por los teólogos, una afirmación que tiene poca relevancia en nuestras vidas diarias?

La respuesta es que Él, tiene un propósito y un plan para usted, y tiene el poder para llevarlo a cabo. Una cosa es saber que ninguna persona o circunstancia fuera de Su control soberano puede tocarnos; y otra es saber que nadie, ni ninguna circunstancia, pueden frustrar Su propósito en nuestras vidas.

Dios tiene un gran propósito para todos los creyentes: *a ser transformados según la imagen de su Hijo (Jesucristo) (Romanos 8:29).* También tiene un propósito específico para cada uno de nosotros, el cual constituye Su plan único y a la medida para nuestra vida individual (ver *Efesios 2:10*); y Su voluntad cumplirá ese propósito. Como dice el *Salmo 138:8: El Señor cumplirá en mí su propósito.* Puesto que sabemos que Dios está dirigiendo nuestras vidas a un fin, y que Él es soberanamente capaz de dirigir los eventos de ellas hacia ese fin, podemos confiar en Él. Podemos encomendarle no sólo el resultado final de nuestras vidas, sino también todos los eventos y circunstancias intermedios que nos llevarán a ese resultado.

De nuevo, es difícil para nosotros apreciar la realidad de Dios actuando soberanamente en nuestras vidas, porque no lo vemos haciéndolo. En cambio sí nos vemos a nosotros mismos o a otras personas actuando, los acontecimientos sucediendo, y evaluamos

esas acciones y eventos de acuerdo con nuestras preferencias y planes. Nos vemos influenciando, o tal vez, controlando o siendo controlados por las acciones de otras personas, y no vemos a Dios obrando. Pero sobre todas las acciones y eventos de nuestras vidas, tiene el control haciendo lo que quiere entre dichos eventos a pesar de ellos, o a través de ellos. José fue vendido como esclavo por sus hermanos. En sí ese fue un acto maligno, pero, a su debido tiempo, José reconoció que Dios estaba obrando por medio de las acciones de sus hermanos. Por eso él les pudo decir: *Fue Dios quien me envió aquí, y no ustedes (Génesis 45:8)*. José reconoció la mano de Dios en su vida dirigiendo soberanamente todos los eventos para originar Su plan para él.

Tal vez usted y yo nunca tengamos el privilegio en esta vida de ver un resultado tan obvio del plan de Dios para nosotros, como lo vio José. Pero Su plan y Su resultado para nosotros, no es menos firme, ni menos cierto de lo que fue para José. Dios no nos dio el relato de su vida sólo para informarnos, sino también para animarnos. *De hecho, todo lo que se escribió en el pasado se escribió para enseñarnos, a fin de que, alentados por las Escrituras, perseveremos en mantener nuestra esperanza (Romanos 15:4. Énfasis del autor)*. Lo que Dios hizo por José, lo hará por nosotros, pero para conseguir el consuelo y estímulo de esta verdad que Dios ha provisto, debemos confiar en Él, y aprender a vivir como Él dijo: *Vivimos por fe, no por vista (2ª Corintios 5:7)*.

Uno de los pasajes bíblicos que ha sido muy significativo para mí por varios años es *Jeremías 29:11: Porque yo sé muy bien los planes que tengo para ustedes –afirma el Señor–, planes de bienestar y no de calamidad, a fin de darles un futuro y una esperanza*. Aunque estas palabras fueron dirigidas a la nación de Judá en su cautiverio, expresan un principio acerca de Dios, el cual es reafirmado en otras partes de la Biblia. Dios tiene un plan para usted, y puesto que es Su plan, y nadie puede desviarlo, entonces puede tener la esperanza y el valor. Usted puede confiar en Dios.

Desde nuestra posición limitada, nuestras vidas están marcadas por una infinita serie de posibilidades. Con frecuencia en lugar de actuar como planeamos, nos encontramos reaccionando mal ante una inesperada serie de eventos. Hacemos planes y con frecuencia somos forzados a cambiarlos. Pero con Dios no hay eventualidades, pues el cambio inesperado de planes es parte de Su plan. Él nunca se sorprende, y nunca lo cogemos fuera de guardia o frustrado por sucesos inesperados. Él hace lo que quiere, y eso siempre es para Su gloria y nuestro bien.

Nuestras vidas también son obstruidas con muchos *si tan solo: Si sólo hubiera hecho esto o si sólo no hubiera sucedido*. Pero de nuevo, Dios no tiene *si solos*; Dios nunca comete errores; Él no tiene excusas; por eso el *Salmo 18:30* expresa: *El camino de Dios es perfecto; la palabra del Señor es intachable. Escudo es Dios a los que en él se refugian*. Podemos confiar en Dios; pues Él es merecedor de nuestra confianza. Así como vimos en el libro de Ester el soberano cuidado de Dios para Su pueblo, también el corto libro de Rut nos muestra a Dios obrando con el fin de llevar a cabo el plan trazado para un miembro de Su pueblo. En un sentido, el libro de Rut es más ilustrativo que el libro de Ester, porque nos da una idea del obrar soberano de Dios en circunstancias más cotidianas que las descritas en el libro de Ester.

Como usted recordará, Rut era la nuera viuda de Noemí, quien pronunció las conocidas palabras: *Porque iré adonde tú vayas, y viviré donde tú vivas. Tu pueblo será mi pueblo, y tu Dios será mi Dios (Rut 1:16)*. El pasaje de *Rut 2:1-10* nos ayuda a ver a Dios obrando en la vida de ella:

Noemí tenía, por parte de su esposo, un pariente que se llamaba Booz. Era un hombre rico e influyente de la familia de Elimélec. Y sucedió que Rut la moabita le dijo a Noemí: –Permíteme ir al campo a recoger las espigas que vaya dejando alguien a quien yo le caiga bien. –Anda, hija mía –le respondió su suegra.

Rut salió y comenzó a recoger espigas en el campo, detrás de los segadores. Y dio la casualidad de que el campo donde estaba trabajando pertenecía a Booz, el pariente de Elimélec. En eso llegó Booz desde Belén y saludó a los segadores: —¡Que el Señor esté con ustedes! —¡Que el Señor lo bendiga! —respondieron ellos. —¿De quién es esa joven? —preguntó Booz al capataz de sus segadores. —Es una joven moabita que volvió de la tierra de Moab con Noemí —le contestó el capataz—.

Ella me rogó que la dejara recoger espigas de entre las gavillas, detrás de los segadores. No ha dejado de trabajar desde esta mañana que entró en el campo, hasta ahora que ha venido a descansar un rato en el cobertizo. Entonces Booz le dijo a Rut: —Escucha, hija mía. No vayas a recoger espigas a otro campo, ni te alejes de aquí; quédate junto a mis criadas, fíjate bien en el campo donde se esté cosechando, y síguelas. Ya les ordené a los criados que no te molesten. Y cuando tengas sed, ve adonde están las vasijas y bebe del agua que los criados hayan sacado. Rut se inclinó hacia la tierra, se postró sobre su rostro y exclamó: —¿Cómo es que le he caído tan bien a usted, hasta el punto de fijarse en mí, siendo sólo una extranjera?

Para concluir rápidamente el relato, Rut se casa con Booz, llegando a ser la bisabuela del rey David, y una de las cuatro mujeres mencionadas en el relato donde Mateo presenta la genealogía de nuestro Señor (*Mateo 1:1–16*).

Observe en el pasaje citado, cuatro eventos claves para empezar el proceso de Rut y convertirse en la esposa de Booz. Cuando ella salió a cosechar en los campos, hubiera podido hacerlo en cualquiera de ellos. El versículo 3 dice: Y dio la casualidad de que el campo donde estaba trabajando pertenecía a Booz, el pariente de Elimélec. Es decir, Dios la llevó al campo correcto. Pero todavía tenía que conocer a Booz; entonces el versículo 4 dice: *En eso llegó Booz desde Belén*. Dios, quien controló la dirección de Rut para que se le ocurriera ir al campo de Booz, controló a su vez el tiempo de Booz para que fuera a revisar su cosecha justo en el momento en que Rut estaba allí.

Pero todavía Rut debía ganar la atención y el favor de Booz. Indudablemente muchos pobres recogieron del campo de Booz desde que él dejó el grano que sobraba, pues era parte de la ley dada a Moisés por Dios (*Levítico 19:9–10*) y por lo tanto, un evento común en la vida de Israel. Nosotros supondríamos que un terrateniente como Booz normalmente no se daría cuenta de una pobre mujer que estaba recogiendo los granos sobrantes. Pero él vio a Rut, versículo 5: —¿De quién es esa joven? —preguntó Booz al capataz de sus segadores Finalmente, vemos que Booz respondió favorablemente a Rut (*vv 8–10*).

El lugar y el tiempo correcto, ser vista y ganar el favor de Booz, todos fueron eslabones claves en la cadena de eventos que finalmente resultaron en el matrimonio de Rut y Booz. Ninguno de éstos fue extraordinario, y todos aparentemente *sólo sucedieron*, pareciendo apenas coincidencia en una historia romántica. Pero los lectores respetuosos de la Escritura, no pueden dejar de ver la mano soberana de Dios organizando aquellas circunstancias cotidianas para cumplir Su propósito. Noemí, aunque en el momento no era consciente del plan futuro de Dios para Rut y Booz, le atribuye los eventos a Él (*Rut 2:20*).

Los relatos de Ester, Mardoqueo, Rut y Booz, tienen el mismo feliz término, y vemos la mano de Dios obrando en esos eventos. Pero, ¿qué sucede cuando el relato no tiene un final feliz? ¿Ahí también es Dios soberano? Esta es la pregunta crucial. Es fácil confiar en Él cuando el proceso de los eventos resulta como deseamos, y aun así, con frecuencia, nuestra fe titubea durante el proceso hasta que conocemos el resultado.

Considere por ejemplo, el relato de Hechos 12, sobre los apóstoles Jacobo y Pedro cuya estrecha relación precedió su apostolado porque eran socios en el negocio de la pesca (*Lucas 5:10*).

La soberanía de Dios

Fueron llamados al mismo tiempo por Jesús para que dejaran su negocio, y lo siguieran (*Mateo 4:18–22*). Ambos, juntamente con Juan, eran parte del círculo de Jesús. Pero en *Hechos 12*, les sucedieron eventos radicalmente diferentes. Jacobo es condenado a muerte, y a Pedro milagrosamente le es perdonado el mismo destino.

Póngase en el lugar de las esposas de Jacobo y Pedro. La una se lamenta por la muerte de su esposo; la otra se regocija por la liberación milagrosa del suyo, y por la soberanía de Dios, pero ¿qué de la esposa de Jacobo? ¿Será que Dios era menos soberano en la muerte de Jacobo que en la liberación de Pedro? ¿Será que Dios es soberano solamente en las circunstancias *buenas* de nuestras vidas? ¿No es soberano también en los tiempos difíciles, y cuando nuestros corazones están afligidos por el dolor? La Biblia nos enseña que Dios es soberano en lo *bueno* y en lo *malo*.

Considere lo siguiente:

Cuando te vengan buenos tiempos, disfrútalos; pero cuando te lleguen los malos, piensa que unos y otros son obra de Dios, y que el hombre nunca sabe con qué habrá de encontrarse después. (Eclesiastés 7:14).

Yo formo la luz y creo las tinieblas, traigo bienestar y creo calamidad; Yo, el Señor, hago todas estas cosas. (Isaías 45:7).

¿No es acaso por mandato del Altísimo que acontece lo bueno y lo malo? (Lamentaciones 3:38).

Estos tres pasajes establecen claramente lo que se enseña en principio en todo el resto de la Biblia. Dios controla el bien y el mal. Dios no mira de lado o es tomado por sorpresa cuando la adversidad nos golpea. Él tiene el control de esa adversidad, dirigiéndola para Su gloria y nuestro bien.

Volvamos a la esposa de Jacobo. Ella también debe confiar en Dios y Su control soberano sobre la vida y muerte de su esposo. Confiar en Dios no significa que no sufra dolor, que su corazón no esté dolido. Significa que en medio de su dolor y angustia pueda decir: *Señor, yo sé que Tú tenías el control de este espantoso evento. No entiendo por qué permitiste que sucediera pero confío en Ti.*

Fácilmente admito que es difícil creer que Dios tenga el control cuando estamos en medio de la ansiedad, el dolor o la angustia, pues he luchado con esto muchas veces. Debido a mi trabajo muchos de mis escritos se han realizado en forma intermitente, *unas horas aquí y otras allá*. Por eso, este capítulo en particular fue escrito y reescrito en un período de seis semanas o más, y durante ese tiempo tuve que experimentar la soberanía de Dios en dos ocasiones. En cada una de ellas me di cuenta de que sabía la verdad con respecto a Su soberanía. Lo que tuve que hacer fue decidir si iba a confiar en Dios, aun cuando mi corazón sufriera. De nuevo noté que así como debemos aprender a obedecer a Dios, en nuestras decisiones, una por una, también debemos aprender a confiarle una por una nuestras circunstancias.

Confiar en Dios no es cuestión de sentimientos sino de la voluntad. No siento deseos de confiar en Él cuándo la adversidad me golpea, pero puedo elegir hacerlo aun cuando no lo desee. Sin embargo, ese acto de voluntad, se debe basar en la fe, porque es la verdad.

La verdad en la que debemos creer es que Dios es soberano. Él hace Su buen propósito y éste nunca se frustra; Él dirige y controla todos los eventos y todas las acciones de Sus criaturas de tal forma que nunca pueden actuar fuera de Su voluntad soberana. Debemos creer y aferrarnos a esto cuando enfrentemos la adversidad y la tragedia, si queremos glorificarle confiando en Él.

Diré lo siguiente tan amable y compasivamente como pueda. Nuestra prioridad en momentos de adversidad es honrar y glorificar a Dios confiando en Él. Tendemos a hacer que la prioridad sea obtener alivio de nuestros sentimientos de dolor, desilusión o frustración. Este es un deseo natural, y Dios ha prometido darnos gracia suficiente en las pruebas, y paz para nuestras ansiedades (*2ª Corintios 12:9, Filipenses 4:6-7*). Pero así como Su voluntad es tener prioridad sobre nuestra voluntad (*Jesús mismo dijo: Padre mío, si es posible, no me hagas beber este trago amargo. Pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú Mateo 26:39*) también su honor es tener prioridad sobre nuestros sentimientos.

Honramos a Dios al escoger confiar en Él aun cuando no entendemos lo que está haciendo o por qué ha permitido que algunas circunstancias adversas ocurran. Cuando buscamos la gloria de Dios, debemos estar seguros de que Él tiene como propósito nuestro bien y que no se detendrá para cumplirlo.

Una palabra de precaución

Este capítulo es *duro*, y por lo tanto se debe leer, estudiar y orar cuando la vida es más o menos rutinaria, y se debe almacenar o guardar en nuestros corazones (*Salmo 119:11*) para el tiempo de adversidad cuando tengamos que recurrir a esa verdad.

Sobre todo, debemos ser muy sensibles para instruir a alguien acerca de la soberanía de Dios, y animarlo a confiar en Él en medio de la adversidad y el dolor. Es mucho más fácil confiar en la soberanía de Dios cuando es otra persona la que está sufriendo. Necesitamos ser como Jesús de quien se dijo: *No acabará de romper la caña quebrada ni apagará la mecha que apenas arde, hasta que haga triunfar la justicia (Mateo 12:20)*. No nos sintamos culpables de romper una caña quebrada (un corazón duro) con un tratamiento insensible sobre la fuerte doctrina de la soberanía de Dios.



La soberanía de Dios sobre las personas

*En las manos del Señor el corazón del rey es como un río:
sigue el curso que el Señor le ha trazado.*

Proverbios 21:1

Imagínese usted mismo en esta situación: ha estado trabajando para alguien durante toda su vida, su jefe ha sido extremadamente cruel, el salario sólo le alcanza para sobrevivir, se siente pisoteado y oprimido, pues prácticamente, no es más que un esclavo. De repente, es eximido de esa insoportable situación, libre para empezar una nueva vida. Sólo hay un problema, y es que no tiene medios económicos, no puede hacer un viaje, sus recursos no le permiten empezar de nuevo en otra parte, ni beneficiarse de esta increíble oportunidad.

Entonces, usted se dirige a su jefe y le pide dinero para el viaje y para empezar de nuevo. Por sorprendente que parezca, la cantidad que le entrega es tan grande, que él queda pobre.

Esto parece un engaño, y suena como un relato infantil con un final feliz, de esos que nunca ocurren en la vida real. Sólo que éste sí sucedió; no exactamente con los detalles que he usado, pero

sí en principio. Esta historia ocurrió en realidad y está registrada para nosotros en la Biblia, en el libro del Éxodo. Los israelitas eran el pueblo cruelmente oprimido, forzado a *hacer ladrillos sin paja*. De repente Dios interviene en sus vidas, y el Faraón dice: *¡Salgan!* Pero ellos no tenían recursos para hacer el viaje y empezar de nuevo, ya que eran esclavos. Dios había previsto este problema, y tenía planeado superarlo; por lo tanto, le dijo a Moisés:

Pero yo haré que este pueblo se gane la simpatía de los egipcios, de modo que cuando ustedes salgan de Egipto no se vayan con las manos vacías. Toda mujer israelita le pedirá a su vecina, y a cualquier otra mujer que viva en su casa, objetos de oro y de plata, y ropa para vestir a sus hijos y a sus hijas. Así despojarán ustedes a los egipcios (Éxodo 3:21–22).

Y lo que Dios prometió en realidad sucedió. *Éxodo 12:35–36* dice:

Después, siguiendo las instrucciones que Moisés les había dado, pidieron a los egipcios que les dieran objetos de oro y de plata, y también ropa. El Señor hizo que los egipcios vieran con buenos ojos a los israelitas, así que les dieron todo lo que les pedían. De este modo los israelitas despojaron por completo a los egipcios.

Dios impulsa al pueblo

Los egipcios procedieron en forma totalmente opuesta al comportamiento humano normal. Voluntaria y libremente dieron cuanto pidieron, a los que hasta ahora habían sido sus esclavos; tanto, que dice que los israelitas *saquearon* a los egipcios. El significado usual de saquear es robar, coger o tomar por la fuerza. Aunque en realidad los egipcios se saquearon a sí mismos, lo hicieron porque Dios había dado gracia en sus corazones hacia los israelitas.

¿Cómo lo hizo Dios? No sabemos; sólo conocemos lo que el texto nos dice. Es obvio que los egipcios actuaron libre y voluntariamente; pero lo hicieron, pues el texto dice: *El Señor hizo que los egipcios vieran con buenos ojos a los israelitas*. De alguna forma misteriosa Dios se movió en sus corazones para que ellos, por libre elección, hicieran exactamente lo que Él había planeado. Dios intervino soberanamente en los corazones, deseos y voluntades, para cumplir Su propósito con los israelitas.

Todos encontramos que nosotros y nuestro futuro, están aparentemente en las manos de otras personas. Sus decisiones o acciones determinan si logramos una buena o mala calificación; si somos ascendidos o despedidos; si nuestras carreras tienen éxito o fracaso. No estoy pasando por alto nuestra responsabilidad en estas circunstancias, pero todos sabemos que aun cuando hemos hecho lo mejor, todavía dependemos de la aprobación o rechazo de ese profesor, jefe u oficial.

Desde un punto de vista humano, estamos frecuentemente en manos de otras personas y sus decisiones o acciones.

Algunas veces aquellas decisiones son benévolas y acertadas; otras son perjudiciales o descuidadas. Pero de cualquier forma nos afectan, y por lo general, de manera significativa. ¿Cómo debemos responder cuando nos encontramos aparentemente en manos de otra persona, o cuando necesitamos una decisión o acción favorable por parte de ella? ¿Podemos confiar en que Dios tiene el poder para obrar en su corazón, y llevar a cabo Su plan para con nosotros?

Imagínese que alguien puede hacernos daño, arruinar nuestra reputación o poner en peligro nuestra carrera. ¿Podemos confiar en que Dios interviene en el corazón de esa persona para que no lleve a cabo su malvada intención? De acuerdo con la Biblia, la respuesta en ambos casos es sí. Podemos confiar en Él, quien interviene con soberanía en el corazón de las personas para que

tomen decisiones y ejecuten acciones que cumplan Su propósito en nuestras vidas. Dios lo hace de tal manera que ellas deciden y ejecutan los planes del Señor por su propia voluntad y elección.

Descubro que esa temeraria afirmación acerca de la soberanía de Dios me coloca en una trampa teológica. Muchas personas están preparadas para poner la soberanía de Dios por encima de circunstancias naturales e impersonales, como por ejemplo, una falla mecánica de un avión. Después de todo, la naturaleza no tiene voluntad propia, y Dios es libre de obrar a través de Sus leyes físicas como Él quiera. Pero negamos Su soberanía sobre las determinaciones y acciones de las personas. Esta consideración acerca de la soberanía de Dios les parece a muchos que destruye la libre voluntad del hombre, convirtiéndolo apenas en un títere en el escenario de Dios.

Los cristianos han discutido y debatido este aspecto a través de las épocas. No me ilusiono pensando que voy a agregar un nuevo conocimiento o idea a este asunto, pero tampoco lo podemos ignorar. El tema acerca de la influencia controladora de otras personas sobre nuestras vidas, es muy interesante como para omitirlo en un libro que habla de la confianza en Dios. Si Dios no es soberano en las decisiones y acciones de otras personas cuando nos afectan, entonces, hay una mayor área de nuestras vidas donde no podemos confiar en Él, como por ejemplo, cuando somos abandonados para valemos por nosotros mismos.

Por lo tanto, dejemos de lado por un momento el problema teológico, y examinemos las Escrituras. ¿Nos dan ellas alguna garantía para creer que en efecto Dios interviene soberanamente en la mente de las personas con el fin de que decidan o actúen en cierta forma, y así poder cumplir Su plan trazado para con nosotros? ¿Permite Dios que las personas tomen decisiones que nos favorecen y las frena para tomar aquellas que nos podrían hacer daño?

Quizá la afirmación bíblica más clara de que Dios influye soberanamente en las decisiones del pueblo se encuentra en *Proverbios 21:1* *En las manos del Señor el corazón del rey es como un río: sigue el curso que el Señor le ha trazado.* Charles Bridges, en su exposición sobre Proverbios, establece: *la verdad general [de la soberanía de Dios sobre los corazones de toda la gente] es enseñada por la más fuerte ilustración —su incontrolable dominio sobre la más absoluta de las voluntades— el corazón del rey.*¹

En nuestra época de escasas monarquías cuando los reyes y reinas son por lo general figuras decorativas, puede ser difícil para nosotros apreciar toda la fuerza de la que Charles Bridges está hablando al decir que el corazón del rey era la más absoluta de todas las voluntades. Pero en la época de Salomón, el rey era el monarca absoluto, y no había un cuerpo legislativo aparte para hacer leyes que no le convinieran, o una Corte Suprema que lo restringiera. La palabra del rey era ley; su autoridad sobre su reino era incondicional y sin límites.

Dios aún controla el corazón del rey, y la voluntad terca del más poderoso monarca sobre la tierra es dirigida por Él tan fácilmente como el granjero encauza la corriente del agua en sus canales de irrigación. El argumento entonces, es del mayor al menor; si Dios controla el corazón del rey también lo hace con el de cualquier otro. Todos nos debemos mover ante Su influencia soberana.

Ya lo hemos visto demostrado en el proceder de los egipcios hacia los israelitas. También lo vemos en el relato de Ciro rey de Persia, cuando emitió un decreto para permitir que los israelitas volvieran a Jerusalén a reconstruir el templo. *Esdras 1:1* dice:

En el primer año del reinado de Ciro, rey de Persia, el Señor dispuso el corazón del rey para que éste promulgara un decreto en todo su reino y así se cumpliera la palabra del Señor por medio del profeta Jeremías (Énfasis del autor).

El texto dice claramente que el rey Ciro emitió un decreto porque Dios movió su corazón. Humanamente hablando, el destino del pueblo de Dios estaba en las manos del más poderoso monarca de esa época, pero en verdad estaba completamente en las manos de Dios, quien tenía el poder de controlar soberanamente las decisiones de aquel rey.

Dios, hablando a través del profeta Isaías, nos muestra claramente Su obra en el corazón de Ciro: *Por causa de Jacob mi siervo, de Israel mi escogido, te llamo por tu nombre y te confiero un título de honor, aunque tú no me conoces. Yo soy el Señor, y no hay otro; fuera de mí no hay ningún Dios. Aunque tú no me conoces, te fortaleceré* (Isaías 45:4–5, énfasis del autor). No es necesario que una persona reconozca el control soberano de Dios en su corazón o incluso que acepte Su existencia, pues ni los egipcios ni Ciro pretendían obedecer la voluntad revelada de Dios. Ellos solamente obraron como su corazón les dictó, puesto que estaban dirigidos por Dios.

Al ver a Ciro, y la respuesta de los israelitas a su decreto, observamos otro ejemplo del control de Dios en los corazones de la gente. *Esdras 1:5* dice: *Entonces los jefes de familia de Benjamín y de Judá, junto con los sacerdotes y levitas, es decir, con todos aquellos en cuyo corazón Dios puso el deseo de construir el templo, se dispusieron a ir a Jerusalén.* Ciro pudo emitir un decreto, pero todavía se necesitaba una respuesta de los israelitas. Algunos de ellos debían tomar la decisión de dejar las comodidades de sus alrededores ya que habían estado allí setenta años, casi dos generaciones, para emprender el arduo y peligroso viaje de regreso a Jerusalén, y comenzar la prolongada y difícil tarea de reconstruir el templo. ¿Cómo se aseguró Dios de que sucedería? Él se movió en los corazones de algunas personas, a quienes años más tarde vemos regocijándose porque Dios *Durante siete días celebraron con mucho gozo la fiesta de los Panes sin levadura, porque el Señor les había devuelto la alegría y había hecho que el rey de*

Persia los ayudara y permitiera reconstruir el templo del Dios de Israel. (Esdra 6:22). Este fue un monarca posterior al rey Darío. Por lo tanto Dios movió el corazón de dos gobernantes, uno para iniciar el proyecto, y otro para continuarlo, al tiempo que dirigió los corazones de algunos de los israelitas para que respondieran. Dios motiva a los individuos para que cumplan su propósito.

Otro ejemplo de la influencia de Dios en el corazón de las personas, lo vemos en el jefe de los eunucos cuando Daniel resolvió no contaminarse con la comida de la mesa del rey, alimento espiritualmente contaminado por haber sido ofrecido primero a los ídolos, y por ser de animales que los israelitas no debían comer. Daniel entonces, pidió permiso al jefe para no contaminarse. La Escritura luego dice: *Dios había hecho que Daniel se ganara el afecto y la simpatía del jefe de oficiales (Daniel 1:9).*

La petición de Daniel para el jefe era muy difícil, tanto, que la primera preocupación fue por su propia vida si aceptaba (v. 10). Sin embargo, se la concedió, y lo hizo porque Dios primeramente había movido su corazón para mostrar aprecio y simpatía hacia Daniel, y porque su corazón en realidad estaba en manos de Él quien lo dirigió según Su voluntad.

Un ejemplo final de la Escritura será suficiente para mostrar que Dios controla soberanamente las vidas de los cristianos y de los que no lo son. Pablo dijo de su colaborador Tito: *Gracias a Dios que puso en el corazón de Tito la misma preocupación que yo tengo por ustedes. De hecho, cuando accedió a nuestra petición de ir a verlos, lo hizo con mucho entusiasmo y por su propia voluntad (2ª Corintios 8:16–17).* Pablo atribuye las acciones de Tito tanto a Dios, quien puso en su corazón interés por los corintios, como a él mismo quien también actuó con entusiasmo y por su propia iniciativa, libremente, pero bajo el misterioso y soberano impulso de Dios.

Dios refrena a las personas

Hemos visto que Dios puede y se mueve en los corazones de la gente para que se muestre favorable hacia nosotros, cuando esto sirve para llevar a cabo Sus propósitos. Pero hay otra importante dimensión de Su soberanía en los corazones, y es que, cuando es necesario, les impide tomar decisiones y realizar acciones que los lastimarían. Un incidente en la vida de Abraham ilustra lo anterior.

Por temor a perder la vida, Abraham mintió acerca de su esposa Sara, diciendo que era hermana, y como resultado Abimelec se iba a casar con ella. Dios, sin embargo, lo impidió, y le dijo: *por eso no te permití tocarla, para que no pecaras contra mí (Génesis 20:6)*. Dios no refrenó a Abimelec física o circunstancialmente, sino a través de su mente. Por alguna razón, que de seguro Abimelec no comprendió, no consumó una relación física con Sara. Dios intervino con soberanía y protegió la pureza moral y física de Sara, quien fue la madre del hijo prometido de Abraham. Dios pudo haber intervenido circunstancialmente para preservar la pureza de ella, pero prefirió hacerlo en la mente de Abimelec de una forma que sólo Él conoce, y lo refrenó a través de Su voluntad.

¿Sabía Abimelec que Dios lo estaba deteniendo? No, la Escritura sólo dice que él no se había acostado con ella (v. 4). El decidió por su propia voluntad no acostarse con Sara, pero su elección estaba bajo el control soberano de Dios. Este hecho es aún más sorprendente si consideramos que por su incredulidad y pecado Abraham había puesto a Sara en esta difícil situación. Dios en realidad no excusó el pecado de Abraham, pero no por eso dejó de intervenir en la mente de Abimelec para evitar sus graves consecuencias.

En otra ocasión el nieto de Abraham, Jacob, partió con su familia de Siquem a Betel. Dos de los hijos de Jacob acababan de cometer un horrendo acto contra el pueblo, y se esperaba que buscaran venganza. Pero *Génesis 35:5* dice: *Cuando partieron, nadie persiguió a la familia de Jacob, porque un terror divino se apoderó de las ciudades vecinas.*

Terror o miedo es un estado de la mente con frecuencia inducido por algunas circunstancias externas. En este caso no parece haber alguna circunstancia externa que motivara semejante terror; pues la verdad era exactamente lo opuesto. Efectivamente en versículos anteriores a *Génesis 35:5*, Jacob había dicho: —*Me han provocado un problema muy serio. De ahora en adelante los cananeos y ferezeos, habitantes de este lugar, me van a odiar. Si ellos se unen contra mí y me atacan, me matarán a mí y a toda mi familia, pues cuento con muy pocos hombres (Génesis 34:30).* No había razón para que los cananeos no arremetieran contra Jacob y su familia para vengar el crimen de los hijos de éste, excepto que Dios los detuviera mediante el temor que racionalmente no se podía explicar.

Tratando nuevamente acerca de los constructores de templos que vimos con anterioridad en el libro de Esdras, encontramos otro ejemplo de la mano restrictiva de Dios. Antes de que el rey Darío emitiera su decreto ordenando que la reconstrucción del templo no se detuviera sino que por el contrario, fuera ayudada por el tributo (*Esdras 6:6–10*), el gobernador y otros oficiales habían cuestionado la autoridad de los israelitas para reedificar el templo. Ellos pudieron haber suspendido la obra de la casa de Dios hasta recibir la orden del rey, pero no lo hicieron. ¿Por qué? La Escritura dice: *Pero como Dios velaba por los dirigentes judíos, no los obligaron a interrumpir el trabajo hasta que se consultara a Darío y éste respondiera por escrito (Esdras 5:5).*

Una de las más fuertes ilustraciones sobre la restricción de Dios a las personas, se da en *Éxodo 34:23–24*: *Todos tus varones deberán presentarse ante mí, su Señor y Dios, el Dios de Israel, tres veces al año. Entonces yo echaré de tu presencia a las naciones, ensancharé tu territorio y nadie codiciará tu tierra* (Énfasis del autor).

Dios mandó a todos los hombres a suspender sus actividades normales tres veces al año para que se presentaran ante Él. Para nosotros entender el significado de esta orden, tendríamos que verlo como si hoy en día nuestra nación interrumpiera simultáneamente el comercio, todas sus actividades educativas, y lo más crucial de todo, su personal militar, para reunir tres veces al año en una gigantesca asamblea a toda esa gente. Fácilmente podemos ver qué tan vulnerable e indefenso quedaría nuestro país ante poderes hostiles durante esos tres períodos del año.

Eso fue lo que Dios le ordenó hacer a Israel; pero junto con el mandato también le prometió que nadie codiciaría su tierra durante las épocas en que estuvieran totalmente indefensos, y no sólo ninguna otra nación los atacaría, sino que no desearían hacerlo. Codicia, que es el perverso deseo de poseer algo que le pertenece a otro, es una de las emociones más profundamente arraigadas en el corazón humano.

El apóstol Pablo que como fariseo podía hablar de su perfecta observancia de la ley de Dios (*Filipenses 3:6*), finalmente es expuesto como un pecador por el mandamiento *no codiciarás* (ver *Romanos 7:7–8*); él se podía abstener de robar, pero no de codiciar.

Dios dijo que ninguna otra nación codiciaría la tierra de los israelitas, aun durante el tiempo en que estarían vulnerables e indefensos. Dios puede frenar no sólo las acciones de las personas sino también sus más profundos y arraigados deseos. Ninguna parte del ser humano es impenetrable para el soberano, pero misterioso control de Dios.

He usado varias ilustraciones de las Escrituras para afirmar que Dios se mueve en el corazón de la gente, ya sea en forma positiva para hacer que cumplan Su voluntad, o negativa para impedir que hagan lo que es contrario a ésta. Con mucha frecuencia, sin embargo, tendemos a leer estos relatos como simples historias bíblicas sin relacionarlos con nuestras vidas o situaciones. Pero, como ya hemos visto, Pablo dijo: *De hecho, todo lo que se escribió en el pasado se escribió para enseñarnos, a fin de que, alentados por las Escrituras, perseveremos en mantener nuestra esperanza (Romanos 15:4)*. Los relatos que nos muestran a Dios moviendo a los egipcios para proveer a los israelitas, y deteniendo las naciones vecinas para impedir que los invadieran, están escritos para enseñarnos y fortalecernos al saber que Él ejerce Su soberanía para nuestro bien.

¿Permite Dios el mal?

Por supuesto, Dios no siempre detiene las acciones malvadas y peligrosas de otros hacia su pueblo. Podemos verlo en la narración de la reconstrucción del templo. Hubo un período de diez años aproximadamente, cuando el proyecto se detuvo debido a la oposición de los enemigos de los israelitas (ver *Esdra 4:6–24*). No sabemos por qué Dios permitió a los enemigos de Su pueblo tener éxito en una ocasión, y en otra los refrenó. Es suficiente saber que Dios puede detener los actos peligrosos de otros hacia nosotros cuando es Su voluntad soberana. Dios, en Su infinita sabiduría y amor, desea que al final el bien supere el mal.

El tradicional y tan frecuentemente citado relato de José, ilustra muy bien esta verdad. Cuando los hermanos de José decidieron venderlo como esclavo, Dios no los detuvo, y tampoco a la esposa de Potifar cuando lo acusó injusta y maliciosamente. Pero Dios en Su tiempo cambió estas circunstancias, pues estaba dirigiendo los actos malvados de las personas exactamente como lo había

planeado para lograr Su propósito a través de José, quien al final pudo reflexionar sobre los difíciles eventos, y dijo a sus hermanos: *Es verdad que ustedes pensaron hacerme mal, pero Dios transformó ese mal en bien para lograr lo que hoy estamos viendo: salvar la vida de mucha gente (Génesis 50:20).*

Acerca del suceso de José, el profesor Berkouwer dijo:

Sus hermanos idearon y ejecutaron los planes, movidos por los celos. Estos siguieron irrevocablemente su curso escogido... El malvado proyecto logró su realización histórica; pero los eventos históricos son producto de la voluntad divina. Las buenas intenciones de Dios siguieron el dañino camino de los hermanos o, por el contrario, los hermanos inconscientemente continuaron el camino que Dios había trazado; pues ellos trabajaban a su servicio. El propósito de Dios iluminó el horizonte del mal, los celos y la actividad malintencionada.²

Comentando sobre los mismos eventos, Alexander Carson dice:

De la historia de José podemos ver que la misma circunstancia puede venir del hombre, desde un punto de vista, y de Dios, desde otro punto de vista; y que lo que el hombre puede hacer pecaminosamente para lastimar al pueblo de Dios, Él puede obrar a través de ellos por el bien de sus hijos. La acción del hombre, aunque sea desde otro punto de vista, es el trabajo de Dios.³

Según la Biblia, como veremos a continuación, algunas veces Dios obra en los corazones de algunos para actuar con necedad, *Pero Sijón, rey de Hesbón, se negó a dejarnos pasar por allí, porque el Señor nuestro Dios había ofuscado su espíritu y endurecido su corazón, para hacerlo súbdito nuestro, como lo es hasta hoy (Deuteronomio 2:30).* Y de nuevo: *porque el Señor endureció el corazón de los enemigos para que entablaran guerra con Israel. Así serían exterminados sin compasión alguna, según el mandato que el Señor le había dado a Moisés (Josué 11:20).*

Reconozco que en estos dos pasajes hay algunos aspectos difíciles de comprender, pero mi propósito no es dar una explicación sino presentar una vez más la consistente enseñanza de la Biblia con relación a que Dios puede y mueve los corazones y mentes de las personas para cumplir Sus propósitos. También es muy claro en estas citas, que Dios lo hace sin violar o restringir sus voluntades, y por el contrario, opera de forma misteriosa en ellas para lograr Sus propósitos. No hay duda que Sijón y los reyes cananeos hicieron exactamente lo que las Escrituras dicen. Dios permitió que actuaran de acuerdo con su propósito.

El nunca pierde porque no puede encontrar quién lo ayude a realizar Sus planes; y se mueve en los corazones de los individuos, sean cristianos o no, para que actúen y por su propia voluntad lleven a cabo los planes de Él. ¿Necesita el aprecio de algún profesor para conseguir una buena recomendación para trabajar? Si ese trabajo es el plan de Dios para usted, Él puede y moverá el corazón de ese profesor para obtener el trabajo.

¿Depende de su jefe u oficial, para un ascenso? Dios se moverá en su corazón de una u otra forma, dependiendo del plan que Él tenga para usted. *La exaltación no viene del oriente, ni del occidente ni del sur, sino que es Dios el que juzga: a unos humilla y a otros exalta (Salmo 75:6 –7)*. Que lo asciendan o no, está en manos de Dios, pues sus superiores son simplemente agentes para llevar a cabo el plan de Él. Ellos no son conscientes de estar cumpliendo Su voluntad, y nunca pretenderían hacerlo (a menos que sean cristianos que sinceramente estén buscando cumplirla), pero eso no altera el resultado en su vida. Puede confiar en Él en todas las áreas de su vida cuando dependa de la aprobación o desaprobación de otra persona, en cuyo corazón se moverá para cumplir Su propósito en usted.

El problema de la soberanía de Dios

Anteriormente le pedí que dejara de lado el problema que surge por la afirmación de la soberanía de Dios sobre las personas, pero ahora lo analizaremos brevemente. Al hacerlo será de gran ayuda recordar que los escritores bíblicos nunca parecieron estar conscientes del problema, excepto por una afirmación de Pablo en *Romanos 9:19–21*, la cual parece crear más problemas para nosotros en lugar de resolverlos. Por lo tanto, aunque la Biblia afirma la soberanía de Dios, y la libertad y deber moral de las personas, nunca pretende explicar su relación. Al examinar este asunto hay tres verdades que necesitamos considerar.

La primera es, que Dios es infinito tanto en sus métodos como en su ser. Una mente finita simplemente no puede comprender a un ser infinito más allá de lo que a propósito nos sea revelado. Debido a esto, algunos aspectos con relación a Dios permanecerán siempre como un misterio para nosotros. Uno de estos misterios es el vínculo de la voluntad soberana de Dios con la libertad y responsabilidad moral del hombre.

Basil Manly, uno de los fundadores de la Convención Bautista del Sur, cuando comentó sobre este difícil tema en uno de sus sermones, dijo: *Las Escrituras no se encargan de explicar los misterios sino que los dejan quietos. Hay una diferencia entre dificultades y misterios. Las dificultades se pueden superar, pero los misterios no, sin una nueva revelación o con la ayuda de un intelecto superior*⁴

Creo que uno de nuestros problemas al tratar este tema es que pretendemos ver la interacción entre Dios y el hombre al mismo nivel de la interacción entre hombre y hombre. En el *Salmo 50:21* Dios dice: *¿caso piensas que soy como tú?* Aunque el contexto de estas palabras es completamente diferente a nuestro tema, la afirmación es útil. Tendemos a creer que Dios es como nosotros, y que puede actuar en la mente humana sólo de la misma forma que ella lo pueda hacer. Argumentamos, persuadimos y coaccionamos,

pero no podemos someter la voluntad de una persona. Las Escrituras enseñan que Dios sí lo hace de tal forma que ella actúa libre y voluntariamente. Además, la soberanía en el aspecto humano sugiere fuerza y coacción; personas obrando en contra de su voluntad como en la sujeción de los esclavos a sus amos, pero las Escrituras nunca nos muestran la soberanía de Dios de esta manera.

La segunda verdad que debemos recordar es que Dios nunca es autor de pecado. Aunque las pretensiones y acciones pecaminosas de las personas sirvan al propósito soberano de Dios, nunca debemos creer que Él haya inducido a alguien a pecar. *Que nadie, al ser tentado, diga: Es Dios quien me tienta. Porque Dios no puede ser tentado por el mal, ni tampoco tienta él a nadie. Todo lo contrario, cada uno es tentado cuando sus propios malos deseos lo arrastran y seducen (Santiago 1:13–14).* Con frecuencia se afirma en las Escrituras que Dios utiliza dichas acciones de los hombres para cumplir Sus propósitos (Ver, por ejemplo, *Génesis 50:20; Hechos 4:27–28; Apocalipsis 17:17*). Pero el hecho de que las intenciones y acciones pecaminosas sirvan para la finalidad soberana de Dios, no quiere decir que Él es el autor del pecado ni hace menos culpables a quienes los cometen. Dios los juzga por todos los pecados que Él usa para llevar a cabo Sus propósitos. Esta verdad se enseña en pasajes como *Isaías 10:5–16*, la cual veremos en otro capítulo.

La tercera verdad para recordar, es que la Biblia muestra con frecuencia que las personas eligen su propia voluntad. En la Escritura no hay ningún indicio de que ellas sean títeres movidos por cuerdas divinas. Además, las elecciones que las personas hacen son morales; es decir, los individuos son responsables ante Dios por las decisiones que toman. Las acciones de Judas, Herodes y Pilato fueron malévolas aunque hayan sido ejecutadas bajo la indicación soberana de Dios. La venta de José como esclavo fue un acto malicioso y malvado de sus hermanos, aunque cumpliera el propósito soberano de Dios.

La soberanía de Dios sobre las personas

La Biblia nos enseña la soberanía de Dios y las libres elecciones morales de los hombres, con igual énfasis. Richard Fuller, el tercer presidente de la Convención Bautista del Sur, dijo: *Es imposible para nosotros rechazar estas grandes verdades como también es imposible para nuestras mentes, concebirlas.*⁵

Pero así como no debemos malinterpretar la soberanía de Dios para convertirnos en simples títeres, tampoco debemos presionar la voluntad del hombre hasta el punto de pretender limitar la soberanía de Dios. El profesor Berkouwer nos ayuda de nuevo cuando dice:

*El que abusa de esta libertad (de la criatura) hace injusta la Palabra de Dios, que ya en el paraíso coloca al hombre en un cruce de caminos brindándole la posibilidad de escoger qué senda tomar. Pero a la luz de la Escritura, es decisivo que la libertad humana no amenaza ni limita la soberana y poderosa empresa divina... Somos obligados a dirigirnos a la divina revelación que nos muestra la poderosa actividad de Dios, e igualmente, nos enseña la responsabilidad de cada ser... Y cualquiera que no tome esta ley divina y responsabilidad humana en serio, nunca podrá entender correctamente la historia.*⁶

Nuestra respuesta

¿Cómo podemos responder al hecho de que Dios puede y, en efecto se mueve en las mentes y corazones de las personas para ejercer Su dominio? La primera respuesta debería ser confianza. Nuestras carreras y destinos y todo en general están en Sus manos; no en las de los jefes, oficiales, profesores, entrenadores y todos los demás que, humanamente hablando, están en posición de afectar en alguna forma nuestro futuro. Nadie, aparte de la soberana voluntad de Dios, puede dañar o poner en peligro su porvenir. Además, Él puede y desea que reciba el aprecio de las personas que están en posición de hacerle bien. Usted puede confiarle su futuro a Él.

Por lo tanto, deberíamos buscar a Dios en oración en todas aquellas situaciones en que algún aspecto de nuestro futuro cae en manos de otra persona. Como Alexander Carson dijo: *Si necesitamos la protección de los hombres, pidámosela primero a Dios; si permanecemos con Él, el poder del más poderoso y del más malvado debe servir para nuestro consuelo.*⁷ Cuando la reina Ester debió presentarse ante el rey Asuero sin haber sido llamada, acto que normalmente resultaría en su ejecución, ella le solicitó a Mardoqueo que reuniera a todos los israelitas para ayunar y orar para que el rey le concediera su gracia. Ester no presumió conocer la voluntad de Dios, sino que dijo: *¡Y si perezco, que perezca!* (Ester 4:16), pero ella en realidad sí sabía que Dios estaba controlando el corazón del rey. Obviamente, no siempre sabemos cómo va a responder Dios a nuestras oraciones, o si se moverá en el corazón de otra persona, pero es suficiente saber que nuestro destino está en Sus manos y no en las de otras personas.

La confianza en la soberanía de Dios obrando en la vida de los otros, también debería protegernos de resentimientos y amarguras cuando nos tratan injusta o maliciosamente. El rencor con frecuencia, nos detiene, no tanto de las acciones de los demás sino de sus efectos en nuestras vidas. Considere la siguiente escena en su vida.

Usted acaba de ser injustamente despedido del trabajo por alguna razón que no tiene que ver con su desempeño. Después de un par de meses de búsqueda infructuosa se encuentra en la fila de los desempleados; y al hallarse en esta situación medita sobre la injusticia cometida contra usted por su jefe. Está resentido y amargado.

Ahora suponga que el día en que fue despedido injustamente, al salir se encontró con un hombre que está buscando a alguien con su habilidad y experiencia, quien le ofrece un trabajo mejor y con el doble de salario. Pero surge un incidente adicional: Debe

haber tenido la experiencia de ser despedido injustamente. Con gusto acepta el trabajo y lo disfruta mucho. ¿Se habría sentido amargado? No, seguro que pensaría algo así como, *me siento contento de que el señor Jones me haya despedido, pues si no lo hubiera hecho, nunca habría conseguido este fabuloso trabajo*. La consecuencia de ser despedido, y no el hecho en sí, es lo que determina que usted se llene de amargura.

Ahora, algunas veces Dios permite que nos traten con injusticia, e incluso, que las acciones de otros afecten seriamente nuestras carreras y futuro, esto desde un punto de vista humano. Pero Dios nunca deja que las personas tomen decisiones acerca de nosotros, que desvíen el plan que tiene trazado para cada uno. Él es nuestro Dios, somos Sus hijos, y Él se goza en nosotros (*Sofonías 3:17*). La Escritura dice: *Si Dios está de nuestra parte, ¿quién puede estar en contra nuestra? (Romanos 8:31)*. Podemos considerar esto como una verdad fundamental: Dios jamás permitirá ninguna acción en contra nuestra que no esté de acuerdo con Su voluntad, la cual siempre es para bien.

Entonces, ¿por qué sufrimos tanta desilusión cuando no alcanzamos de otra persona la gracia esperada? ¿Por qué luchamos con resentimiento y amargura, cuando la decisión o acción de otro nos afecta desfavorablemente? ¿Acaso no es porque se frustran nuestros planes o nuestro orgullo ha sido herido?

Una vez asistí a un seminario sobre los cristianos y el estrés, donde uno de los puntos principales del expositor fue que, si queríamos vivir una vida menos tensionada, deberíamos aprender a vivir con una sola agenda: La de Dios. El manifestaba que tendemos a vivir bajo dos planes: Los nuestros y los de Dios, y que la tensión entre ellos es lo que nos agobia.

Considero que su expresión, *una sola agenda*, se aplica acertadamente a nuestra discusión de confiar en Dios en el terreno de las decisiones de otros en nuestras vidas. Dios es soberano

sobre las personas, moverá los corazones para que cumplan la voluntad de Él o las detendrá de hacer cualquier cosa contraria a ella. Pero es Su voluntad, según Su agenda para nuestras vidas, que cuidará y protegerá por anticipado. Debemos aprender a vivir bajo su agenda si vamos a confiar en Él.

Palabras de precaución

Antes de ver este tema, hay algunas advertencias que necesitamos tener en cuenta para que no empleemos erradamente la doctrina de la soberanía de Dios sobre las personas.

Primero: Nunca debemos usar la doctrina como excusa para nuestras fallas. Si no obtiene el ascenso que esperaba, o peor aún, es despedido de su trabajo o pierde un examen importante, primero necesita examinar su vida, para ver si la razón está en su desempeño. Aunque Dios rescató a Abraham y a Sara de la insensatez del pecado de Abraham, no estaba obligado a hacerlo. Dios no ha prometido que obrará en los corazones de otras personas para encubrir nuestros errores.

Segundo: No debemos permitir que la doctrina de la soberanía de Dios nos haga responder con pasividad ante las acciones de otros que nos afectan. Debemos seguir todos los pasos aceptables dentro de la voluntad de Dios para proteger y avanzar en nuestra situación. Digo dentro de la voluntad de Dios, porque hay muchas otras razones para buscar Su reino, por las cuales no deberíamos seguir estos pasos. Pero la doctrina de la soberanía de Dios, nunca se debe usar para promover la pasividad.

Tercero: Nunca debemos emplear la doctrina de la soberanía de Dios para excusar acciones o decisiones pecaminosas que hieran a los demás. No debemos decir: *Bien, cometí un error, pero está bien, porque Dios es soberano.* Dios sí es soberano en la vida de la otra persona, y puede usar nuestras transgresiones para cumplir

Su voluntad, pero nos hará responsables por nuestras decisiones dañinas, y acciones pecaminosas.

Un pasaje de la Escritura que nos hará mantener la doctrina de la soberanía de Dios en su debida perspectiva, es *Deuteronomio 29:29*: *Lo secreto le pertenece al Señor nuestro Dios, pero lo revelado nos pertenece a nosotros y a nuestros hijos para siempre, para que obedezcamos todas las palabras de esta ley.* No sabemos cuál es la voluntad soberana de Dios, cómo obrará en el corazón de otra persona, sea favorable o desfavorablemente desde nuestro punto de vista. Esto está en el reino de *las cosas secretas* que no nos son manifestadas. Sabemos que Él obrará para cumplir Su propósito que al final será para nuestro bien.

Nuestro deber entonces, es obedecer *las cosas reveladas*, es decir, la voluntad de Dios en la Escritura para cada aspecto de la vida. La Biblia nos enseña a ser prudentes, conscientes, responsables, y a realizar nuestro trabajo y estudios lo mejor que podamos. Si encontramos que a pesar de nuestros mejores esfuerzos, un superior o profesor nos trata desfavorablemente, debemos confiar en Dios para el resultado final.

Algunas veces Él cambia la actitud de esa persona hacia nosotros; otras, puede hacer que se vuelva peor. En cualquiera de los casos, el corazón de la persona está en las manos de Dios, quien lo dirigirá de acuerdo con Su propósito soberano para Su gloria y nuestro bien.



El gobierno de Dios sobre las naciones

*Señor, Dios de nuestros antepasados,
¿no eres tú el Dios del cielo, y el que gobierna
a todas las naciones? ¿Es tal tu fuerza y tu poder
que no hay quien pueda resistirte!*

2º Crónicas 20:6

En un sermón titulado *La Providencia de Dios*, C. H. Spurgeon expresó: *Una vez Napoleón oyó decir: El hombre propone y Dios dispone. “Ah”, dijo Napoleón, “pero yo propongo y también dispongo”. ¿Cómo cree usted que él propuso y dispuso? Se propuso invadir a Rusia, y apropiarse de toda Europa. Procuró destruir ese poder; pero, ¿cómo regresó? ¿Cómo lo dispuso? Regresó solo, su poderoso ejército pereció y se acabó. Debido al hambre se devoraron unos a otros. El hombre propone y Dios dispone*”.¹

Siguiendo la soberanía de Dios a través de la Biblia, una de las referencias más frecuentes a ésta, se relaciona con su control sobre las naciones y gobiernos. Sin pretender hacer una lista exhaustiva, encontré casi cuarenta referencias acerca del gobierno de Dios sobre las naciones. Dios es el Señor sobre toda la historia de la humanidad, y está desarrollando todos los detalles de ella,

como dijo Pablo en *Efesios 1:11 según el plan de aquel que hace todas las cosas conforme al designio de su voluntad*. Es decir, Dios realiza todos los eventos de la historia. Todas las decisiones de los gobernantes, reyes y parlamentos; todos los actos de sus gobiernos, ejércitos y marina sirven a Su voluntad.

Un aspecto importante

En términos de confianza en Dios acerca de Su soberanía sobre las naciones, ésta puede, a primera vista, parecer teórica, y estar lejos de nosotros. Hoy en día, por lo general, no estamos conscientes de las acciones del gobierno afectando nuestras vidas día a día. Las leyes de la tierra, en su mayoría son razonables y nos favorecen. Vivimos cada día ajeno a la gran cantidad de leyes y decisiones gubernamentales que nos afectan.

Sin embargo, para la mayoría del mundo, la soberanía de Dios sobre los poderes que nos gobiernan es un aspecto crucial. Es común decir que más cristianos han sido martirizados por su fe en el siglo XX, que durante todo el resto de la historia de la Iglesia. Hoy los cristianos son vistos desfavorablemente en gran parte del mundo, y en muchos países enfrentan una abierta persecución de los gobiernos hostiles. La libertad de practicar públicamente el cristianismo bíblico, siendo algo normal en muchos países de occidente, no es accesible para más de la mitad de la población mundial. Para los cristianos que viven en esos países, la seguridad de que Dios manda sobre los gobiernos que los rigen les debería dar valor y confianza en los momentos de hostigamiento y persecución.

Los que vivimos en países donde hay libertad religiosa, con frecuencia deberíamos dar gracias a Dios por esa libertad, puesto que no es un accidente de la historia debido solamente a la previsión de nuestros padres fundadores, sino la mano soberana

de Dios trabajando en y a través de los gobiernos. No debemos tomar esa libertad como algo seguro. Alexander Carson lo enunció bien cuando dijo: *Puesto que Dios puede proteger a Su pueblo bajo el más grande despotismo, así la mayor libertad civil no es segura para éste sin la protección inmediata de su poderoso ejército. Me temo que los cristianos en este país tienen también más confianza en las instituciones políticas que en el gobierno de Dios....*²

No sólo nos afecta la libertad religiosa, sino que también nuestras vidas se ven afectadas diariamente por las decisiones de los cuerpos legislativos y funcionarios del gobierno. Las instituciones gubernamentales en todos los niveles nos dicen cada vez más lo que debemos y no debemos hacer. En algunas oportunidades, tales decisiones son aparentemente, convenientes; y en otras somos ajenos a ellas. Algunas veces son decisiones acertadas, por lo menos desde nuestro punto de vista; pero otras no lo son. En todas las épocas, esas decisiones, convenientes o no, buenas o malas, están bajo el control de nuestro soberano Dios en quien deberíamos poner nuestra confianza, y no en los poderes decisorios de políticos, funcionarios del gobierno e incluso de las cortes supremas.

Un cristiano iraní escribió hace años, acerca de un decreto que su gobierno emitió para cerrar todas las escuelas primarias extranjeras, el cual afectaba la institución cristiana donde él estudiaba. El rector se dirigió al gobierno y obtuvo permiso para que su institución permaneciera abierta temporalmente, y así los estudiantes de quinto y sexto grado pudieran terminar su educación primaria allí. Para nosotros este no es un hecho muy significativo, pero para un país musulmán era en realidad poco usual permitir que una escuela cristiana siguiera funcionando mientras las otras estaban cerradas. Entonces, ¿por qué se otorgó tal permiso?

Este hombre escribió: *Pienso que estaba en el plan de Dios que se otorgara este permiso, para que yo pudiera terminar mi educación primaria en una escuela cris-tiana. ¿No es lo correcto para un cristiano mirar a la historia, y ver la mano de Dios en todos los acontecimientos conformando el modelo de vida de las naciones y los individuos?*

Este hermano iraní tenía una percepción correcta de la soberanía de Dios en los decretos y decisiones de los gobiernos. Él vio Su mano controlando los asuntos de los gobiernos y por medio de éstos nuestros asuntos como individuos. En el capítulo cuatro vimos que Dios es soberano en los corazones de las personas, cuyas decisiones y acciones nos afectan. De la misma manera Él es soberano en las decisiones y acciones del gobierno cuando éstas nos atañen. Como Margaret Clarkson escribió: *Dios es el Señor de la historia humana y de la historia personal de cada miembro de su familia redimida.*⁴ No podemos separar la historia de una nación y la de su gente.

La soberanía no siempre es manifiesta

El hecho de que Dios es soberano sobre nuestros gobernantes, no siempre es evidente, cuando vemos sus decisiones y acciones desde un punto de vista humano. Los funcionarios gubernamentales y cuerpos legislativos realizan en gran parte su trabajo muy lejos de cualquier deseo de cumplir la voluntad de Dios. Esto lo podemos ver ampliamente en la vida y muerte del Señor Jesucristo.

Augusto César promulgó un decreto ordenando efectuar un censo, lo cual hizo que José y María tuvieran que ir a Belén para registrarse, justo en el momento en que el Mesías nacería, cumpliéndose así la profecía de Miqueas (*Miqueas 5:2*). En realidad, César no pretendió ser un instrumento para cumplir

alguna profecía judía, pero eso exactamente fue lo que sucedió.

Mateo registra varios ejemplos en los primeros años de la vida de Jesús, donde la acción gubernamental lo afectó directamente. En cada uno de ellos hace la observación de que a través de esas acciones se cumplieron ciertas profecías (ver *Mateo 2:14–15,17–18,21–23*). En cada caso, las personas se involucraron libremente, haciendo lo que querían, aunque en todos obraron exactamente como Dios lo había planeado.

En la oración de los apóstoles que narra Hechos 4, ellos dijeron con respecto a la muerte de Jesús:

En efecto, en esta ciudad se reunieron Herodes y Poncio Pilato, con los gentiles y con el pueblos de Israel, contra tu santo siervo Jesús, a quien unguiste para hacer lo que de antemano tu poder y tu voluntad habían determinado que sucediera.

(Hechos 4:27–28)

Es obvio que Herodes, Pilatos y los líderes israelitas hicieron exactamente lo que quisieron; sin embargo, obraron como Dios había planeado que lo hicieran. Lo que Salomón dice en *Proverbios 16:9 El corazón del hombre traza su rumbo, pero sus pasos los dirige el Señor*, se aplica a los hombres cuando actúan no sólo de acuerdo a sus capacidades en privado, sino también como funcionarios y gobernantes de las naciones.

John Newton (1725–1807), comerciante de esclavos convertido, ministro anglicano y autor del conocido himno *Maravillosa Gracia*, escribió:

Los reyes de la tierra están frecuentemente entorpeciendo al mundo con sus esquemas de ambición. Esperan llevar todo ante sí, y rara vez tienen un fin más alto que la gratificación de sus propias pasiones. Pero en resumen lo que son y lo que hacen es ser siervos del gran Rey y Señor, y cumplir sus propósitos, como instrumentos

que Él emplea para infligir el castigo prescrito a los transgresores, o abrir el camino para extender su evangelio... Ellos tienen un objetivo; Él, por supuesto, tiene otro.⁵

Aunque no podemos percibir la mano de Dios en los asuntos de las naciones, como lo vemos hoy, su gobierno no es menos soberano hoy de lo que fue en la época de los profetas o apóstoles. El profesor Berkouwer de nuevo nos ayuda diciendo:

Esto no significa que el trabajo de Dios siempre es evidente en la relación de la actividad divina y humana... sin embargo, es impresionante observar con qué frecuencia el propósito de Dios es alcanzado sin intervención radical. Aparentemente, puede que no se vea nada, excepto la actividad humana creando y definiendo la historia en un nivel horizontal.⁶

Es sólo en la revelación de la Biblia que vemos la mano de Dios gobernando, y guiando las actividades de las naciones y sus efectos en Su pueblo. Los eventos que Mateo registró en el cumplimiento de las profecías del Antiguo Testamento ocurrieron como resultado de decisiones humanas y fueron desarrollados en el curso de circunstancias corrientes. Si no fuera por el inspirador comentario de Mateo, no tendríamos más razones para ver la mano soberana de Dios en esos sucesos de lo que la vemos en los acontecimientos más mundanos que aparecen en nuestros periódicos.

Siendo esto cierto, entonces, de igual manera deberíamos ver en las noticias que aparecen en los periódicos, la mano soberana de Dios de la misma manera que la vemos en la Biblia. Claro está que no tenemos la ventaja de la explicación divinamente revelada de los eventos actuales, como los registrados en la Biblia, pero eso no hace el gobierno soberano de Dios menos cierto hoy. Dios registró en Su Palabra ejemplos concretos de su gobierno soberano sobre la historia a fin de que podamos confiar en Él para los asuntos de ésta como la vemos. Deberíamos recordar que para quienes vivieron los eventos registrados en la Biblia, la mano de

Dios no estaba más manifiesta en tales eventos de lo que está hoy para nosotros.

Dios elige a los gobernantes

Al volver a las Escrituras para determinar su enseñanza sobre la soberanía de Dios en las naciones, hay ciertas verdades específicas que se destacan. Primera: Dios en Su soberanía ha establecido el gobierno para el bien de toda la gente, creyente o no creyente. *pues no hay autoridad que Dios no haya dispuesto, así que las que existen fueron establecidas por él... pues (las autoridades humanas) está(n) al servicio de Dios para tu bien (Romanos 13:1–4)*. Admitir la afirmación, *porque el gobernante es servidor de Dios para tu bien*, parece difícil cuando vemos algunos de nuestros hermanos en Cristo perseguidos y tal vez ejecutados por su compromiso cristiano. De nuevo, deberíamos tener presente que Dios en Su infinita sabiduría y soberanía, y por razones que sólo Él conoce, permite a los gobernantes actuar en contra de Su voluntad revelada. Pero las acciones malévolas de aquellos gobernantes contra los hijos de Dios, nunca van más allá de los límites de Su voluntad soberana. También deberíamos recordar que Él trabaja en la historia desde una perspectiva eterna, mientras que nosotros tendemos a hacerlo desde una perspectiva temporal.

Puesto que Dios ha nombrado a los gobernantes para nuestro bien, y porque Él gobierna soberanamente sobre Sus acciones, deberíamos orar porque ellos gobiernen para nuestro bien. Pablo exhorta a que se ore *Así que recomiendo, ante todo, que se hagan plegarias, oraciones, súplicas y acciones de gracias por todos, especialmente por los gobernantes y por todas las autoridades, para que tengamos paz y tranquilidad, y llevemos una vida piadosa y digna (1ª Timoteo 2:1–2)*. La oración es la expresión más evidente de confianza en Dios. Si confiáramos en Él para pedir

por nuestros hermanos perseguidos en otros países, deberíamos ser diligentes en la oración por sus gobernantes. Si confiáramos en Él cuando las decisiones de nuestro gobierno fueran en contra de los mejores intereses, deberíamos orar para que Él obre en los corazones de aquellos funcionarios y legisladores que toman esas decisiones. La verdad de que el corazón del rey está en las manos del Señor debe ser un estímulo a la oración y no a una actitud fatalista.

Segundo, vemos que además de establecer el gobierno, Dios determina quién manda en ellos. *el Dios Altísimo es el soberano de todos los reinos humanos, y que se los entrega a quien él quiere, y hasta pone sobre ellos al más humilde de los hombres (Daniel 4:17 ver también el v. 32)*. Cuando consideramos a algunos de esos malvados tiranos y dictadores que han reinado, así como a algunos tontos y débiles que han ocupado altas posiciones, aun en este siglo, nos sorprendemos de saber que ellos lo han hecho bajo la soberana voluntad de Dios. Pues la Escritura lo dice. Nuevamente, debemos ver esta verdad desde la perspectiva eterna de Dios. El *Salmo 76:10*, en la versión Reina Valera (RV60), dice: *Ciertamente la ira del hombre te alabará; tú reprimirás el resto de las iras*. Aunque versiones más recientes varían con relación a esa interpretación, es una verdad que está apoyada en toda la Escritura. Dios permitirá a las personas, ya sean tiranos con voluntad recia o políticos débiles, hacer sólo lo que al final resulte para Su gloria. Cómo contribuyen el pecado y el mal a la gloria de Dios, es un misterio, pero es una verdad afirmada a lo largo de la Escritura.

Así como Dios determina quién gobierna en las naciones, también determina su duración de gobierno. *Isaías 40:23–24* dice: *Él anula a los poderosos, y a nada reduce a los gobernantes de este mundo. Escasamente han sido plantados, apenas han sido sembrados, apenas echan raíces en la tierra, cuando él sopla sobre ellos y se marchitan; ¡y el huracán los arrasa como paja!*

Confianza en Dios aunque la vida duela

Esto lo vemos más claramente ilustrado en la vida del poderoso monarca de Babilonia, Nabucodonosor, quien en la cima de su poder perdió la razón, fue separado de su pueblo, y comió pasto como ganado. Siete años más tarde volvió en sí y sus consejeros y nobles lo buscaron, y fue restaurado a su trono convirtiéndose en un rey aún más fuerte que antes (ver *Daniel 4:33–36*). Del monarca más grande de su tiempo, al loco viviendo como una bestia salvaje, hasta el gobernante aún más poderoso, transcurrieron sólo siete años. Esta es una serie de eventos que sólo podrían ser dirigidos por un Dios soberano. Y el Dios que gobernó absolutamente la vida y riquezas del monarca más poderoso de ese tiempo, todavía gobierna en las riquezas y destinos de los gobiernos hoy. Ningún régimen o dictador es tan poderoso como para estar por encima del dominio de la autoridad soberana de Dios sobre todas las naciones de la tierra.

Dios controla las decisiones

Dios no sólo decide quién gobierna, sino también dirige las determinaciones que ellos toman. *Proverbios 16:33* dice: *Las suertes se echan sobre la mesa, pero el veredicto proviene del Señor*. La práctica de echar la suerte se usó con frecuencia para decidir importantes asuntos del estado. Se seleccionaban los funcionarios, se señalaban las funciones, se escogían fechas y se resolvían las disputas echando la suerte (*1º Crónicas 24:5; Ester 3:7; Proverbios 18:18; Levítico 1:9*). El rey de Babilonia definió la estrategia militar echando la suerte (*Ezequiel 21:18–22*). Y Salomón nos dice que toda decisión de echar la suerte venía de Dios, es decir, Dios controlaba las determinaciones que los reyes y funcionarios del gobierno tomaban por medio de este método.

No todas las decisiones en los tiempos bíblicos se tomaron echando la suerte. Algunas se tomaron, como se hace con frecuencia hoy en día, después de oír la opinión y el consejo de otros. En estos casos, Dios gobierna en el consejo dado, y en la medida en que éste es recibido y aceptado para que su voluntad soberana siempre se cumpla. Dos ejemplos registrados en el Antiguo Testamento lo confirman.

Absalón el hijo de David, se rebeló contra su padre, y como resultado, David y algunos de sus fieles seguidores tuvieron que huir a Jerusalén. Uno de los consejeros de confianza de David, Ajitofel, había participado en la conspiración con Absalón. Al buscar cómo consolidar su éxito inicial, Absalón buscó primero el consejo de Ajitofel, y luego de otro consejero Husay, quien secretamente seguía siendo fiel a David.

Después de escuchar un consejo contradictorio de Ajitofel y Husay, Absalón y sus hombres escogieron el consejo de Husay, quien secretamente pretendía favorecer a David. El relato de la Escritura acerca de este incidente nos dice: *En aquella época, recibir el consejo de Ajitofel era como oír la palabra misma de Dios, y esto era así tanto para David como para Absalón (2º Samuel 16:23)*. Pero Absalón escogió seguir el consejo de Husay en lugar de seguir el de Ajitofel. ¿Por qué? La Escritura dice: *Esto sucedió porque el Señor había determinado hacer fracasar el consejo de Ajitofel, aunque era el más acertado, y de ese modo llevar a Absalón a la ruina (2º Samuel 17:14)*. Por lo tanto, podemos ver que el consejo que Ajitofel dio en esa ocasión era bueno, pero Absalón prefirió desconocerlo porque Dios hizo que así fuera.

Un evento similar ocurriría en la vida del nieto de David, Jeroboam. Cuando llegó al trono, los hombres de Israel le pidieron disminuir la servidumbre y quitarles el pesado yugo que Salomón, su padre, había puesto sobre ellos. Jeroboam consultó primero a los ancianos, quienes habían servido a su padre, y le

aconsejaron dar al pueblo una respuesta favorable. Pero Jeroboam rehusó el consejo de los ancianos y consultó a los jóvenes que habían crecido con él, quienes le aconsejaron responder al pueblo con hostilidad, y como resultado surgió la rebelión de diez tribus de Israel contra Jeroboam, dividiendo así el reino.

¿Por qué Jeroboam toma una decisión tan loca? La Escritura dice: *De modo que el rey no le hizo caso al pueblo. Las cosas tomaron este rumbo por voluntad del Señor, para que se cumpliera lo que ya él le había dicho (1º Reyes 12:15)*. Se tomaron dos decisiones absurdas, y en los dos ejemplos el consejo acertado fue rechazado y se siguió el dañino y tonto. Los dos ejemplos se atribuyen a la obra soberana de Dios guiando las mentes de los reyes para cumplir Su voluntad.

¿Qué observaciones podemos hacer de estos eventos registrados en la Escritura? Dios puede y obra en los corazones y mentes de los gobernantes y funcionarios para cumplir Su propósito soberano. Sus corazones y mentes están bajo el control de Dios, así como las leyes físicas e impersonales de la naturaleza. Pero todas las decisiones son tomadas libremente, por lo general, sin ningún pensamiento o consideración acerca de la voluntad de Dios.

En segundo lugar, podemos observar que algunas veces Dios hace que los líderes o funcionarios del gobierno tomen decisiones equivocadas para juzgar a una nación. Alexander Carson dijo: *¿Por qué la insensatez prevalece con frecuencia sobre la sabiduría, en los consejos de los príncipes y en las casas de los legisladores? Dios ha ocasionado el rechazo al buen consejo para traer sobre las naciones la venganza que sus crímenes reclaman bajo el cielo. Dios gobierna el mundo por providencia, no por milagro. Fíjense en ese notable senador que se levanta y demuestra sus amplios conocimientos. Pero si Dios ha determinado castigar a la nación, algún hábil charlatán especulador impondrá sus sofismas en la más sagaz asamblea.*⁷

En el momento mientras escribo este libro, el gobierno de los Estados Unidos acaba de tomar lo que parece una serie de decisiones increíblemente torpes e ingenuas en el campo de negocios extranjeros. Visto a la luz de la explotación moral decadente de nuestra sociedad americana, uno no puede menos que preguntarse si esto es evidencia del juicio de la mano de Dios sobre nuestra nación. Si es así, tanto los creyentes como los incrédulos sufrirán las consecuencias de dichas decisiones. Históricamente, Dios no ha desperdiciado la justicia cuando juzga una nación aunque está bien capacitado para hacerlo, si así lo decide, ver *Éxodo 9:5-7*.

Si a estas decisiones aparentemente insensatas se les permite seguir su curso y los creyentes son atrapados en sus desastrosas consecuencias, entonces debemos seguir confiando en Dios aun en los tiempos adversos, y creer que Él tiene el control soberano de ellos, y que tampoco se ha olvidado del cuidado y bienestar de Sus hijos en estas circunstancias.

En tercer lugar, como hemos observado anteriormente en este capítulo, deberíamos tomar más en serio la responsabilidad de orar por los líderes de nuestro gobierno para que tomen decisiones acertadas y sabias. Aunque podemos suponer que algunas de las decisiones más desastrosas son evidencia del juicio de Dios, no lo sabemos. Lo que sí sabemos es que Él nos ha exhortado a orar por los líderes. Nuestra obligación, entonces, es orar por resoluciones sabias, pero confiar en Él cuando las que se tomen sean necias o malas.

Dios determina las victorias militares

Además de gobernar en las decisiones de las autoridades, Dios también lo hace en las victorias y derrotas entre naciones en el campo de batalla. La verdad establecida en *Proverbios 21:31* *Se alista al caballo para el día de la batalla, pero la victoria depende del Señor*; es una de las verdades que con más frecuencia se establece acerca de la soberanía de Dios en todo el Antiguo Testamento. Considere algunos de los siguientes pasajes, de muchos que pudieron haber sido seleccionados (énfasis del autor).

El Señor le dijo a Gedeón: Tienes demasiada gente para que yo entregue a Madián en sus manos. A fin de que Israel no vaya a jactarse contra mí y diga que su propia fortaleza lo ha librado, anúnciale ahora al pueblo: “¡Cualquiera que esté temblando de miedo, que se vuelva y se retire del monte de Galaad!”...

Al sonar las trescientas trompetas, el Señor hizo que los hombres de todo el campamento se atacaran entre sí con sus espadas. El ejército huyó hasta Bet Sitá, en dirección a Zererá, hasta la frontera de Abel Mejolá, cerca de Tabat (Jueces 7:2–3,22).

Así que Jonatán le dijo a su escudero:

—Vamos a cruzar hacia la guarnición de esos paganos. Espero que el Señor nos ayude, pues para él no es difícil salvarnos, ya sea con muchos o con pocos.

Cundió entonces el pánico en el campamento filisteo y entre el ejército que estaba en el campo abierto. Todos ellos se acobardaron, incluso los soldados de la guarnición y las tropas de asalto. Hasta la tierra tembló, y hubo un pánico extraordinario

En seguida Saúl reunió a su ejército, y todos juntos se lanzaron a la batalla. Era tal la confusión entre los filisteos, que se mataban unos a otros (1º Samuel 14:6, 15,20).

El hombre de Dios se presentó ante el rey de Israel y le dijo: “Así dice el Señor: ‘Por cuanto los sirios piensan que el Señor es un Dios de las

montañas y no un Dios de los valles, yo te voy a entregar este enorme ejército en tus manos, y así sabrás que yo soy el Señor”.

Siete días estuvieron acampados los unos frente a los otros, y el séptimo día se desató el combate. En un solo día los israelitas le causaron cien mil bajas a la infantería siria (1º Reyes 20:28–29).

Naamán, jefe del ejército del rey de Siria, era un hombre de mucho prestigio y gozaba del favor de su rey porque, por medio de él, el Señor le había dado victorias a su país. Era un soldado valiente, pero estaba enfermo de lepra (2º Reyes 5:1).

Cuando los de Judá miraron hacia atrás, se dieron cuenta de que los israelitas los atacaban también por la retaguardia. Entonces clamaron al Señor, y los sacerdotes tocaron las trompetas. En el momento en que los de Judá lanzaron el grito de guerra, Dios derrotó a Jeroboán y a los israelitas, dándoles la victoria a Abías y Judá. Los israelitas intentaron huir, pero Dios los entregó al poder de Judá (2º Crónicas 13:14–16).

Debido a esta clara afirmación de la soberanía de Dios en la guerra, nosotros como cristianos deberíamos poner nuestra confianza en Él, y no en los armamentos de nuestras naciones. Como el *Salmo 20:7* dice: *Éstos confían en sus carros de guerra, aquéllos confían en sus corceles, pero nosotros confiamos en el nombre del Señor nuestro Dios. O como otro Salmo dice: No se salva el rey por sus muchos soldados, ni por su mucha fuerza se libra el valiente. Vana esperanza de victoria es el caballo; a pesar de su mucha fuerza no puede salvar (Salmo 33:16–17).*

Para expresar de nuevo estas verdades acerca de los Salmos, en lenguaje moderno podríamos decir: *Algunos confían en explosivos nucleares y grandes ejércitos, pero nosotros confiamos en Dios, porque ningún país se salva por la medida de sus fuerzas militares o el poder de su armamento. Por el contrario, la victoria viene de Dios.*

El debate entre los políticos acerca de la cantidad de arsenal nuclear y el número de portaviones y submarinos que nuestra marina debería tener es, en cierto sentido, de poca importancia, puesto que las dos partes están confiando eventualmente en la fuerza militar. La única diferencia es en cuánto se necesita. Sin embargo, el cristiano siempre debe confiar en Dios, no en ninguna fuerza militar.

Esto no quiere decir que nuestro país se deberá deshacer de todo su armamento y personal militar, buques y tanques, sino que no deberíamos confiar en ellos. El salmista dijo: *no confío en mi arco, ni puede mi espada darme la victoria (Salmo 44:6)*. El no confiaba en su arco o espada pero tampoco se deshacía de ellos. Reconoció que el ejército debe luchar, pero que Dios da la victoria en la guerra a quien quiere.

En *Isaías 5*, al final de una serie de ayes pronunciados al malvado Judá, el profeta predice la invasión que vendría del ejército asirio, en respuesta al llamamiento de Dios *con un silbido (v. 26)*. Isaías describe la condición de este ejército de siempre estar dispuesto en los siguientes términos *Con una bandera le hará señas a una nación lejana, con un silbido la llamará desde el extremo de la tierra, y esta nación llegará presta y veloz. 27 Ninguno de ellos se cansa ni tropieza, ni dormita ni se duerme; a ninguno se le afloja el cinturón ni se le rompe la correa de las sandalias (v. 26)*. Luego agrega una afirmación más sorprendente: *Ninguno de ellos se cansa ni tropieza, ni dormita ni se duerme; a ninguno se le afloja el cinturón ni se le rompe la correa de las sandalias (v. 27)*. En un lenguaje moderno diríamos *ni un simple cordón (de cualquier soldado) se romperá*.

Vemos en esta declaración no sólo la afirmación del absolutismo de la soberanía de Dios, sino también la totalidad con que ella entra hasta el más mínimo detalle. Nada es al azar, ni siquiera el daño de la correa de una sandalia o el cordón de un zapato. Todos hemos escuchado la antigua afirmación: *Por querer una puntilla*

se perdió una herradura; por querer una herradura, se perdió un caballo; por querer un caballo, se perdió un jinete; por querer un jinete, se perdió una batalla. Los detalles son importantes, y Dios es igualmente soberano sobre ellos como lo es en *todo el panorama*. En *Isaías 5*, el profeta nos asegura que en la soberanía de Dios sobre la batalla, la puntilla perdida que en últimas lleva a la derrota, no se extraviará. La victoria pertenece al Señor y a la nación que Él escoge.

Por la soberanía de Dios en la guerra, también podemos tener valor ante una amenaza de un holocausto nuclear, puesto que éste no puede suceder aparte de Su soberana voluntad. Obviamente, como ninguno de nosotros conoce esa soberana voluntad al respecto, no podemos excluir la posibilidad de una extensa destrucción nuclear, pero lo que sí podemos excluir es la posibilidad de que ésta suceda solamente por la mano incontrolada de algún tirano loco o algún oficial militar desconocido, puesto que Dios controla tanto la mano tanto del uno como del otro.

Como cristianos no deberíamos caer en la ansiedad que produce una posible guerra nuclear en nuestros días. Por el contrario, deberíamos confiar en el control soberano de Dios, y pedirle protección ante un posible holocausto.

Todo este tema de la soberanía de Dios en la guerra es un asunto difícil de manejar, desde la tendencia innata a pensar que nuestro país siempre tiene la razón, asumiendo que Dios bendecirá nuestro lado con victoria. La Biblia no sustenta tal posición. En efecto, de acuerdo con la historia bíblica, Dios algunas veces usa una nación malvada para castigar a otra, y a la vez, castiga a la primera por su pecado.

Dios usó al ejército asirio para castigar a Judá, llamando a Asiría, *¡Ay de Asiria, vara de mi ira! ¡El garrote de mi enojo está en su mano!* y dijo: *Lo envió contra una nación impía, lo mando contra un pueblo que me enfurece, para saquearlo y despojarlo, para pisotearlo como al*

barro de las calles (Isaías 10:5–6). Dios establece muy claramente que está enviando a Asiría contra Judá; una nación atea contra otra. Además, la Escritura es muy clara al mostrar que el rey de Asiría no se consideraba agente de Dios para el castigo. Pero esto Asiria no se lo propuso; ¡ni siquiera lo pensó! Sólo busca destruir y aniquilar a muchas naciones (v.7). Por lo tanto, Dios dijo: Cuando el Señor termine lo que va a hacer contra el monte Sión y contra Jerusalén, él dirá: “Castigaré el fruto del orgulloso corazón del rey de Asiria y la arrogancia de sus ojos. Porque afirma: “Esto lo hizo el poder de mi mano; lo hizo mi sabiduría, porque soy inteligente. He cambiado las fronteras de los pueblos, he saqueado sus tesoros; como un guerrero poderoso he derribado a sus reyes” (vv. 12–13).

Las llamadas naciones soberanas del mundo realmente no lo son. Ellas no son más que instrumentos en la mano de Dios para cumplir Su voluntad, ya sea para proteger a Su pueblo, o abrir puertas para el avance del evangelio, y algunas veces como Su instrumento de juicio contra la impiedad. Dios cuida de las naciones que cumplen Su propósito, aunque se rebelen contra Él y las utiliza como Sus instrumentos. Por eso dice:

*¿Puede acaso gloriarse el hacha más que el que la maneja,
o jactarse la sierra contra quien la usa? ¿Como si pudiera el
bastón manejar a quien lo tiene en la mano, o la frágil vara
pudiera levantar a quien pesa más que la madera!*

(Isaías 10:15)

Esas poderosas naciones, incluso de nuestra época contemporánea, no son nada más que el hacha o la sierra en las manos de Dios. Ellas pueden hacer alarde de su grandeza y poder, pero éste sólo es efectivo cuando Dios soberanamente así lo determina.

Veamos que Dios tiene firmemente el control de la historia, de las naciones y gobernantes, lo que desde nuestro punto de vista humano, determina la historia. Dios establece los gobiernos,

quién gobernará y por cuánto tiempo; rige en los concejos de estado; hace que los funcionarios tomen decisiones inteligentes o necias; otorga la victoria o derrota en la guerra, y usa naciones impías para hacer Su voluntad.

Como sugirió nuestro hermano iraní, la historia es como un gigantesco pedazo de tela con muy intrincados y complejos diseños, de los cuales sólo vemos una pequeña fracción durante el limitado período de nuestra vida. Además, como otros han observado, vemos por el revés esos diseños, y como sabemos, el revés de un tejido normalmente no tiene sentido. Incluso la parte que se observa tiene algo de sentido si se ve sólo una pequeña parte.

Solamente Dios ve la parte externa, y sólo Él ve toda la tela con su diseño completo. Por lo tanto, debemos confiar en que Él resuelve todos los detalles de la historia para Su gloria, sabiendo que ésta y nuestro bien están unidos.

Ampliando nuestros horizontes

Muchos de nosotros como cristianos tendemos a pensar en la soberanía de Dios sólo en términos de Su efecto inmediato para nosotros, nuestras familias o amigos. No estamos muy interesados en la soberanía de Dios sobre las naciones y la historia, a menos, que ésta nos afecte directa y personalmente. No nos preocupamos por el desorden político y las guerras de naciones distantes, a menos, por ejemplo, que un amigo misionero no pueda conseguir la visa para entrar al país donde va a ejercer su ministerio.

Pero debemos recordar que Dios prometió a Abraham y a su simiente que todas las naciones serían bendecidas por medio de Cristo (*Génesis 12:3, 22:18; Gálatas 3:8*). Un día esa promesa se cumplirá, como se registró en *Apocalipsis 7:9*, cuando Juan

vio y apareció una multitud tomada de todas las naciones, tribus, pueblos y lenguas; era tan grande que nadie podía contarla. Estaban de pie delante del trono y del Cordero, vestidos de túnicas blancas y con ramas de palma en la mano. Dios tiene un plan para redimir gente de todas las naciones, y bendecir a los países por medio de Cristo.

Sin embargo, ¿qué vemos al mirar el mundo de hoy? La mitad de la población mundial viviendo en países cuyos gobiernos son hostiles al Evangelio; donde los misioneros no tienen entrada, y los cristianos nacionales son fuertemente maltratados por proclamar a Cristo. ¿Cómo confiamos en Dios para el cumplimiento de Sus promesas cuando los eventos y condiciones actuales parecen ser totalmente opuestos a Su cumplimiento?

Del ejemplo de Daniel, podemos aprender la siguiente lección: El entendió de las Escrituras, en la profecía de Jeremías, que la desolación de Jerusalén duraría setenta años y, no se equivocó, ya que esta se cumplió casi en el tiempo predicho. Daniel se puso a orar (ver *Daniel 9*), y reconoció que su pueblo estaba en el exilio por sus pecados, y que sólo un Dios soberano, y sólo Él los podía restaurar. Daniel confió en la soberanía y fidelidad de Dios, y por lo tanto oró. Podríamos decir que él clamó a Dios por la promesa hecha a Jeremías. Ni la soberanía de Dios ni Su promesa de restaurar a los exiliados hicieron que Daniel cayera en una actitud fatalista y pasiva.

Daniel comprendió que la soberanía de Dios y Su promesa lo animaban a orar. Puesto que Dios es fiel a Sus promesas, Él puede responder, y puesto que es fiel a Sus promesas, responderá. Daniel oró y Dios respondió. Como vimos en el capítulo cuatro Dios movió el corazón del rey persa para permitir, e incluso animar, a todos los exiliados que quisieran volver a Jerusalén para reconstruir el templo.

Al mirar la condición del mundo hoy, tan hostil hacia el Evangelio, debemos ver también la soberanía de Dios y Sus promesas. Él ha prometido redimir a personas de todas las naciones, y nos ha ordenado hacerlas discípulos suyos. Por lo tanto, debemos confiar en Él cuándo oramos. Algunos irán a esas naciones a medida que Él abra puertas, pero todos nosotros debemos orar. Tenemos que aprender a confiar en Dios, no sólo en las circunstancias adversas de nuestras vidas individuales, sino también en las situaciones difíciles de la Iglesia en general. Debemos aprender a confiar en Él para la expansión del Evangelio, aun en aquellos lugares donde es severamente restringido.

Dios es soberano sobre todas las naciones; sobre los funcionarios de nuestros gobiernos en todos sus actos, puesto que nos afectan directa o indirectamente. Él es soberano sobre los funcionarios gubernamentales en países donde nuestros hermanos en Cristo sufren por ser fieles a Él. Dios también es soberano sobre las naciones donde se hace cualquier intento para erradicar el verdadero cristianismo. En todas estas áreas, es nuestro deber confiar siempre en Él.



El poder de Dios sobre la naturaleza

*¿Acaso hay entre los ídolos falsos alguno que pueda hacer
llover? Señor y Dios nuestro, ¿acaso no eres tú,
y no el cielo mismo, el que manda los aguaceros?
Tú has hecho todas estas cosas; por eso esperamos en ti.*

Jeremías 14:22

En septiembre de 1985, un terremoto sacudió la ciudad de México dejando cerca de 6.000 personas muertas, y a más de 100.000 sin vivienda. Un amigo mío quiso utilizar el evento para enseñar a sus hijos una lección de ciencias muy simple, por lo cual les preguntó: “¿Saben ustedes qué causó el terremoto?” Él había pensado contestar su pregunta con una sencilla explicación de fallas geológicas y de desplazamiento de rocas en la corteza terrestre. Sin embargo, su lección de sismología pronto se convirtió en una discusión teológica, cuando su hija de ocho años le respondió: “Yo sé por qué, Dios estaba juzgando a esa gente.” Aunque la hija de mi amigo había llegado a una conclusión injustificada acerca del juicio de Dios, en un sentido teológico estaba en lo correcto.

Dios estaba en control del terremoto; ¿por qué permitió que esto sucediera? es una pregunta que no podemos responder (y no debemos tratar de hacerlo), pero podemos decir basados en las Escrituras, que Dios, en efecto, lo permitió o hizo que ocurriera.

Dios controla el estado del tiempo

Todos nos hemos visto afectados por el estado del tiempo y las fuerzas de la naturaleza, en diferentes oportunidades, de una u otra forma. La mayoría de las veces, el tiempo nos causa inconvenientes; por ejemplo, un vuelo retrasado, un paseo cancelado o algo similar. Con frecuencia, la gente en algún lugar, se ve seriamente afectada por el estado del tiempo y por las más violentas fuerzas de la naturaleza. Una prolongada sequía dañará la cosecha del campesino o, una granizada la destruirá en una hora. Un tornado en Texas deja cientos de personas sin vivienda, y un tifón en Bangladés arruina miles de hectáreas de cosecha.

Cuando somos afectados por el estado del clima, bien sea por un simple inconveniente o por un desastre mayor, tendemos a considerarlo tan sólo como una expresión impersonal de ciertas leyes establecidas, meteorológicas o geológicas. Un sistema de baja presión cae sobre mi ciudad, causando una terrible nevada y cerrando el aeropuerto, el día que debo viajar a un compromiso ministerial. Fuerzas dentro de la tierra doblan continuamente su corteza hasta que ésta cede causando un gran terremoto. Ya sea algo insignificante o traumático tendemos a pensar en las expresiones de la naturaleza como *algo que sucede*, y nosotros como las *desafortunadas* víctimas de lo que ella depara. En la práctica, aun los cristianos tienden a vivir y a pensar como los deístas que mencioné en un capítulo anterior, los cuales concebían a Dios como el Creador del universo que después lo dejó para que se rigiera según sus propias leyes naturales.

Pero Dios no dejó el control diario de Su creación, sino estableció leyes físicas para gobernar las fuerzas de la naturaleza, que operan continuamente de acuerdo con Su soberana voluntad. Un meteorólogo cristiano de televisión, ha determinado que hay cerca de 1.400 referencias a la terminología climatológica en la Biblia¹, muchas de las cuales atribuyen todos los fenómenos del tiempo, directamente a la mano de Dios. La mayoría de estos pasajes hablan del control de Dios sobre todo el tiempo, y no sólo de una intervención divina en ocasiones específicas.

Considere los siguientes pasajes:

Lanza sus rayos bajo el cielo entero; su resplandor, hasta los confines de la tierra

A la nieve le ordena: “¡Cae sobre la tierra!”, y a la lluvia: “¡Muestra tu poder!”

Por el aliento de Dios se forma el hielo y se congelan las masas de agua. Con agua de lluvia carga las nubes, y lanza sus relámpagos desde ellas; y éstas van de un lado a otro, por toda la faz de la tierra, dispuestas a cumplir sus mandatos. Por su bondad, hace que vengan las nubes, ya sea para castigar o para bendecir (Job 37:3, 6, 10–13).

Él cubre de nubes el cielo, envía la lluvia sobre la tierra y hace crecer la hierba en los montes

Extiende la nieve cual blanco manto, esparce la escarcha cual ceniza. Deja caer el granizo como grava; ¿quién puede resistir sus ventiscas? Pero envía su palabra y lo derrite; hace que el viento sople, y las aguas fluyen (Salmo 147:8,16–18).

Cuando él deja oír su voz, rugen las aguas en los cielos; hace que vengan las nubes desde los confines de la tierra. Entre relámpagos hace llover, y saca de sus depósitos al viento (Jeremías 10:13).

Yo les retuve la lluvia cuando aún faltaban tres meses para la cosecha. En una ciudad hacía llover, pero en otra no; una parcela recibía lluvia, mientras que otra no, y se secó (Amós 4:7).

Note cómo todos estos pasajes atribuyen las manifestaciones del tiempo, buenas o malas, al control directo de la mano de Dios.

Las compañías de seguros se refieren a los grandes desastres naturales como *actos de Dios*. La verdad es que todas las expresiones de la naturaleza, todos los acontecimientos del tiempo, ya sea un devastador tornado, una fina lluvia o un día primaveral, son actos de Dios. La Biblia nos enseña que Dios controla todas las fuerzas de la naturaleza, tanto las destructivas como las productivas, en una forma continua.

Sea el tiempo bueno o malo, no somos las víctimas o los beneficiarios de los poderes impersonales de la naturaleza. Dios, que es el Padre amoroso y celestial de todo verdadero cristiano, es soberano sobre el tiempo, y ejerce Su soberanía en todo momento. Como G. C. Berkouwer dijo: *El creyente no es nunca la víctima de las expresiones de la naturaleza o del destino. La casualidad se elimina.*²

Quejándose o dando gracias

Quejarse por el clima parece ser uno de los pasatiempos favoritos de la gente. Tristemente los creyentes con frecuencia caemos en este pecaminoso hábito. Pero cuando nos quejamos al respecto, en realidad, lo hacemos contra Dios quien lo hizo, y por consiguiente, pecamos contra Él (ver *Números 11:1*).

No sólo pecamos contra Dios cuando nos quejamos por el estado del tiempo, sino que también nos privamos de la paz que viene al reconocer que nuestro Padre celestial lo controla. Alexander Carson dice: *Las Escrituras representan todas las leyes físicas como si sus efectos provinieran de la acción inmediata del poder omnipotente... Los cristianos, aunque reconocen la doctrina de la divina providencia, tienden a desconocerla en la práctica, y por consiguiente se privan en gran parte de la ventaja que da el constante y profundo conocimiento*

de esta verdad. Ya sea que el estado del tiempo sólo interrumpa mis planes o destruya mi casa, necesito aprender a ver la mano soberana y amorosa de Dios controlándolo. El hecho es que, para muchos de nosotros, el tiempo y los efectos de la naturaleza son por lo general favorables. El tornado, la sequía y hasta la nevada que retrasa nuestro vuelo, son la excepción, no la regla.

Tendemos a recordar el *mal* tiempo y a dar por hecho el bueno. Sin embargo, cuando Jesús habló acerca del tiempo, lo hizo refiriéndose a la bondad de Dios: *para que sean hijos de su Padre que está en el cielo. Él hace que salga el sol sobre malos y buenos, y que llueva sobre justos e injustos (Mateo 5:45).*

Aunque Dios algunas veces usa el tiempo, y otras manifestaciones de la naturaleza, como un instrumento de juicio (ver *Amós 4:7-9*), lo hace con frecuencia más que todo como una expresión de Su gracia provisoría para Su creación. Tanto el creyente como el que no lo es, se benefician del clima que Dios por Su gracia nos da y, de acuerdo con Jesús, éste no es sólo el resultado de ciertas leyes inexorables y fijas. Dios controla esas leyes, hace que el sol brille, y envía la lluvia.

Dios ha establecido ciertas leyes físicas para el funcionamiento de Su universo; sin embargo, éstas operan momento a momento de acuerdo a Su directa voluntad. Una vez más Alexander Carson lo expone claramente al decir: *El sol y la lluvia proveen alimento y bienestar tanto al virtuoso como al pecador, no indispensablemente por leyes generales sino por Su inmediata providencia, que al gobernar al mundo desea obtener este resultado.*

Como cristianos no debemos quejarnos del clima, sino aprender a dar gracias por éste. Dios nuestro Padre celestial nos envía cada día lo que Él considera más conveniente para toda Su creación.

Desastres naturales

¿Qué pasa con los desastres naturales que con frecuencia ocurren en varias partes del mundo? Muchos cristianos sensibles luchan contra los innumerables desastres naturales de gran magnitud que ocurren. Un terremoto en algún lugar, una hambruna, tifones y sequías en otros; miles de personas muertas y otras agonizando lentamente por el hambre; regiones enteras devastadas, cosechas arruinadas, y hogares destruidos. *¿Por qué permite Dios todo esto? ¿por qué permite que niños inocentes tengan hambre?*

No está mal cuestionarse acerca de todos estos aspectos, siempre y cuando lo hagamos con actitud reverente y sumisa hacia Dios. En efecto, el dejar de cuestionar acerca de estas grandes tragedias, podría indicar una falta de compasión de nuestra parte hacia los demás. Sin embargo, debemos tener cuidado de ni siquiera en pensamiento bajar a Dios de Su trono de absoluta soberanía, y llevarlo al estrado de nuestros juicios.

Mientras trabajaba en este capítulo, una de las principales noticias en la televisión hablaba de varios poderosos tornados que pasaron por el centro de Misisipi, matando a 7 personas, hiriendo por lo menos a 145, y dejando cerca de 500 familias sin hogar.

Mientras veía las escenas de la gente buscando entre los escombros de sus casas, mi corazón estaba con ellos. Pensé dentro de mí: *Muchas de estas personas sin duda son creyentes, ¿qué les podría decir acerca de la soberanía de Dios sobre la naturaleza? ¿Creo yo realmente en un momento como este? ¿No sería más fácil aceptar únicamente la afirmación del rabino Kushner de que es simplemente un acto de la naturaleza? ¿Una naturaleza moralmente ciega que se agita con violencia siguiendo sus propias leyes? ¿Por qué involucrar a Dios en un caos y sufrimiento como éste?*

Pero Dios interviene en estos eventos, como lo dice en *Isaías 45:7*: *Yo formo la luz y creo las tinieblas, traigo bienestar y creo calamidad; Yo, el Señor, hago todas estas cosas*. Dios mismo acepta la responsabilidad, por así decir, sobre los desastres, y hoy más que aceptar la responsabilidad, la reclama. Esta es una verdad difícil de aceptar cuando usted ve a la gente buscando entre los escombros lo que fueron sus hogares o, peor aún, si usted es uno de ellos. Pero como dijo el fallecido Edward J. Young sobre *Isaías 45:7*: *Nosotros no ganamos nada al tratar de minimizar la fuerza de este versículo*⁵. Debemos dejar que la Biblia diga lo que tiene que decir, no lo que creemos que debería decir.

Obviamente, no entendemos por qué Dios crea un desastre o por qué hace que suceda en una ciudad y no en otra. También reconocemos que así como envía Su sol y lluvia tanto a los justos como a los injustos, también envía a los dos el tornado, el huracán o el terremoto. Tenemos amigos y compañeros miembros del grupo de los Navegantes que estaban en la ciudad de México en 1985 durante el terremoto. La soberanía de Dios sobre la naturaleza no significa que los cristianos nunca se encuentren en las tragedias o desastres naturales, pues la experiencia y la observación nos demuestran claramente, todo lo contrario.

La soberanía de Dios sobre la naturaleza significa que lo que suframos por el clima u otras fuerzas de ella (enfermedades en las plantas o plagas en nuestras cosechas), todos los sucesos están bajo el vigilante, soberano y absoluto control de nuestro Dios.

Aflicciones físicas

La enfermedad y las aflicciones físicas son otra área en la cual nos cuestionamos acerca de Dios. Nacen bebés con grandes defectos, y el cáncer golpea personas que aparentemente, han hecho todo lo posible para evitarlo, y otros experimentan dolores continuos durante años, sin ningún alivio médico. Incluso aquellos que tienen una salud normal y fuerte, algunas veces se enferman en los momentos más inoportunos. ¿Es Dios soberano sobre este aspecto de la naturaleza? ¿Tiene el control de las enfermedades y las dolencias físicas que nos afectan?

Cuando Dios llamó a Moisés para que sacara a los israelitas de Egipto, éste discutió su ineptitud argumentando ser lento para hablar. La respuesta de Dios es muy instructiva para nosotros en este aspecto de aflicción física, porque Él dijo: —*¿Y quién le puso la boca al hombre? —Le respondió el Señor—. ¿Acaso no soy yo, el Señor, quien lo hace sordo o mudo, quien le da la vista o se la quita? (Éxodo 4:11)*. Notemos que aquí Dios atribuye específicamente a Su accionar las aflicciones físicas de sordera, mudéz y ceguera, las cuales no son sólo el producto de genes defectuosos o de accidentes de nacimiento. Estas cosas pueden en efecto, ser las causas inmediatas, pero detrás de ellas se encuentra el propósito soberano de Dios. El doctor Donald Grey Barnhouse, uno de los grandes maestros de la Biblia de mediados del siglo XX, dijo una vez: *No hay persona ciega o sorda en este mundo que Dios no haya planeado que lo fuera. Si no lo cree, tiene un Dios extraño con un universo que se ha salido de Su dirección y que no puede controlar.*⁶

Cuando Jesús encontró a un hombre ciego de nacimiento, Sus discípulos le preguntaron: —*Rabí, para que este hombre haya nacido ciego, ¿quién pecó, él o sus padres? (Juan 9:2)*. Jesús respondió: —*Ni él pecó, ni sus padres —respondió Jesús—, sino que esto sucedió para que la obra de Dios se hiciera evidente en su vida (v. 3)*. Jesús no dijo que la causa de la ceguera de este hombre,

fuese solamente un defecto de nacimiento sino que sucedió en el plan de Dios, para que Él pudiese ser glorificado. Dios tenía el control de la ceguera de aquel hombre.

Este Dios es el Dios de la sordera, de la mudez y la ceguera; también es el Dios del cáncer, la artritis, del síndrome de Down y todas las demás aflicciones que tenemos nosotros o nuestros seres queridos. Ninguna de estas circunstancias *simplemente sucedieron porque sí*, sino que todas hacen parte del deseo soberano de Dios. Tal afirmación nos lleva directamente al problema del dolor y del sufrimiento. ¿Por qué un Dios soberano que nos ama nos causa dolor y aflicción?

La respuesta a esta pregunta está más allá del alcance de este libro. Brevemente, creemos que toda la creación está sujeta a la frustración causada por el pecado de Adán (*Romanos 8:20*). Así que podemos decir, que la causa principal de todo dolor y sufrimiento, debe buscarse en la caída. Las heridas y el dolor de Dios no son arbitrarios o caprichosos sino Su respuesta decidida al pecado del hombre. Su soberanía que sujeta toda la creación a la frustración, aún rige sobre el dolor. Todas las leyes de la genética y la enfermedad están bajo Su control, como lo están las leyes de la meteorología. Mi propósito no es tratar teológicamente los problemas del dolor, sino ayudarnos a tratarlos al nivel de la fe y la seguridad en Dios. Lo primero que tenemos que hacer para confiar en Dios es determinar si Él tiene el control, si es soberano del área física de nuestras vidas. Si no lo es, si las enfermedades y aflicciones *simplemente ocurren*, entonces, es claro que no hay bases para confiar en Él. Pero si es soberano en esta área, entonces tenemos que confiar en Él sin entender todos los aspectos teológicos involucrados en el problema del dolor y aflicciones.

Esterilidad

Otra área de conflicto, cuando confiamos en Dios, es la de la esterilidad. Muchas parejas oran durante años para tener hijos, sin ningún resultado. Sin embargo, aquí una vez más la Biblia afirma de manera insistente que Dios tiene el control. De Ana se dijo que *el Señor la había hecho estéril (1º Samuel 1:5)*, mientras le dio hijos a Lea (*Génesis 29:31*). Sara, la esposa de Abraham, dijo *El Señor me ha hecho estéril (Génesis 16:2)*. El ángel del Señor le dijo a la madre de Sansón antes de su nacimiento: *Eres estéril y no tienes hijos, pero vas a concebir y tendrás un hijo (Jueces 13:3)*. El ángel del Señor también le dijo a Zacarías: *El ángel le dijo: —No tengas miedo, Zacarías, pues ha sido escuchada tu oración. Tu esposa Elisabet te dará un hijo, y le pondrás por nombre Juan (Lucas 1:13)*.

Todos estos pasajes de las Escrituras nos enseñan que Dios controla la concepción de los niños. En efecto, el *Salmo 139:13* va un paso más allá cuando dice: *Tú (Señor) creaste mis entrañas; me formaste en el vientre de mi madre*. Es decir que Dios no sólo controla la concepción, sino que también supervisa la formación del pequeño en el vientre de su madre. Dios verdaderamente ejerce un control soberano y amoroso sobre todas las obras de Su creación, incluyendo lo concerniente a nuestros cuerpos físicos.

¿Cómo podemos entonces confiar en Dios en medio del dolor, la aflicción, la enfermedad, el dolor de la esterilidad o de un niño que nace con un grave defecto físico? Si Él tiene el control, ¿por qué permite que sucedan estas cosas? En el primer capítulo dije que con el fin de confiar en Dios en medio de la adversidad debemos creer que es soberano absoluto, perfecto en amor e infinito en sabiduría. Todavía no hemos estudiado el amor y la sabiduría de Dios, pero por ahora sólo consideraremos un pasaje de las Escrituras:

Confianza en Dios aunque la vida duela

El Señor nos ha rechazado, pero no será para siempre. Nos hace sufrir, pero también nos compadece, porque es muy grande su amor. El Señor nos hiere y nos aflige, pero no porque sea de su agrado (Lamentaciones 3: 31–33).

Dios no desea causarnos aflicción o dolor, y no se deleita al causarnos sufrimiento o pena en el corazón. Él siempre tiene un propósito para traer o permitir que el dolor llegue a nuestras vidas. La mayoría de veces no conocemos ese propósito, pero es suficiente saber que Su infinita sabiduría y amor perfecto han determinado que ese dolor particular es lo mejor para nosotros. Dios nunca desperdicia el sufrimiento, sino que lo usa para lograr Su propósito, el cual es Su gloria y nuestro bien. Por lo tanto, podemos confiar en Él aun cuando nuestros corazones estén dolidos o nuestros cuerpos atormentados por el dolor.

Confiar en Dios en medio de nuestro dolor y aflicción significa que aceptamos esas circunstancias permitidas por Él. Hay una gran diferencia entre la aceptación y la resignación o sumisión. Nos podemos resignar en las situaciones difíciles simplemente porque no vemos otra alternativa, y muchas personas lo hacen todo el tiempo. También nos podemos someter a la soberanía de Dios en nuestras circunstancias con un cierto grado de renuencia. Pero el aceptar verdaderamente nuestro dolor y aflicción tiene la connotación de la disposición. Una actitud de aceptación dice que confiamos en Dios, que Él nos ama y sabe qué es lo mejor para nosotros, aun en medio del dolor.

La aceptación no significa que no oremos por una sanidad física o por la concepción y nacimiento de un pequeño en nuestro matrimonio. Por supuesto, tenemos que orar por estas cosas, pero debemos hacerlo con fe. Entendamos que aunque Dios puede hacer todas las cosas por Su infinita sabiduría y amorosas razones, puede no hacer lo que le pedimos. ¿Cómo sabemos cuánto tiempo debemos orar? Tanto como podamos con fe, con actitud de aceptar

Su voluntad; debemos orar mientras el deseo de hacerlo persista. Mientras escribo este capítulo, comprendo bien que yo mismo, nunca he experimentado las tragedias acerca de las que escribo. Nunca me ha sucedido lo del campesino que ve cómo el granizo destruye su cosecha; ni he buscado entre los escombros de una casa destruida por un tornado. Nunca he experimentado un dolor físico intenso por mucho tiempo, ni he sentido el dolor por un hijo nacido con un defecto incurable. Las dolencias físicas que tengo, como mi sordera parcial o mi problema visual, son menores comparadas con las de otros. Así admito que estoy escribiendo más allá de mi experiencia.

Pero sé que Dios no necesita mi experiencia para validar la veracidad de Su Palabra. El hecho de Su control soberano sobre la naturaleza fue afirmado en Su Palabra, mucho antes de que yo apareciera en escena, y permanecerá mucho después de que yo me haya ido. Nuestra confianza en Dios debe basarse, no en las experiencias de otros, sino en lo que Dios nos dice sobre sí mismo en Su Palabra.

Hace cientos de años, el profeta Habacuc viendo todo el mal a su alrededor, se atormentó con la pregunta: *¿Dónde está Dios?* Finalmente, llegó a la conclusión de que aunque no entendía lo que Dios estaba haciendo, confiaría en Él. Su afirmación de confianza puesta en el idioma de un mundo desmoronándose a su alrededor, sería un perfecto ejemplo que deberíamos seguir, cuando tratamos de entender la soberanía de Dios sobre la naturaleza. Habacuc dijo:

*Aunque la higuera no dé renuevos, ni haya frutos en las vides;
aunque falle la cosecha del olivo, y los campos no produzcan
alimentos; aunque en el aprisco no haya ovejas, ni ganado alguno
en los establos; aun así, yo me regocijaré en el Señor,
¡me alegraré en Dios, mi libertador!*

(Habacuc 3:17– 18)



La soberanía de Dios y nuestra responsabilidad

*Oramos entonces a nuestro Dios y decidimos montar guardia
día y noche para defendernos de ellos.*

Nehemías 4:9

Examinando las Escrituras para ver lo que nos enseñan acerca de la soberanía de Dios, he incluido una palabra de advertencia referente a los peligros de emplear mal o abusar de la enseñanza de la soberanía de Dios. En este capítulo se trata este problema en forma más detallada, puesto que inconscientemente empezamos a pensar que la soberanía de Dios niega cualquier obligación nuestra, de llevar vidas responsables y prudentes.

Hay un antiguo relato de un hombre que llevó la doctrina de la soberanía de Dios a tal extremo, que la convirtió en una especie de fatalismo divino. Un día, al bajar las escaleras descuidadamente, tropezó y rodó varios escalones; se levantó, con cuidado, palpó sus raspaduras y se dijo: *Bueno, me alegro que esto haya terminado.*

Si usted y yo, no somos precavidos, podemos, al igual que el hombre del relato, llegar a una actitud fatalista sobre la soberanía de Dios. Una estudiante que pierde una prueba importante, trata

de excusarse diciendo: *Bueno, Dios es soberano y Él determinó que yo perdiera este examen.* Un conductor puede causar un accidente de tránsito y en su mente evadir su responsabilidad atribuyéndolo a la soberanía de Dios. Obviamente, ambas actitudes son anti bíblicas e imprudentes, y sin embargo, fácilmente podemos caer en ellas.

Soberanía y oración

En el capítulo anterior analizamos el control soberano de Dios sobre el estado del tiempo y otras fuerzas de la naturaleza. Como persona que con frecuencia viaja en avión, me he visto afectado en varias oportunidades por un tiempo inadecuado para volar. Una tarde, manejando a casa en medio de una tormenta de nieve, reflexionaba sobre el hecho de que el aeropuerto estaba cerrado, y que tenía programado salir a la mañana siguiente para hablar en una conferencia de fin de semana. Pero, me dije: “Dios, yo sé que tú tienes el control de esta tormenta y también el de la conferencia en la que debo hablar. Si deseas que esté allí mañana en la noche, te llevarás la tormenta para que el aeropuerto pueda reabrirse temprano; así que no voy a preocuparme por esto”.

Ahora, debo admitir que esta actitud de negación a preocuparme fue un progreso mío en hacer frente al mal tiempo para volar. Después de llegar a casa, le comenté a mi esposa la decisión de no intranquilizarme acerca de si podría salir a tiempo a la mañana siguiente; ella me miró, sonrió y me dijo: “No te preocupes, pero ora”.

Pensé: *Qué tonto fui.* Me he estado concentrando tanto en la soberanía de Dios sobre el estado del tiempo, que he ignorado su mandato expreso de orar. En efecto, Él nos dice: *No se inquieten por nada, pero inmediatamente sigue con, más bien, en toda ocasión, con oración y ruego, presenten sus peticiones a Dios y denle gracias (Filipenses 4:6).*

Ciertamente Dios tenía el control sobre la tormenta de nieve que había cerrado nuestro aeropuerto. Sin embargo, el conocimiento de Su soberanía debe ser un estímulo para orar, no una excusa para caer en cierto fatalismo reverente.

En el capítulo cuatro de Hechos vemos cuando Juan y Pedro fueron amenazados por el sanedrín judío y se les ordenó no hablar o enseñar nada en el nombre de Jesús. Cuando ellos lo contaron a los demás creyentes, todos unieron sus voces en oración y dijeron:

Soberano Señor, creador del cielo y de la tierra, del mar y de todo lo que hay en ellos para hacer (Herodes, Poncio Pilatos, los gentiles y los líderes israelitas) lo que de antemano tu poder y tu voluntad habían determinado que sucediera. Ahora, Señor, toma en cuenta sus amenazas y concede a tus siervos el proclamar tu palabra sin temor alguno.

(Hechos 4:24, 28–29)

Los discípulos creían en la soberanía de Dios, y para ellos era una razón y estímulo para orar. Creían que, puesto que Dios es soberano, podía responder a sus oraciones; conocían su propósito soberano en eventos pasados (por ejemplo la crucifixión), pero no presumían saber el decreto divino acerca de los sucesos del futuro. Sólo sabían que Cristo los guiaba para que fuesen Sus testigos en Jerusalén, en Judea, en Samaria y en todos los confines de la tierra. Así que, oraban confiados en que el Dios soberano que los había enviado para ser testigos, podía derribar los obstáculos que pudieran surgir para su obediencia.

El que ora acepta la soberanía de Dios. Si Él no es soberano, no tenemos seguridad de que pueda contestar nuestras oraciones, y éstas serán tan sólo nuestros deseos. Por lo tanto, mientras Su soberanía junto con Su sabiduría y amor sean el fundamento de nuestra confianza en Él, la oración será la expresión de esa confianza.

El predicador Thomas Lye, en un sermón titulado *¿Cómo Vamos a Vivir por Fe en la Divina Providencia?* decía: *Al igual que orar sin fe, es tan solo golpear el aire, confiar sin orar no es sino un alarde presuntuoso. Él, quien prometió darnos, y nos mandó confiar en Sus promesas, nos ordena orar y espera obediencia a Sus mandatos. Él nos dará, pero quiere que le pidamos.*¹

El apóstol Pablo cuando estaba preso en Roma escribió a su amigo Filemón: *Además de eso, prepárame alojamiento, porque espero que Dios les conceda el tenerme otra vez con ustedes en respuesta a sus oraciones (Filemón 22).* Él no pretendía conocer la voluntad secreta de Dios, sino que esperaba que Dios les concediera lo que pedían en oración. El no dijo, *Dios les concederá*, pero sabía que Dios en Su soberanía podía hacerlo, así que pidió a Filemón que orara. La oración era la expresión de su confianza en la soberanía de Dios.

John Flavel fue otro predicador puritano y escritor prolífico (seis tomos de colección de obras) escribió un tratado clásico llamado *El Misterio de la Providencia*, publicado por primera vez en 1678.² Es conveniente notar que Flavel comienza su tratado sobre la soberana providencia de Dios con un discurso del *Salmo 57:2 Clamo al Dios Altísimo, al Dios que me brinda su apoyo.* Lo mismo, nos dice Flavel, porque Dios es soberano, debemos orar. La soberanía de Dios no niega nuestra obligación para hacerlo, sino que permite que oremos con confianza.

Así como la soberanía de Dios no deja de lado la responsabilidad de orar, tampoco niega nuestra obligación de actuar prudentemente, lo que, en este contexto, indica usar todos los medios bíblicos legítimos que están a nuestra disposición, para evitar hacernos daño a nosotros mismos o a otros, haciendo lo que creemos que es lo correcto.

Un ejemplo del uso de los medios apropiados para evitar el daño se ve en la vida de David, que evadía continuamente a Saúl quien estaba decidido a matarlo. David ya había sido ungido para sucederlo como rey (*1º Samuel 16:13*), y como lo hemos visto en el *Salmo 57:2*, confiaba en que Dios llevaría a cabo Su propósito para con él, pero aun así tomó todas las precauciones para no ser asesinado por Saúl. Él no presumió de la soberanía de Dios, sino que actuó en forma prudente confiando en la bendición de Él sobre sus esfuerzos.

En la vida de Pablo vemos una ilustración del actuar prudente para el buen resultado de los eventos. El relato involucra el viaje de Pablo a Roma y el naufragio del barco en la isla de Malta tal como aparece registrado en *Hechos 27*. Después de varios días de lucha contra la fuerza huracanada de una tormenta, y cuando todos habían perdido la esperanza de salvarse, Pablo se paró delante de ellos y dijo:

Pero ahora los exhorto a cobrar ánimo, porque ninguno de ustedes perderá la vida; sólo se perderá el barco. Anoche se me apareció un ángel del Dios a quien pertenezco y a quien sirvo, y me dijo: “No tengas miedo, Pablo. Tienes que comparecer ante el emperador; y Dios te ha concedido la vida de todos los que navegan contigo.” Así que ¡ánimo, señores! Confío en Dios que sucederá tal y como se me dijo. Sin embargo, tenemos que encallar en alguna isla.

(Hechos 27: 22–26)

Pablo no sólo confió en la soberanía de Dios sino que tuvo una revelación expresa del cielo que nadie moriría en el naufragio. Así que, un poco más tarde, al ver a los marineros tratando de escapar de la nave en un bote salvavidas dijo al centurión romano y a sus soldados: *Si éstos no se quedan en el barco, no podrán salvarse ustedes (Hechos 27:31)*. Aparentemente, Pablo cayó en cuenta de que la presencia de los hábiles marineros era

necesaria para la seguridad de los pasajeros, aun en ese momento. Por lo tanto, tomó la prudente decisión de lograr aquello que Dios, por medio de la divina revelación le había prometido que ocurriría con seguridad. No confundió la soberanía de Dios con su responsabilidad de obrar prudentemente.

Pablo no consideró el propósito soberano de Dios como una razón para descuidar su deber, aun en ese momento en que ya había sido revelado por un ángel del cielo. En nuestras circunstancias actuales, no sabemos cuál es el propósito soberano de Dios en una situación específica. Debemos ser aún más cuidadosos y no hacer uso de la soberanía de Dios como excusa para evadir las obligaciones que Él nos dio en las Escrituras. El Señor generalmente trabaja a través de medios y busca que usemos los que ha puesto a nuestra disposición.

Cuando Nehemías estaba reconstruyendo el muro alrededor de Jerusalén, él y su pueblo enfrentaban la amenaza de un ataque armado de los enemigos (*Nehemías 4:7–8*) la respuesta de Nehemías fue orar y poner guardias. Oración y prudencia (*v. 9*). Además el texto dice: *A partir de aquel día la mitad de mi gente trabajaba en la obra, mientras la otra mitad permanecía armada con lanzas, escudos, arcos y corazas. Los jefes estaban pendientes de toda la gente de Judá. Tanto los que reconstruían la muralla como los que acarreaban los materiales, no descuidaban ni la obra ni la defensa. Todos los que trabajaban en la reconstrucción llevaban la espada a la cintura (vv. 16–18).*

Nehemías confiaba en la soberanía de Dios y dijo: *nuestro Dios peleará por nosotros (v. 20)*, pero también empleó todos los medios disponibles conociendo que Dios en Su soberanía los bendeciría.

Uno de los principales métodos de prudencia que Dios nos ha dado es la oración. No sólo debemos orar por Su providencia gobernante en nuestras vidas como lo hizo David (*Salmo 57:2*)

sino también por sabiduría para entender correctamente las circunstancias, y emplear los medios que Él nos ha dado. Cuando los gabaonitas buscaban engañar a Josué y a los hombres de Israel, vinieron vestidos con harapos y trayendo pan seco para hacer creer que venían de lejos. La Escritura dice: *Los hombres de Israel participaron de las provisiones de los gabaonitas, pero no consultaron al Señor (Josué 9:14)*. Como resultado fueron engañados haciendo un trato con ellos cuando debían haberlos destruido. No fueron prudentes porque no oraron pidiendo a Dios sabiduría y discernimiento para entender la situación.

Otro medio de prudencia que Dios nos ha dado es la oportunidad de buscar consejo sabio y bueno. *Proverbios 15:22* dice: *Cuando falta el consejo, fracasan los planes; cuando abunda el consejo, prosperan*. Sin embargo, *Proverbios 16:9* nos dice que los planes de una persona sólo se logran si están dentro de la voluntad soberana de Dios. Pero Dios usa el consejo sabio de otros para llevar nuestros planes a Su voluntad soberana. Una vez más, no debemos confundir la obligación, que en este caso, es buscar un consejo sabio, con la voluntad soberana de Dios.

Oración y prudencia

Anteriormente, me referí al uso de la oración, a la prudencia de Nehemías, y a la forma en que empleó la oración: *Oramos entonces a nuestro Dios y decidimos montar guardia día y noche para defendernos de ellos (Nehemías 4:9)*. La oración es el reconocimiento de la soberanía de Dios y de nuestra dependencia de su actuar para nuestro bienestar. La prudencia es reconocer nuestra responsabilidad para poder emplear todos los medios legítimos, los cuales no podemos separar. Esto lo vemos bellamente ilustrado en el siguiente pasaje de las Escrituras:

Los rubenitas, los gaditas y los de la media tribu de Manasés contaban con un ejército de cuarenta y cuatro mil setecientos sesenta hombres valientes, armados de escudo y de espada, hábiles en el manejo del arco y diestros en la guerra.

Combatieron a los agarenos y a Jetur, Nafis y Nodab. Por cuanto confiaban en Dios, clamaron a él en medio del combate, y Dios los ayudó a derrotar a los agarenos y a sus aliados.

(1^o Crónicas 5:18–20)

Los guerreros descritos en este pasaje eran corpulentos, bien entrenados y prudentes. Habían tomado todas las precauciones para poder pelear cuando lo necesitaran, pero no confiaron en sus habilidades y entrenamiento, sino que pidieron a Dios quien respondió sus oraciones, e intervino soberanamente, dándoles la victoria, y destruyendo a sus enemigos.

Todos nuestros planes, esfuerzos y prudencia son inútiles a menos que Dios los haga prosperar. El *Salmo 127:1* dice: *Si el Señor no edifica la casa, en vano se esfuerzan los albañiles. Si el Señor no cuida la ciudad, en vano hacen guardia los vigilantes.* En ese pasaje está el concepto de los esfuerzos ofensivos y defensivos, tanto de la construcción para el progreso, como del cuidado contra la destrucción. En cierta forma, este versículo resume todas nuestras responsabilidades en la vida. Bien sea en lo físico, mental o espiritual; siempre debemos estar edificando y vigilando. El *Salmo 127:1* dice que ninguno de estos esfuerzos prosperará, a menos que Dios intervenga en ellos.

Observe lo enérgicamente que el salmista describió la necesidad de la intervención de Dios en nuestros esfuerzos. Él no dijo: *A menos que Dios bendiga o ayude a los constructores y a los guardianes, sus esfuerzos serán en vano*, sino que más bien habló de que Dios mismo estaba construyendo la casa y vigilando la ciudad. Al mismo tiempo. Por supuesto, no hay ninguna sugerencia en el texto de que Dios reemplace a los constructores y a los guardianes.

Esto significa obviamente, que en todo aspecto dependemos de Dios quien permite que prosperemos en nuestros esfuerzos.

Debemos depender de Dios para que haga por nosotros lo que no podemos hacer por nosotros mismos. De igual manera, debemos depender de Él con el fin de que nos capacite para hacer lo que debemos hacer por nosotros mismos. El granjero debe tener todas sus destrezas, experiencia, técnica y recursos para producir una cosecha.

Las fuerzas de la naturaleza como la humedad, los insectos y el sol están, como ya lo hemos visto, bajo el control directo y soberano de Dios, el granjero depende del control de Dios sobre la naturaleza para que su cultivo crezca; sin embargo, depende igualmente de Dios, para que le permita arar, plantar, fertilizar y cultivar correctamente. ¿De dónde obtuvo sus destrezas y habilidades para lograr con su experiencia, los recursos financieros para la adquisición del equipo y los fertilizantes? ¿De dónde viene su fuerza física para cumplir con sus deberes? ¿No provienen todas estas cosas de Dios quien *da a todos la vida, el aliento y todas las cosas?* (Hechos 17:25). En todos los aspectos dependemos completamente de Dios.

Hay tiempos en los que podemos no hacer nada, y otros en los que debemos trabajar. En los dos eventos estamos igualmente sujetos a Dios. Cuando los israelitas estaban en el desierto, dependían conscientemente de Dios, tanto para la comida como para el agua. Moisés les dijo: *Te humilló y te hizo pasar hambre, pero luego te alimentó con maná, comida que ni tú ni tus antepasados habían conocido, con lo que te enseñó que no sólo de pan vive el hombre, sino de todo lo que sale de la boca del Señor* (Deuteronomio 8:3). Los israelitas tuvieron que aprender que no podían simplemente extraer de sus reservas alimenticias para comer, cada vez que lo desearan, y Dios los redujo a una consciente dependencia de Su provisión diaria.

Llegaría el día, sin embargo, cuando estarían en una *tierra donde no escaseará el pan y donde nada te faltará; tierra donde las rocas son de hierro y de cuyas colinas sacarás cobre (Deuteronomio 8:9)*. Luego Moisés les advirtió que no confiaran en sus propias habilidades de granjeros diciéndose a sí mismos: *Esta riqueza es fruto de mi poder y de la fuerza de mis manos. Por el contrario, les previno: Recuerda al Señor tu Dios, porque es él quien te da el poder para producir esa riqueza; así ha confirmado hoy el pacto que bajo juramento hizo con tus antepasados (Deuteronomio 8:17–18)*.

A veces, Dios nos reduce a una dependencia total, consciente de Él. Un ser querido está gravemente enfermo, más allá de la experiencia y habilidad de la ciencia médica. El desempleo ha llegado a tal punto que la alacena está vacía y no hay perspectivas de trabajo a corto plazo. En esos momentos, estamos listos para reconocer nuestra dependencia y clamamos pidiendo a Dios Su intervención. Sin embargo, somos igualmente dependientes de Dios cuando el médico diagnostica una enfermedad pasajera y prescribe el medicamento adecuado, o cuando tenemos un salario fijo y podemos cubrir todas nuestras necesidades materiales.

En ambos casos somos responsables, pues la Biblia nunca nos permite usar nuestra dependencia absoluta de Dios como una excusa para la indolencia. *Eclesiastés 10:18* dice: *Por causa del ocio se viene abajo el techo, y por la pereza se desploma la casa. Y de nuevo: El perezoso no labra la tierra en otoño; en tiempo de cosecha buscará y no hallará (Proverbios 20:4)*. Somos totalmente dependientes de Dios, pero al mismo tiempo, responsables de usar diligentemente cualquier medio apropiado para lograr lo deseado.

El hombre de nuestro relato al principio del capítulo, tenía que ser más cuidadoso al bajar las escaleras; debió poner atención al aviso de *favor usar la baranda*. No puede echarle la culpa de su caída al fatalismo divino, como tampoco puede hacerlo la

estudiante que perdió su examen, el trabajador que por falta de diligencia perdió su empleo, o el que se enferma debido a malos hábitos alimenticios. Nuestro deber se encuentra en la voluntad revelada de Dios en las Escrituras, y la confianza debe estar en Su voluntad soberana, puesto que Él trabaja en las circunstancias de nuestra vida para Su gloria y nuestro bien.

No hay dificultad entre confiar en Dios y aceptar nuestra responsabilidad. Thomas Lye, el predicador citado anteriormente en este capítulo, dijo: *La confianza... (usa) esos medios al tiempo que Dios prescribe para conducirnos hacia su objetivo señalado... Los instrumentos de Dios deben ser usados, así como deben esperarse Sus bendiciones.*³

Alexander Carson hizo una observación similar cuando dijo: *Entendamos... que así como Dios prometió protegernos y proveernos, es a través de los medios de Su elección, vigilancia, prudencia y diligencia, que debemos buscar esas bendiciones.*⁴

Nuestras fallas y la soberanía de Dios

Hemos visto que la soberanía de Dios, no deja de lado nuestra obligación de actuar responsable y prudentemente en todas las ocasiones. Pero, ¿qué del otro aspecto de la pregunta? ¿Fallar en nuestra obligación de obrar prudentemente, frustra los planes soberanos de Dios? Las Escrituras nunca indican que Él se frustre de manera alguna porque nosotros fallemos en actuar como deberíamos. En Su infinita sabiduría, el plan soberano de Dios incluye nuestros fracasos y nuestros pecados.

Cuando Mardoqueo le solicitó a la reina Ester interceder ante el rey Asuero por el bienestar de los israelitas, ella lo evadió con la explicación de que al entrar en la presencia del rey estaría bajo amenaza de muerte (*Ester 4:10–11*). Sin embargo, Mardoqueo le respondió: *Si ahora te quedas absolutamente callada, de otra parte*

vendrán el alivio y la liberación para los judíos, pero tú y la familia de tu padre perecerán. ¡Quién sabe si no has llegado al trono precisamente para un momento como éste! (Ester 4:14).

La frase clave en la respuesta de Mardoqueo es: *de otra parte vendrán el alivio y la liberación.*

Dios, en Su infinita sabiduría y recursos, no estaba limitado a la respuesta de Ester. Las opciones viables para que Él trajera la liberación de los israelitas eran tan infinitas como Su sabiduría y poder. Literalmente, Él no necesitaba la ayuda de Ester, pero en este caso prefirió usarla. El argumento final que Mardoqueo le dio a Ester: *¡Quién sabe si no has llegado al trono precisamente para un momento como éste!*, asume que Dios utiliza a las personas y los medios para cumplir Su propósito soberano.

Como eventos posteriores lo prueban, Dios, en efecto, había exaltado a Ester para cumplir Su propósito, pero igualmente podía haber llamado a alguien más, o empleado un medio diferente. Dios, con frecuencia, trabaja a través de eventos comunes (juntamente con los milagros) y de las actuaciones voluntarias de las personas. Sin embargo, Él siempre proporciona los procedimientos necesarios y los dirige por medio de Su mano invisible. Él es soberano y no puede ser frustrado por nuestras fallas al actuar o por nuestras acciones, las cuales en sí mismas son pecaminosas. Sin embargo, debemos recordar siempre que Dios aún nos hace responsables por todos los pecados que use para cumplir Su propósito.

Al concluir estos estudios sobre la soberanía de Dios y poner nuestra atención en Su sabiduría y amor, necesitamos tener en cuenta una vez más, que no hay conflicto en la Biblia entre Su poder y nuestra responsabilidad. Ambos conceptos se enseñan con igual fuerza, y nunca se intenta *reconciliarlos*. Cumpliendo nuestra obligación, dejémoslos juntos, como se nos revela en las Escrituras, y confiando en Dios para que lleve a cabo Su propósito soberanamente en y por medio de nosotros.



La sabiduría de Dios

¡Qué profundas son las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Qué indescifrables sus juicios e impenetrables sus caminos!

Romanos 11:33

A las 9:15 a.m., justo después de que los niños se habían preparado para empezar su primera lección en la mañana del 21 de octubre de 1966, una montaña en el sur de Gales de 200 metros de altura, compuesta por el carbón sobrante procedente de las minas adyacentes, se movía resbalándose a causa de las lluvias cayó sobre la tranquila comunidad minera de Aberfan. De todas las tragedias desconsoladoras de ese día, ninguna fue peor que el destino de la escuelita de la aldea. El lodo negro se deslizó por la ladera entrando a los salones. Incapaces de escapar, murieron cinco profesores y 109 niños.

Un clérigo que fue entrevistado por un reportero de la BBC en el momento de la tragedia, al responder a la inevitable pregunta acerca de Dios dijo: “Bien... supongo que tenemos que admitir que esta es una de las ocasiones cuando el Todopoderoso cometió un error”.¹

Los verdaderos cristianos estarían asombrados de la petulante y blasfema afirmación del clérigo acerca de Dios. Pero, a veces, cuando la calamidad de alguna manera nos golpea, ¿no nos preguntamos si Dios no cometió un error en nuestras vidas? Pienso en otra afirmación, no impertinente pero sí sentida, hecha por un cristiano sincero al mirar a un niño luchando con cáncer: “En verdad espero que Dios sepa lo que está haciendo en esto”. Cualquiera persona que haya sufrido una adversidad muy profunda probablemente se puede identificar con las dudas con las que esta persona luchaba.

Cuando nos detenemos a pensar en esto, creemos sinceramente que Dios no comete errores en nuestras vidas, en las aldeas del sur de Gales o en cualquier otra parte. Dios sabe lo que está haciendo. Él es infinito en Su sabiduría, y siempre sabe lo que más nos conviene y la mejor forma de hacer que se produzca ese resultado.

La sabiduría con frecuencia se define como el buen juicio, la habilidad de desarrollar el mejor curso de acción o la mejor respuesta a una situación determinada. Todos reconocemos que la sabiduría humana por grande que sea es engañosa. Los hombres o mujeres más sabios sencillamente no tienen todos los hechos de una situación ni pueden predecir con certeza los resultados de ese curso de acción. Todos nosotros, de vez en cuando, nos atormentamos ante algunas decisiones importantes, tratando de determinar qué camino seguir.

Pero Dios nunca tiene que atormentarse ante una decisión, y ni siquiera tiene que deliberar consigo mismo o consultar a otros. Su sabiduría es intuitiva, infinita e infalible: *Su entendimiento es infinito (Salmo 147:5)*.

J. L. Dagg, teólogo del siglo XIX, describió la sabiduría así: *Consiste en la selección del mejor objetivo de una acción y la adopción de los mejores medios para lograrlo*. Luego dijo: *Dios es*

Confianza en Dios aunque la vida duela

infinitamente sabio, porque escoge el mejor objetivo de una acción... y porque adopta los mejores medios posibles para el logro de ese fin.²

El mejor objetivo de todas las acciones de Dios es Su gloria. Es decir, que todo lo que Él hace o permite en toda Su creación finalmente servirá a Su gloria. Como dice John Piper en su libro *Sed de Dios: Meditaciones de un hedonista cristiano: El principal fin de Dios es glorificarlo y disfrutarlo para siempre*³. Uno sólo tiene que hojear el Nuevo Testamento mirando pasajes con la palabra gloria para estar de acuerdo con John Piper en que el fin principal de Dios es Su gloria (sólo para principiantes, ver *Juan 15:8; Romanos 1:21; 11:36; 1ª Corintios 10:31; Efesios 1:12,14; Apocalipsis 4:11; 5:13; 15:4*).

Todo lo que se incluye en el concepto de la gloria de Dios es un misterio que no podemos comprender plenamente. Pero sabemos que éste involucra una muestra de toda su grandeza y perfecciones maravillosas, incluyendo la perfección de su sabiduría.

Belleza de entre las cenizas

Al observar eventos trágicos, o más particularmente, cuando nosotros mismos experimentamos la adversidad, con frecuencia nos inclinamos a preguntarle a Dios: *¿Por qué?* La razón por la cual preguntamos es que no vemos ningún posible bien para nosotros o gloria para Él, que pueda venir de esa circunstancia adversa que ha llegado a nosotros o a nuestros seres queridos. Pero, cuando Dios ocasiona el bien en la calamidad, ¿no es su sabiduría (es decir, Su gloria) más eminentemente demostrada que en la bendición?

El conocimiento del jugador de ajedrez sobresale más cuando le gana a un oponente experimentado que a un novato. La experiencia del general se destaca más al derrotar un ejército superior, que al someter a uno inferior. La sabiduría de Dios

sobresale cuando trae bien para nosotros y gloria para Él en la confusión y calamidad, más que en momentos agradables.

No hay duda de que el pueblo de Dios vive en un mundo hostil. Tenemos un enemigo, el diablo, quien *ronda como león rugiente, buscando a quién devorar (1ª Pedro 5:8)*. *mira que Satanás ha pedido zarandearlos a ustedes como si fueran trigo (Lucas 22:31)*; quiere hacernos maldecir a Dios como intentó hacerlo con Job. Dios no nos libra de las enfermedades, dolor y desilusión de este mundo pecador. Pero puede tomar todos estos elementos, tanto los buenos como los malos, y hacer total uso de ellos.

Como alguien dijo hace años: *Una sabiduría inferior a la divina se sentiría movida a prohibir, evitar o rechazar el trabajo de estos planes diabólicos. Es un hecho que con frecuencia el pueblo de Dios trata de hacer esto por sí mismo o le pide incesantemente al Señor que lo haga. Por eso es que muchas veces las oraciones parecen permanecer sin respuesta. Porque estamos siendo manejados por una sabiduría que es perfecta, que puede lograr lo que pretende tomando el control de las cosas y las personas que están destinadas para el mal y las hace trabajar en conjunto para bien^A.*

Entonces, la infinita sabiduría de Dios se muestra en sacar bien del mal, y belleza de entre las cenizas. Se evidencia en todas las fuerzas del mal, que se lanzan contra Sus hijos y Él transforma en bien para ellos. Pero el bien que Él ocasiona con frecuencia es diferente al que nosotros prevemos.

Confianza en Dios aunque la vida duela

Santidad en la adversidad

*Ahora bien, sabemos que Dios dispone todas las cosas
para el bien de quienes lo aman,
los que han sido llamados de acuerdo con su propósito.*

(Romanos 8:28)

Este es un versículo frecuentemente citado, sin notar que el siguiente nos ayuda a entender lo que significa bien. El versículo 29 empieza con la palabra porque, indicando que es una continuación y ampliación del pensamiento expresado en el 28. Este dice: *Porque a los que Dios conoció de antemano, también los predestinó a ser transformados según la imagen de su Hijo, para que él sea el primogénito entre muchos hermanos.*

El bien que Dios obra en nuestras vidas es conforme a la semejanza de Su hijo. No es necesariamente bienestar o felicidad sino conformidad a Cristo en una medida creciente en esta vida, y lo será en Su plenitud en la eternidad.

Vemos este mismo pensamiento en *Hebreos 12:10* *En efecto, nuestros padres nos disciplinaban por un breve tiempo, como mejor les parecía; pero Dios lo hace para nuestro bien, a fin de que participemos de su santidad.* Compartir la santidad de Dios es una expresión equivalente a ser conformado a la semejanza de Cristo. Dios sabe exactamente lo que quiere que seamos y qué circunstancias, buenas y malas, son necesarias para producir ese resultado en nuestras vidas.

Observe el contraste que hace el autor de Hebreos entre la sabiduría finita y falible de los padres humanos y la sabiduría infinita e infalible de Dios. Dice de nuestros padres: *nuestros padres nos disciplinaban por un breve tiempo, como mejor les parecía.* Como padre puedo identificarme con la frase como mejor les parecía. Algunas veces, cuando educamos a nuestros

hijos nos preocupamos por ejercer una disciplina adecuada, en calidad y cantidad. Incluso cuando creíamos que sabíamos qué era lo mejor, muchas veces nos equivocábamos.

Pero, el escritor dice sin reservas que Dios nos disciplina para nuestro bien. No hay preocupación por parte de Dios, ni esperanza de que haya tomado la decisión correcta, ni cuestionamiento de qué es realmente lo mejor para nosotros. Dios no comete errores.

Él sabe infaliblemente, con infinita sabiduría, qué combinación de circunstancias buenas y malas nos traerá al compartir Su santidad. Él nunca pone demasiada *sal* de adversidad en la receta de nuestras vidas, pues Su mezcla de adversidad y bendición siempre es exacta para nosotros.

El autor de Hebreos admite fácilmente que la disciplina es dolorosa (*v. 11*), pero también nos asegura que es provechosa, porque produce *una cosecha de justicia y paz para quienes han sido entrenados por ella*. El propósito de la disciplina de Dios no es castigarnos sino transformarnos. Él puso sobre Jesús el castigo por nuestros pecados, *sobre él recayó el castigo, precio de nuestra paz (Isaías 53:5)*. Pero debemos ser transformados más y más a semejanza de Cristo. Ese es el propósito de la disciplina. El salmista al hablar del aprendizaje a través de la experiencia dijo: *Me hizo bien haber sido afligido, porque así llegué a conocer tus decretos (Salmo 119:71)*.

Podemos conocer la voluntad de Dios para nuestro carácter intelectualmente, leyendo y estudiando las Escrituras, y lo deberíamos hacer. Es entonces cuando empieza el cambio, y nuestras mentes son renovadas. Pero el cambio verdadero, en lo profundo de nuestras almas, se produce cuando los principios de la Escritura obran en la vida real, y eso generalmente involucra la adversidad. Podemos admirar e incluso desear la paciencia, pero no la aplicaremos hasta que hayamos sido tratados injustamente

Confianza en Dios aunque la vida duela

y aprendido a través de la experiencia a *tolerar* (el significado de la paciencia) al que nos trata injustamente. Si usted se detiene a pensar en esto, se dará cuenta de que muchas cualidades de un carácter piadoso, sólo se pueden desarrollar por medio de la adversidad. La clase de amor que da libremente de sí mismo a un costo alto, sólo se puede aprender cuando nos vemos enfrentados a situaciones que requieren un amor sacrificado. La parte del fruto del Espíritu llamada gozo, no se puede aprender en medio de las circunstancias que sólo producen felicidad *natural*.

Dios en Su infinita sabiduría, sabe exactamente qué adversidad necesitamos para crecer más y más en la semejanza de Su Hijo. Él no solamente sabe qué necesitamos, sino cuándo y cómo es la mejor forma de que ocurra en nuestras vidas. Él es el perfecto maestro, entrenador, y Su disciplina siempre se ajusta exactamente a nuestras necesidades. Él nunca nos entrena en exceso permitiendo demasiada adversidad en nuestras vidas.

Dios nunca explica

Con frecuencia, cuando un maestro nos entrena en una habilidad, como atletismo o música, nos explica el propósito particular del ejercicio que nos pide hacer, y aunque a veces pueden ser tediosos e incluso dolorosos, los podemos resistir porque sabemos su propósito y el resultado que se pretende.

Pero Dios nunca nos explica o nos dice el por qué de lo que está haciendo. No hay ninguna indicación de que alguna vez haya explicado a Job las razones de su terrible sufrimiento. Como lectores, estamos detrás de la escena, y observamos la guerra espiritual entre Él y Satanás, pero lo que podemos ver en la Escritura, es que Dios nunca le habló a Job acerca del tema.

Lo cierto es que Dios en realidad, nunca nos dijo en la Escritura, por qué le permitió a Satanás afligir a Job como lo hizo. Basados en la verdad de *Romanos 8:28* (que fue tan válida para Job como lo es para nosotros), debemos concluir que al permitir los ataques de Satanás contra Job, Dios tenía un propósito mucho mayor que simplemente usarlo como instrumento en una *confrontación* entre Él y Satanás. La parte de éste en el drama parece olvidarse, pues no se vuelve a mencionar después de sus dos retos a Dios en *Job 1–2*. El relato no concluye con una conversación entre Dios y Satanás en la que afirme la *victoria* sobre su adversario. Por el contrario, termina con una conversación entre Dios y Job en la que éste reconoce que por medio de sus tribulaciones ha llegado a una relación nueva y más profunda con Él. Job dice: *De oídas había oído hablar de ti, pero ahora te veo con mis propios ojos (Job 42:5)*. Podemos concluir que ésta relación más profunda, fue uno de los resultados (y no todos) que Dios tenía en mente todo el tiempo.

A veces, después que termina la adversidad podemos ver algunos de sus resultados positivos en nuestras vidas, pero rara vez podemos verlos durante el momento de la prueba. José seguramente pudo ver algunos de la aflicción que Dios había permitido en su vida después de haberse convertido en primer ministro de Egipto, pero en realidad no pudo notarlos mientras vivía esa situación. Para él, todo el penoso proceso, debe haber parecido desprovisto de cualquier significado y muy contrario a sus expectativas del futuro, como se le reveló a través de sus sueños.

Pero ya sea que veamos o no resultados benéficos en esta vida, estamos llamados a confiar en que Dios en Su amor quiere lo mejor para nosotros, y en Su sabiduría sabe cómo hacer que ocurra. Pienso en una amiga muy querida que durante más de treinta años ha pasado por una tras otra adversidad, enfrentando increíbles problemas físicos en la familia, numerosas dificultades financieras y aflicciones familiares, y hasta donde yo sé ningún

bien aparente ha resultado de estas adversidades. No ha habido un final feliz como en el caso de José o Job. Sin embargo, en una carta que recibí de ella mientras escribía este capítulo, decía: Yo sé que Dios no comete errores: porque en Él, su camino es perfecto.

Por lo tanto nunca deberíamos preguntar *¿por qué?* en el sentido de exigir que Dios explique o justifique sus acciones o lo que permite que suceda en nuestras vidas. Margaret Clarkson dijo: *No podemos exigir de un Creador soberano que dé explicaciones a Sus criaturas... Dios tuvo buenas y suficientes razones para Sus acciones; debemos confiar en Su sabiduría y amor soberanos.*⁵

Cuando digo nunca deberíamos preguntar *¿por qué?*, no estoy hablando del espontáneo grito de angustia cuando nos llega la calamidad, a nosotros o a un ser querido. Más bien me refiero al continuo y persistente *¿por qué?*, que tiene tono acusador hacia Dios. El primero es una reacción humana natural; el otro una reacción humana pecadora. Tres de los Salmos empiezan con *¿por qué?: ¿Por qué, Señor, te mantienes distante? ¿por qué me has abandonado? ¿Por qué, oh Dios, nos has rechazado para siempre? (Salmos 10, 22, 74)*. Pero cada uno de ellos finaliza con una nota de confianza en Dios. Los salmistas no permitieron que sus *por qué* se prolongaran; ni que echaran raíces y crecieran convirtiéndose en acusaciones contra Dios. Sus *por qué*, eran en realidad, gritos de angustia, una reacción natural ante el dolor.

En contraste, según el autor Don Baker, hay dieciséis “por qué”. En el libro de Job⁶. Él le preguntó a Dios “¿por qué?” dieciséis veces, de manera insistente y petulante y, como muchos han observado, Él nunca le respondió a sus “por qué”; más bien le contestó “quién”.

El pastor Baker en su libro sobre Job dice: *Desde entonces dejé de buscar la respuesta a los porqués en mi propia vida... Dios no me debe ninguna explicación; Él tiene derecho de hacer lo que quiera, cuando quiera y como quiera. ¿Por qué? Porque es Dios... Job no*

necesitaba saber por qué estas cosas sucedieron así, sino quién era el responsable y quién tenía el control. Él solamente necesitaba conocer a Dios.⁷

Al usar a Job como ejemplo de preguntar “¿por qué?” en un sentido malo o pecador, no quiero denigrarlo. Yo sé que muchas veces he hecho esa pregunta en circunstancias obviamente mucho menos difíciles que las que le sobrevinieron a él. Dios mismo nos recomendó la rectitud de Job; pero Él no sólo estaba tratando con Job, sino que registró esos hechos para nuestro beneficio y para que aprendamos de ellos. Parece claro que una de las lecciones que Dios quiere que aprendamos de la experiencia de Job es la que el pastor Baker aprendió: Dejar de preguntar “¿por qué?”

Así como Dios ha usado durante siglos el *Salmo 51*, siendo la oración de confesión y arrepentimiento de David por su adulterio, para enseñar a Su pueblo, también ha usado las luchas de Job con la duda acerca de la bondad de Dios, para el mismo propósito. Todavía recuerdo mi primera lucha consciente con la bondad de Dios casi treinta y cuatro años antes de escribir este libro. El pasaje que satisfizo mi necesidad en el momento fue uno del libro de Job, donde Dios lo confronta por su osadía, a través de Eliú. Este hizo que me diera cuenta y me arrepintiera de mis acusaciones contra Dios. Así que no queremos criticar a Job, sino aprender de él acerca de lo pecaminoso de exigir a Dios “¿por qué?”

Pero, aunque nunca deberíamos exigir un “¿por qué?”, podemos y debemos pedirle a Dios que nos capacite para comprender lo que nos puede estar enseñando por medio de una experiencia particular. Pero inclusive aquí, debemos ser cuidadosos de no estar buscando satisfacer nuestras almas al encontrar algún “bien” espiritual en la adversidad. Más bien, debemos confiar en que Dios está obrando en esa experiencia para nuestro beneficio, aunque no veamos resultados positivos. Debemos aprender

a confiar en Dios cuando no nos dice por qué, o cuando no entendemos lo que está haciendo.

Los caminos de Dios son incomprensibles

A veces, llegamos al punto donde no le exigimos a Dios que se explique, pero tratamos de determinar o comprender por nosotros mismos lo que está haciendo. No queremos vivir sin explicaciones racionales para lo que nos está sucediendo a nosotros o a los que amamos. Somos casi insaciables en nuestra búsqueda del “¿por qué?” de la adversidad que nos ha llegado. Pero esta es una tarea inútil y a la vez no confiable. Los caminos de Dios, siendo los caminos de la infinita sabiduría, simplemente no pueden ser comprendidos por nuestras mentes finitas.

Dios dijo por medio de Isaías: *Porque mis pensamientos no son los de ustedes, ni sus caminos son los míos —afirma el Señor—. Mis caminos y mis pensamientos son más altos que los de ustedes; ¡más altos que los cielos sobre la tierra! (Isaías 55:8–9).* En su comentario sobre Isaías, Edward J. Young dijo de este pasaje: *La implicación es que así como los cielos están tan altos sobre la tierra que los patrones de altura humanos no los pueden medir, los caminos y pensamientos de Dios están tan por encima de los hombres que ellos no pueden comprenderlos en su totalidad. En otras palabras, los caminos y pensamientos de Dios son incomprensibles a los hombres.*⁸

El apóstol Pablo establece la misma verdad en su doxología al final de *Romanos 11* cuando exclama con sorpresa: *¡Qué profundas son las riquezas de la sabiduría y del conocimiento de Dios! ¡Qué indescifrables sus juicios e impenetrables sus caminos!* (v. 33). La Versión Popular del Nuevo Testamento tal vez trata más enérgicamente la profundidad de este pasaje. Dice en los versículos 33 y 34:

*¿Qué profundas son las riquezas de Dios, y su sabiduría y entendimiento! Nadie puede explicar sus decisiones, ni llegar a comprender sus caminos. Pues, ¿quién conoce la mente del Señor? ¿Quién podrá darle consejos?.*⁹

La sabiduría de Dios es profunda, Sus decisiones inexplorables, Sus métodos misteriosos e inescrutables. Si nadie ha comprendido Su mente, menos aún, podría aconsejarle sobre el curso adecuado de una acción. Cuán inútil e incluso arrogante para nosotros es tratar de determinar lo que Dios está haciendo en un evento o circunstancia particular. Simplemente no podemos descubrir las razones que hay detrás de Sus decisiones o determinar las maneras que Él usa para que se realicen.

Si vamos a experimentar paz en nuestras almas en momentos de adversidad, debemos llegar al punto donde verdaderamente creamos que los caminos de Dios sencillamente están más allá de nosotros, y dejar de preguntar *por qué* o aun tratar de descubrirlos por nosotros mismos. Esto puede parecer un *escape* intelectual, un rechazo a enfrentar los problemas verdaderamente difíciles de la vida, pero de hecho, es exactamente lo opuesto. Es una rendición a la verdad acerca de Dios y nuestras circunstancias como Él nos lo revela en Su Palabra.

Regresando al sermón de C. H. Spurgeon, sobre la divina providencia, dijo: *La providencia es maravillosamente compleja ¡Ah! Usted siempre quiere ver a través de la providencia, ¿no es así? pero le aseguro que nunca lo logrará, pues no tiene ojos suficientemente buenos para ello. Quiere ver qué fue lo bueno de esa aflicción para usted; debe creerlo. Quiere ver cómo tal aflicción le trae bien al alma, puede ser capacitado en poco tiempo, pero no lo puede ver ahora; debe creer que hay bien en ella. Honre a Dios confiando en Él.*¹⁰

En la respuesta final de Job a Dios, él humildemente reconoce los caminos insondables de Dios, y dice:

Confianza en Dios aunque la vida duela

“¿Quién es éste —has preguntado—, que sin conocimiento oscurece mi consejo?” Reconozco que he hablado de cosas que no alcanzo a comprender, de cosas demasiado maravillosas que me son desconocidas.

(Job 42:3)

Job dijo que los caminos de Dios eran demasiado maravillosos para que él los conociera o comprendiera. Cuando vio a Dios en su gran majestad y soberanía, se arrepintió de su cuestionamiento arrogante en *polvo y cenizas*. Dejó de preguntar y sencillamente creyó.

David, de una manera similar, se sometió a los propósitos soberanos de Dios y a Su infinita sabiduría, y dijo: *Señor, mi corazón no es orgulloso, ni son altivos mis ojos; no busco grandezas desmedidas, ni proezas que excedan a mis fuerzas (Salmo 131:1)*. Las grandes y maravillosas cosas a las que se refiere son los propósitos secretos de Dios y Sus infinitos medios para cumplirlos. David no ejercitó su corazón buscando comprenderlos; por el contrario, calló y aquietó su alma en sumisión y confianza en Dios. Si vamos a honrar a Dios confiando en Él y a encontrar Su paz, debemos llegar al punto donde honestamente podamos decir: “Dios, no tengo que entender, tan sólo confiaré en ti”.

¡No interprete, sino aprenda!

Puesto que la sabiduría de Dios es infinita y Sus caminos inescrutables para nosotros, deberíamos también ser muy cuidadosos al pretender interpretar Sus caminos en Su providencia, especialmente en eventos particulares. Además, debemos cuidarnos de aquellos que se ofrecen como intérpretes acerca del porqué y la razón de todo lo que está sucediendo. Sea cauteloso con aquellos que dicen, *Dios permite que esto suceda*

para que usted aprenda esta o aquella lección. El hecho es que no sabemos lo que Dios está haciendo a través de un conjunto particular de circunstancias o eventos.

Esto no significa que no deberíamos investigar sobre la providencia de Dios y Su voluntad revelada en la Escritura. Todo lo contrario. Como observamos anteriormente, el salmista comprendió los decretos de Dios experimentando la aflicción (*Salmo 119:71*). El pueblo de Israel también aprendió a través de la providencia adversa en sus vidas. *Deuteronomio 8:3* dice:

Te humilló y te hizo pasar hambre, pero luego te alimentó con maná, comida que ni tú ni tus antepasados habían conocido, con lo que te enseñó que no sólo de pan vive el hombre, sino de todo lo que sale de la boca del Señor.

Dios enseñó a la nación por medio de su divina providencia, poniéndolos en una situación en que no podían simplemente ir a la despensa y sacar el pan diario, sino que dependían completamente de Él. Estaba guiándoles a una tierra donde la provisión material sería *naturalmente abundante*. (*Deuteronomio 8:7-9*). Sabía que serían tentados por el orgullo de sus corazones a decir: *Mi poder y la fuerza de mi mano me han traído esta riqueza (v. 17)*. Por lo tanto, antes de entrar a la tierra, les enseñó de la dependencia a través de Su divina providencia.

Algunos meses antes de escribir este capítulo, me invitaron a hablar en una convención cristiana sobre un tema en particular. Un día, leyendo 2ª Carta a Timoteo, el Espíritu Santo abrió, de manera muy clara, un pasaje que habló hermosamente del tema de la convención. Desechando lo que ya había preparado, me senté y rápidamente preparé tres mensajes, y estaba muy emocionado. Pero luego, sutilmente me enorgullecí mucho de ellos. Empecé a contemplar pensamientos pecadores y arrogantes de lo buen orador que me considerarían por estos tres emocionantes mensajes. Traté de usurpar algo de la gloria de Dios para mí.

Poco antes de empezar la convención, fui afligido por un virus que nunca antes me había afectado, y escasamente podía hablar. No disfruté la convención. Aunque di los mensajes, no tengo idea si alguien los aprovechó o no. Por medio de estas circunstancias aprendí a través de la experiencia lo que Dios ha dicho: *Yo soy el Señor; ¡ése es mi nombre! No entrego a otros mi gloria, ni mi alabanza a los ídolos. (Isaías 42:8)*. Había memorizado ese versículo hacía muchos años y conocía Su verdad intelectualmente, pero, por la adversidad lo aprendí en la práctica. Entonces pude decir con el salmista: *Me hizo bien haber sido afligido, porque así llegué a conocer tus decretos (Salmo 119:71)*.

La sabiduría es superior a nuestros adversarios

La sabiduría de Dios no sólo está tan por encima de la nuestra como está el cielo por encima de la tierra, sino que también es superior a la sabiduría y astucia de nuestros adversarios. Esto debería ser de mucha tranquilidad para nosotros. Yo, por lo menos, en este punto de mi vida, he encontrado más fácil soportar la adversidad de las circunstancias contrarias que la que viene de otras personas. Aparentemente, David sintió de igual manera. En el *2º libro de Samuel 24:14*, él dijo: —*¡Estoy entre la espada y la pared!*— *Respondió David— Pero es mejor que caigamos en las manos del Señor, porque su amor es grande, y no que yo caiga en las manos de los hombres.*

Otras personas, por varias razones, pueden planear tratarnos injustamente, tomar ventaja de nosotros o usarnos para sus propósitos egoístas. Pero, *Proverbios 21:30* dice: *De nada sirven ante el Señor la sabiduría, la inteligencia y el consejo.* Por lo tanto, podemos decir las palabras de Pablo: *Si Dios está de nuestra parte, ¿quién puede estar en contra nuestra? (Romanos 8:31)*. Aun los planes más atroces de nuestros adversarios sólo pueden lograr lo que Dios ha ordenado soberanamente para nosotros, y en Su infinita sabiduría, con habilidad, hace que se cumpla.

La sabiduría de Dios

Los hermanos de José pensaron deshacerse de él porque se sentían excesivamente envidiosos. Pero Dios dispuso desde el principio usar Su plan para enviar a José delante de ellos con el fin de que fuera su abastecedor durante los siete años de hambre. Ellos destinaron estas acciones para mal, pero Dios las utilizó para bien.

Saúl pensó matar a David porque éste estaba recibiendo más alabanza que él por su destreza militar. Pero Dios usó estos meses y años, en que David se estuvo escondiendo de Saúl, para formar en él el carácter que lo hizo un gran rey y hombre conforme al corazón de Dios. Aparentemente, muchos de los Salmos más significativos fueron escritos durante esos meses. Uno de mis favoritos, el *Salmo 34*, fue escrito durante la época cuando David tuvo que actuar como loco por temor a un rey gentil. Ese es el salmo al que con más frecuencia me remito cuando lucho contra el desánimo. Lo que Saúl quería para mal, Dios lo quería para bien.

Satanás pensó que obteniendo el permiso de Dios para afligir a Job lograría por consiguiente, que éste maldijera a Dios. Pero lo único que logró fue ser un instrumento para producir en Job una relación más profunda y reverente con Dios.

A Satanás se le permitió afligir a Pablo con un aguijón en la carne para atormentarlo, porque probablemente, pensó que así anularía la efectividad de su ministerio. Por el contrario, sólo logró ponerlo en la circunstancia, que le enseñó por la práctica, la suficiencia de la gracia de Dios, y que Su fortaleza se hace perfecta en nuestra debilidad (*2ª Corintios 12:9*). Piense en cuántos miles de creyentes, a través de los siglos, han encontrado que la gracia de Dios es suficiente para ellos, meditando en las palabras de Dios a Pablo en esa época.

La sabiduría de Dios, entonces, es mayor que la de cualquiera de nuestros adversarios, ya sean otras personas o el mismo diablo. Por lo tanto, no deberíamos temer lo que intenten o tal vez logren hacernos. Dios está obrando tanto en esas cosas, como en las adversidades de enfermedad, muerte, problemas financieros y destrucciones de la naturaleza.

La sabiduría de Dios en los asuntos del mundo

Yendo más allá de nuestras circunstancias personales, también podemos decir que la infinita sabiduría de Dios, dirigiendo Su poder soberano, gobierna el mundo. Mirando a nuestro alrededor podríamos creer que gran parte del mundo está fuera del control de Dios y que mucho de lo que sucede no tiene sentido. ¿Por qué 109 niños se ahogan bajo un deslizamiento de lodo en el sur de Gales, o miles mueren de hambre en África Oriental? ¿Por qué las naciones, aparentemente más *malvadas*, prosperan tan frecuentemente en el plano de los asuntos mundiales? ¿Por qué los ricos se vuelven más ricos, y los pobres más pobres? Dado que vivimos en un mundo maldito por el pecado, todas estas cosas simplemente se le podrían atribuir al carácter pecaminoso del hombre.

Pero si aceptamos que Dios es soberano, como lo vimos en capítulos anteriores, entonces debemos concluir que tiene el control aun de estas tristes circunstancias, y que las dirige con Su infinita sabiduría a Su propósito determinado. No son sólo una diversidad de eventos incontrolados y sin relación. Por el contrario, todos forman parte del plan perfecto de Dios, que un día se revelará para Su gloria y el bien de Su iglesia. El profesor Berkouwer nos ayuda de nuevo cuando escribe:

Todas las facetas de la vida están comprendidas dentro del gobierno de Dios. La pluralidad de la vida está bajo una perspectiva, lo cual no quiere decir que exista una confusión de incontables y fragmentados eventos en los cuales la actividad se manifiesta. Existe un eje, un centro que unifica la diversidad de su actividad. La unidad incluye progreso de eventos desde su promesa en el momento de la caída hasta completar la formación de su pueblo santo.¹¹

Así como hemos aprendido a no preguntar por qué, o buscar explicaciones racionales, o pretender descubrir qué *bien* hay en nuestras adversidades, también debemos aprender a silenciar nuestros corazones con respecto al gobierno de Dios en el universo. Debemos llegar al punto donde podamos decir, en palabras de David: *Todo lo contrario: he calmado y aquietado mis ansias (Salmo 131:2)* en todas las tragedias que lleguen sobre la humanidad en todo el mundo.

John Flavel escribió:

Crea firmemente que el manejo de todos los asuntos de este mundo, públicos o privados, está en las manos del sabio absoluto Dios... Sométase a su sabiduría, y no confíe en su propio entendimiento... Cuando Melancthon se sentía oprimido por las preocupaciones y dudas acerca de los asuntos angustiosos de la iglesia de su tiempo, Lutero lo reprendía por su desánimo... no pretendas ser el gobernante del mundo, más bien deja las riendas del gobierno en las manos del que lo hizo y sabe mejor cómo gobernarlo.¹²

Esto no significa que debamos ser indiferentes e insensibles al gran dolor que hay en todo el mundo. Debemos orar por las víctimas de tragedias y, cuando tengamos la oportunidad, responder tangiblemente al alivio de sus sufrimientos. Pero podemos ser compasivos sin cuestionar a Dios acerca de Su gobierno sobre el mundo.

Cuestionar la sabiduría de Dios, además de ser un acto irreverente, también debilita el espíritu. No sólo deshonramos Su gloria sino que también nos privamos de la tranquilidad y paz que llega con el sólo hecho de confiar en Él sin exigir una explicación. Una confianza en Dios sin reservas aun cuando no comprendamos lo que está sucediendo o por qué, es el único camino a la paz, alivio y gozo. Dios quiere que lo honremos confiando en Él, pero también desea que experimentemos la paz y el gozo que vienen como resultado de esa confianza.

Investigando sobre el tema de la sabiduría de Dios entre los maestros de siglos anteriores, encontré el siguiente párrafo, que tan hermosamente resume todo lo que he intentado decir al respecto. Lo transcribo sin ningún comentario adicional, esperando que éste lo anime, como lo ha hecho conmigo, para confiar en Dios en todas las circunstancias, privadas o públicas, y para creer que Él está obrando en todas las cosas para nuestro bien y Su gloria.

Debería llenarnos de gozo el saber que La Sabiduría Infinita guía los asuntos del mundo donde muchos de sus eventos están cubiertos de oscuridad y misterio, y a veces parece reinar una intrincada confusión. Con frecuencia la maldad prevalece y Dios parece haber olvidado las criaturas que creó. Nuestro camino a través de la vida es oscuro, tortuoso y rodeado de dificultades y peligros. Cuán llena de consuelo es la doctrina que enseña que esa Sabiduría Infinita dirige cada evento, trae orden de entre la confusión y luz de entre la oscuridad y, a aquellos que aman a Dios, hace que todas las cosas, ya sea el aspecto presente o la tendencia aparente, trabajen juntas para bien.¹³



Conocer el amor de Dios

¿Quién nos apartará del amor de Cristo? ¿La tribulación, o la angustia, la persecución, el hambre, la indigencia, el peligro, o la violencia? Así está escrito: “Por tu causa siempre nos llevan a la muerte; ¡nos tratan como a ovejas para el matadero!”

*Sin embargo, en todo esto somos más que vencedores
por medio de aquel que nos amó.*

Romanos 8:35, 37

Un amigo mío que dedica gran parte del tiempo a animar a otros, estaba confundido por las luchas espirituales de uno de sus hijos, y desesperado clamó: “Dios, pienso que estoy haciendo un mejor trabajo cuidando de tus hijos que el que tú estás haciendo con el mío”. Un día él me comentó: “Tan pronto dije eso, me arrepentí ante el Señor”. No obstante, su frustrante experiencia ilustra un aspecto: muchos de nosotros somos tentados, de vez en cuando, a cuestionar el amor de Dios.

Me identifico con mi amigo, pues una vez, cuando una de nuestras hijas estaba atravesando por una serie de experiencias difíciles, dije: “Señor, no trataría a mi hija en la forma como Tú la estás tratando”.

También tuve que arrepentirme de mis palabras insolentes y buscar en las Escrituras la promesa sobre el amor de Dios que es tan real en los momentos de adversidad como en los de bendición.

Parece que cuanto más creemos y aceptamos la soberanía de Dios en cada evento de nuestra vida, más somos tentados a cuestionar su amor, y a pensar: *Si Dios tiene el control de esta dificultad y puede hacer algo al respecto, ¿por qué no lo hace?* El rabino Kushner prefirió creer en un Dios que es bueno pero no soberano. En algunas ocasiones, ojalá momentáneamente, también nosotros somos tentados a creer en un Dios soberano que no es bueno. Satanás, cuyo primer acto hacia el hombre fue cuestionar la bondad de Dios, plantará en nuestras mentes el pensamiento de que Dios en el cielo está burlándose de nuestra aflicción.

Pero no estamos obligados a escoger entre la soberanía y la bondad de Dios. La Biblia afirma ambos atributos con igual énfasis, ya que casi en todos los pasajes de la Escritura aparecen referencias a Su bondad y misericordia, así como a Su soberanía. En nuestra lucha contra la adversidad, no nos atrevemos a difamar la bondad de Dios. Como Philip Hughes dijo: *Creer que Él no se interesa es tan inconcebible como creer que no puede.*¹

El apóstol Juan dijo: *Dios es amor (1ª Juan 4:8)*. Esta frase sucinta, junto con su paralela *Dios es luz (1ª Juan 1:5; es decir, Dios es santo)*, resume el carácter esencial de Dios como se nos reveló en las Escrituras. Así como a Dios le es imposible por naturaleza ser algo menos que perfectamente santo, también le es imposible ser algo menos que perfectamente bueno.²

Puesto que Dios es amor, una parte esencial de Su naturaleza es hacer bien y mostrar misericordia a Sus criaturas. El *Salmo 145* habla de Su *inmensa bondad, de ser clemente y misericordioso, de ser bueno para con todos, y de tener misericordia sobre todas sus obras (vv. 7–9, 17)*. Incluso en su papel de juez de los hombres

rebeldes, Él declara: *No quiero la muerte del impío (Ezequiel 18:23 RV60).*

Cuando nos encontramos en medio de la adversidad, como frecuentemente suele suceder, una calamidad tras otra parece seguirnos, y somos tentados a dudar del amor de Dios. No sólo luchamos contra nuestras propias dudas, sino que Satanás aprovecha esas situaciones para susurrarnos acusaciones contra Dios, como: *Si Él te amara, no hubiera permitido que esto sucediera.* Mi propia experiencia indica que Satanás nos ataca mucho más en el área del amor de Dios, que en la de Su soberanía o sabiduría.

No podemos evitar ser tentados, pero si vamos a honrar a Dios confiando en Él, no debemos permitir que tales pensamientos se alojen en nuestras mentes. Como Philip Hughes dice nuevamente: *Cuestionar la bondad de Dios es, en esencia, sugerir que el hombre se preocupa más por la bondad que Dios... insinuar que el hombre es más bondadoso que Dios es arruinar... la propia naturaleza de Él... Es negarlo y este es justamente el empujón a la tentación de cuestionar Su bondad.*³

Volvamos a los dos incidentes relatados al principio del capítulo. En ambos casos mi amigo y yo dudamos de la bondad de Dios. Hicimos justamente aquello contra lo que Philip Hughes advirtió. Aunque sólo momentáneamente, le dijimos a Dios que estábamos más preocupados acerca del amor hacia nuestros hijos de lo que Él lo estaba y que éramos más bondadosos que Él. En nuestros momentos de sensatez estas deducciones son inconcebibles, pero en una prolongada adversidad, podemos empezar a abrugarlas.

Incluso el virtuoso Job, quien al principio de sus calamidades podía decir:

El Señor ha dado; el Señor ha quitado. ¡Bendito sea el nombre del Señor! (Job 1:21), finalmente, llegó al punto en que también cuestionó la bondad de Dios, y dijo: *Soy inocente, pero Dios se*

niega a hacerme justicia y ¡Y nos alega que ningún provecho saca el hombre tratando de agradar a Dios! (Job 34:5,9).

Si Dios es perfecto en Su amor y abundante en Su bondad, ¿cómo combatir nuestras dudas y las tentaciones de Satanás para cuestionar Su bondad? ¿Qué verdades acerca de Dios necesitamos albergar en nuestros corazones para usarlas como armas contra la tentación de dudar de Su amor?

El amor de Dios en el Calvario

No hay duda de que la prueba más convincente del amor de Dios en toda la Escritura es la entrega de su Hijo para que muriera por nuestros pecados.

Así manifestó Dios su amor entre nosotros: en que envió a su Hijo unigénito al mundo para que vivamos por medio de él.

En esto consiste el amor: no en que nosotros hayamos amado a Dios, sino en que él nos amó y envió a su Hijo para que fuera ofrecido como sacrificio por el perdón de nuestros pecados.

(1ª Juan 4:9–10)

Juan dijo que Dios es amor, y así lo mostró, enviando a Su Hijo a morir por nosotros. Nuestra mayor urgencia no es librarnos de la adversidad, pues todas las dificultades que puedan ocurrir en esta vida no pueden, en ninguna forma, compararse con la total calamidad de la separación eterna de Dios. Jesús dijo que ningún bienestar terrenal se puede comparar con el gozo eterno de que nuestros nombres están escritos en el cielo (*Lucas 10:20*). De forma similar, ninguna adversidad se puede equiparar con la terrible calamidad del juicio eterno de Dios en el infierno.

Por lo tanto, cuando Juan dijo que Dios mostró Su amor al enviar a Su Hijo, estaba diciendo que lo mostró al suplir nuestra mayor necesidad, la cual es tan grande que ninguna otra puede siquiera comparársele de cerca. Si queremos una prueba del amor de Dios por nosotros, entonces debemos mirar primero a la cruz donde ofreció a Su Hijo en sacrificio por nuestros pecados. El Calvario es la prueba concreta, absoluta e irrefutable del amor de Dios por nosotros.

El alcance del amor de Dios en el Calvario se observa en el costo infinito de entregar a Su Hijo unigénito y en la condición desdichada y miserable de aquellos que amaba. Dios no podía librarnos de nuestros pecados sin un costo inmensurable para Él y Su Hijo. Y por Su gran amor hacia nosotros, ambos quisieron, más que sólo por buena voluntad, pagar ese alto costo, al dar el Padre a Su Hijo unigénito, y el Hijo al entregar Su vida por nosotros. Una de las características esenciales del amor es el sacrificio propio, y éste nos fue demostrado hasta el máximo en el amor de Dios en el Calvario.

Considere también la condición miserable y desdichada de aquellos que Dios amaba. Pablo dijo: *Pero Dios demuestra su amor por nosotros en esto: en que cuando todavía éramos pecadores, Cristo murió por nosotros (Romanos 5:8)*. Algunas veces es difícil, para quienes hemos sido educados en hogares cristianos o moralmente rectos, apreciar el peso de la afirmación de Pablo *cuando todavía éramos pecadores*. Ya que éramos personas generalmente rectas, y moralmente decentes a los ojos de nuestra sociedad y de nosotros mismos, es difícil vernos como Dios nos vio, como infelices, miserables y rebeldes pecadores.

Pero Pablo nos describe como muertos en nuestras transgresiones y pecados (*Efesios 2:1*). La visión de Ezequiel de Israel como un valle de huesos secos (*Ezequiel 37*), sería una descripción adecuada de todos nosotros antes de nuestra salvación. Una

vez un amigo y yo, estábamos maravillados de la conversión de uno de los criminales de cuello blanco más notables de nuestro tiempo. Le dije a mi amigo *¿qué... y antes de nuestra salvación no estábamos tan muertos espiritualmente como él?* Sin importar qué tan rectos éramos moralmente antes de ser salvos, aparecíamos ante Dios como la casa de Israel, nada más que un montón de huesos muy secos.

En *Efesios 2*, Pablo continúa con su descripción de nuestra condición desdichada. Dice que seguimos la corriente de este mundo (*v. 2*), es decir, de la sociedad impía que nos rodea. No sólo eso sino que también seguimos al diablo, a quien Pablo llama el que gobierna las tinieblas. Tal vez no era por una elección consciente y deliberada que seguíamos al diablo, sino porque estábamos bajo su potestad y dominio (ver *Hechos 26:18, Colosenses 1:13*). En realidad éramos siervos del principal enemigo de Dios. Además, Pablo dice que: *En ese tiempo también todos nosotros vivíamos como ellos, impulsados por nuestros deseos pecaminosos, siguiendo nuestra propia voluntad y nuestros propósitos (v. 3)*. Vivíamos para nosotros mismos, para nuestras ambiciones, deseos y placeres.

Pablo continúa, entonces, con su descripción de nosotros antes de ser salvos y concluye con la afirmación de que por naturaleza éramos objeto de la ira de Dios. No debemos olvidar el hecho de que la ira de Dios es muy real y justificada. Todos hemos pecado continuamente contra un Dios santo y justo; nos hemos rebelado voluntariamente contra Sus mandatos, desafiado Su ley moral y actuado en total oposición a Su voluntad conocida para nosotros. Debido a estas acciones éramos objeto de Su ira.

Tal vez se pregunte por qué, en un capítulo sobre el amor de Dios en la adversidad, aparentemente he divagado sobre nuestra condición pecadora. Lo he hecho por dos razones: Primera, debemos reconocer la profundidad del amor de Dios, no sólo al

dar a Su Hijo unigénito, sino al entregarlo para que muriera por personas tales como Pablo nos ha descrito.

Pero he tratado este punto por otra razón. Cuando empezamos a cuestionar el amor de Dios, necesitamos recordar quiénes somos. No tenemos ningún derecho a Su amor, y no merecemos ni un poquito de Su bondad. Una vez escuché a un orador que decía: *Cualquier cosa a este lado del infierno es pura gracia*. No sé de nada que corte tan rápidamente la actitud desafiante de *¿por qué me sucedió esto a mí?* como darnos cuenta de quiénes somos en realidad ante Dios, considerados en nosotros mismos, separados de Cristo.

Vemos entonces, que Dios nos amó cuando no lo merecíamos, cuando no había nada en nosotros que justificara Su amor.

Cada vez que nos sintamos inclinados a dudar del amor de Dios por nosotros, debemos volvernos a la cruz, razonando de esta forma: Si Dios me amó tanto como para entregar a Jesús a la muerte cuando yo era Su enemigo, puedo tener la certeza de que me ama lo suficiente como para cuidarme ahora que soy Su hijo. Habiéndome amado hasta el punto máximo de la cruz, no puede dejar de amarme en mis momentos de adversidad. Después de dar ese invaluable regalo, Su Hijo, seguramente también dará todo lo que sea consistente con Su gloria y mi bien.

Observe que dije: Debemos razonar. Si vamos a confiar en Dios en la adversidad, tenemos que usar nuestras mentes en esos momentos para razonar sobre las grandes verdades de Su soberanía, sabiduría y amor como se nos revelan en las Escrituras. No podemos permitir que nuestras emociones dominen nuestras mentes. Más bien debemos buscar que la verdad de Dios las gobierne. Nuestras emociones deben convertirse en subalternos de la verdad. Esto no quiere decir que no sintamos el dolor de la adversidad y la aflicción. Lo sentimos profundamente. Tampoco significa que debemos esconder nuestro dolor emocional tras una

actitud estoica. Sentimos el sufrimiento en la dificultad, pero no debemos permitirle hacernos caer en pensamientos duros hacia Dios.

Puede parecer frío e incluso no espiritual, tratar de razonar acerca de las verdades del amor de Dios en circunstancias de angustia, dolor y desilusión. Pero no lo es. Pablo, en uno de los pasajes más exaltados de la Escritura, usó una forma de razonar, una reflexión de mayor a menor, cuando dijo: *El que no escatimó ni a su propio Hijo, sino que lo entregó por todos nosotros, ¿cómo no habrá de darnos generosamente, junto con él, todas las cosas? (Romanos 8:32)*. Pablo argumentó que si Dios nos amó tanto como para ofrecernos el regalo más grande que jamás se puede concebir, con seguridad no nos negará ninguna bendición menor.

Para afianzar esta verdad en una forma más aplicable a nuestro tema actual pensemos: Si el amor de Dios fue suficiente para mi mayor necesidad, la salvación eterna, con seguridad lo es para mis necesidades más pequeñas, las adversidades que encuentro en esta vida. Si vamos a llegar a la misma convicción sincera de Pablo, que ninguna adversidad nos puede separar del amor de Dios, tenemos que utilizar nuestras mentes para discurrir sobre estas grandes verdades de la Escritura como Pablo lo hizo.

El amor de la familia de Dios

Por la gracia de Dios al haber confiado en Cristo como nuestro salvador, como creyentes, hemos sido puestos en la familia de Dios. Él ha pactado ser nuestro Dios, y que nosotros seamos Su pueblo (*Hebreos 8:10*). A través de Cristo nos ha adoptado como Sus hijos y nos ha enviado Su Espíritu Santo para que viva dentro de cada uno y testifique con nuestro espíritu que somos Sus hijos. El Espíritu Santo nos da testimonio de esta relación filial que tenemos con Dios cuando hace que clamemos en nuestros corazones: *Abba, Padre* (*Romanos 8:15–16*). Se dice que en la casa de los israelitas, los esclavos no podían emplear la palabra *Abba* para dirigirse al jefe de familia, ya que ésta era reservada para los hijos. Por lo tanto, el uso que Pablo le da nos hace entender cuán profundamente nos asegura el Espíritu que en realidad somos hijos del supremo Dios, ahora nuestro Padre celestial.

Como Padre celestial, Dios ama a Sus hijos, con un amor muy especial; un amor paternal. Nos llama... *escogidos de Dios, santos y amados* (*Colosenses 3:12*, énfasis del autor). Tan increíble como pueda parecer *Se deleitará en ti con gozo, te renovará con su amor, se alegrará por ti con cantos* (*Sofonías 3:17*). Él se goza en nosotros como un padre lo hace con sus hijos. Como Matthew Henry observó cuando comentó sobre *Sofonías 3:17*: *El gran Dios no sólo ama a Sus santos, sino que se deleita en amarlos*. Dios se regocija en amarnos porque somos de Su exclusiva propiedad.

En el *Salmo 103:11* David habla del amor paternal de Dios en esta forma: *Tan grande es su amor por los que le temen como alto es el cielo sobre la tierra*. En el capítulo anterior vimos que los caminos de Dios están por encima de los nuestros, como los cielos están por encima de la tierra. Aquí notamos que el amor de Dios por los suyos es tan alto como los cielos por encima de la tierra. Por lo tanto, así como la sabiduría de Dios, o la altura

de los cielos, no se puede medir, tampoco lo podemos hacer con el amor de Dios por nosotros. Este es perfecto no sólo en su efecto, sino infinito en su extensión. Ninguna calamidad que nos sobrevenga, por grande que sea, nos va a llevar más allá del límite del amor paternal de Dios.

El amor de Dios en Cristo

Este amor de Dios sublime y sin medida es derramado sobre nosotros, no por quienes somos o por lo que somos, sino porque estamos en Cristo Jesús. Observe que en *Romanos 8:39* Pablo dice que: *(Nada) podrá apartarnos del amor que Dios nos ha manifestado en Cristo Jesús nuestro Señor.* El amor de Dios fluye en nosotros completamente a través de, o en Jesucristo. Pablo usa con frecuencia el término en Cristo para referirse a nuestra unión, espiritualmente vital con Jesucristo. Jesús habla de esta misma unión en Su parábola de la vid y los pámpanos en *Juan 15*. Así como los pámpanos están vitalmente unidos a la vid para dar vida, los creyentes, en un sentido espiritual, lo están a Cristo. Como las partes del cuerpo están vitalmente unidas a la cabeza, en la misma forma, estamos espiritualmente relacionados con Cristo.

Es muy importante que nos apropiemos del concepto crucial de que el amor de Dios para nosotros está en Cristo. Así como el amor de Dios por Su Hijo no puede cambiar, tampoco Su amor para nosotros, porque estamos unidos con Aquel a quien Él ama. El amor de Dios para nosotros no puede fluctuar así como el amor por Su hijo no fluctúa.

Constantemente somos tentados a examinar nuestro interior para encontrar alguna razón por la cual Dios debería amarnos. Por supuesto, con frecuencia esa búsqueda es desalentadora. Generalmente, encontramos dentro de nosotros, razones por las

cuales pensamos que Dios no nos debería amar. Esta búsqueda es anti bíblica, pues la Biblia es muy clara en afirmar que Dios no busca dentro de nosotros una razón para amarnos, sino que nos ama porque estamos en Jesucristo. Cuando nos mira, no nos ve como hijos de Dios *solos*, resplandeciendo en nuestras buenas obras, aunque sean buenas porque somos creyentes. Por el contrario, cuando nos mira, nos ve unidos a Su Hijo amado, investidos de Su rectitud. Nos ama, no porque seamos encantadores en nosotros mismos, sino porque estamos en Cristo.

Aquí tenemos entonces otra arma de verdad que deberíamos guardar en nuestros corazones para usarla contra nuestras dudas y la tentación de cuestionar el amor de Dios por nosotros. El amor de Dios por nosotros no puede fallar como no falla su amor por Cristo. Debemos aprender a ver nuestras adversidades desde el punto de vista de nuestra unión con Cristo. Dios no nos trata como a individuos *que permanecen libres*, sino individualmente, pero como individuos unidos a Cristo.

El amor soberano de Dios

En capítulos anteriores vimos ampliamente la soberanía de Dios sobre todo Su universo, la cual se ejerce principalmente para Su gloria. Pero, puesto que usted y yo estamos en Jesucristo, Su gloria y nuestro bien están enlazados, y cualquier cosa que sea para nuestro bien es para Su gloria.

Por tanto, con la garantía de la Escritura, podemos decir que Dios ejerce Su soberanía a nuestro favor. Pablo dice en *Efesios 1:22–23*: *Dios sometió todas las cosas al dominio de Cristo, y lo dio como cabeza de todo a la iglesia. Ésta, que es su cuerpo, es la plenitud de aquel que lo llena todo por completo.* Así pues, Cristo reina sobre todo el universo para beneficio de Su cuerpo, la Iglesia.

Ya hemos visto que la soberanía de Dios es absoluta sobre los más imponentes poderes terrenales o espirituales, y penetra en los más mundanos e insignificantes detalles de la vida. Ahora vemos en *Efesios 1:22–23* que este poder es ejercido por Cristo para beneficio de Su cuerpo que es la Iglesia.

Puesto que la Iglesia es Su cuerpo, Cristo ejerce Su soberanía en Su beneficio. Dicho en palabras del comentarista del Nuevo Testamento William Hendriksen: *Puesto que Él está tan íntima e indisolublemente unido y la ama con tan profundo, ilimitado e inalterable amor. Cristo está usando Su poder para el gobierno del universo. Y continúa diciendo: La cercanía de la unión, el insondable carácter del amor entre Cristo y Su Iglesia se enfatizan en el simbolismo cabeza–cuerpo. Puesto que la Iglesia es el cuerpo de Cristo, con la cual está vitalmente unido, la ama tanto que en Su interés ejerce Su infinito poder haciendo que todo el universo con todo lo que está en él coopere, sea voluntaria o involuntariamente.*⁴

Podemos ver que nuestra unión con Cristo garantiza que el poder soberano de Dios sea ejercido a nuestro favor. Por supuesto, no significa que, debido a nuestra unión con Cristo, no debemos esperar ninguna adversidad. Las Escrituras enseñan con claridad exactamente lo contrario. Lo que significa, es que esas adversidades están siendo controladas por Dios y usadas por Él, sólo en la forma en que Su sabiduría y amor lo dictan.

Esta idea de la soberanía de Dios unida con Su amor por el beneficio de Su pueblo se expresa en otro símbolo, el pastor y sus ovejas, en *Isaías 40*. En los *versículos 10–11*, el profeta dice:

Miren, el Señor omnipotente llega con poder, y con su brazo gobierna. Su galardón lo acompaña; su recompensa lo precede. Como un pastor que cuida su rebaño, recoge los corderos en sus brazos; los lleva junto a su pecho, y guía con cuidado a las recién paridas.

La relación, en este pasaje acerca del poder soberano de Dios y Su bondadoso cuidado por Su rebaño, es sorprendente. El brazo del Señor en la Escritura siempre es un símbolo de Su gran poder y fortaleza; y el título Pastor, cuando se le da a Dios, generalmente indica Su tierno cuidado y constante vigilancia.

En este pasaje, el dominio absoluto de Dios y Su tierno cuidado se unen para el beneficio de Su pueblo. El mismo brazo que es levantado con poder sobre todo el universo, es usado para reunir Sus ovejas y llevarlas junto a Su corazón. Ningún símbolo es más apropiado para mostrar el amor de Dios que el del fiel y tierno pastor acercando Sus corderos a Su corazón. Y es así como nosotros también somos llevados en brazos del poder soberano.

Alexander Carson dijo: *La soberanía de Dios siempre se manifiesta a su pueblo en sabiduría y amor. Esa es la diferencia entre la soberanía de Dios y la soberanía del hombre. Tememos a la del hombre, porque no tenemos seguridad de que sea ejercida con misericordia o incluso con justicia. Nos regocijamos en la soberanía de Dios, porque estamos seguros de que siempre es ejercida para el bien de su pueblo.*⁵ Esta es la diferencia entre la soberanía de Dios y la del hombre.

El profesor Berkouwer dijo: *La providencia de Dios no es sólo cuestión de invencibilidad y poder divinos, sino de invencibilidad y poder de su amor.* Él también dijo: *Este es el consuelo, que permanecemos a disposición de un Padre celestial misericordioso a quien con confianza nos podemos entregar. Él hace un pacto eterno de gracia con nosotros y nos adopta como Sus hijos y herederos. Por lo tanto, nos proveerá todas las cosas buenas, y alejará todo mal o lo tornará para nuestro bien.*⁶

El salmista dijo: *En mi corazón atesoro tus dichos, para no pecar contra ti (Salmo 119:11).* Murmurar contra Dios y cuestionar Su bondad es de hecho pecado. Deberíamos trabajar tan diligentemente en confiar en el amor de Dios como lo hacemos en obedecer Sus mandatos.

Conocer el amor de Dios

Si vamos a confiar en Su amor, debemos guardar en nuestros corazones las grandes verdades que hemos visto en este capítulo como son:

El amor de Dios en el Calvario, nuestra unión con Cristo y la soberanía del amor de Dios ejercida en nuestro beneficio.

El amor de Dios es una verdad objetiva que no se puede contradecir, pero es una realidad que debemos guardar en nuestras mentes y corazones. Luego tenemos que usarla en medio de la adversidad para controlar nuestras dudas, combatir las acusaciones de Satanás y glorificar a Dios confiando en Él.



Experimentando el amor de Dios

*Pues estoy convencido de que ni la muerte ni la vida,
ni los ángeles ni los demonios, ni lo presente ni lo por venir,
ni los poderes, ni lo alto ni lo profundo, ni cosa alguna en
toda la creación, podrá apartarnos del amor que Dios nos
ha manifestado en Cristo Jesús nuestro Señor.*

Romanos 8: 38–39

En el capítulo anterior decíamos que el amor de Dios es soberano; que Su poderoso brazo es también un brazo tierno. Pero parece que con mucha frecuencia no vemos o sentimos Su amor supremo ejercido en nuestro beneficio. De pronto, nos encontramos envueltos en toda clase de calamidades, y nos consideramos como las víctimas del *destino cruel de la naturaleza*, de las injusticias de otras personas, y de adversidades que ocurren sin ninguna causa racional.

Es en momentos así que debemos tomar por fe nuestra actitud de seguridad en el amor de Dios que nos enseñan las Escrituras. No podemos evadir uno de los principios básicos de la vida cristiana: *Vivimos por fe, no por vista (2ª Corintios 5:7)*.

Ciertamente, nuestra fe con frecuencia titubea y, así como por momentos cuestionamos la sabiduría de Dios, momentáneamente lo hacemos con Su bondad y amor. Seremos como David cuando dijo: *En mi confusión llegué a decir: “¿He sido arrojado de tu presencia!” (Salmo 31:22)*. Con frecuencia esa es nuestra primera reacción cuando llega la adversidad, nos sentimos cortados de la presencia del Señor, de Su amor y de Su tierno cuidado.

Pero también debemos aprender a decir con David: *Pero tú oíste mi voz suplicante cuando te pedí que me ayudaras (Salmo 31:22)*. Dios no puede abandonarnos porque somos Sus hijos, en unión bendita con Su Hijo. No podemos ser cortados de Su vista. Pero podemos serlo de la seguridad de Su amor cuando permitimos que la duda y la incredulidad encuentren fundamento en nuestros corazones.

Isaías habla del pueblo de Dios (llamado Sión) cuestionando el amor de Dios: *Pero Sión dijo: “El Señor me ha abandonado; el Señor se ha olvidado de mí” (Isaías 49:14)*. Sin embargo la respuesta de Dios a las dudas de Su pueblo es enérgica: *“¿Puede una madre olvidar a su niño de pecho, y dejar de amar al hijo que ha dado a luz? Aun cuando ella lo olvidara, ¡yo no te olvidaré!” (v. 15)*. Para ilustrar Su amor por nosotros, Dios usa la unión más estrecha posible, el bebé lactando del pecho de su madre. Pero ni la ilustración más fuerte del amor humano es suficiente para demostrar el amor de Dios por Sus hijos, puesto que desafortunadamente es posible que una madre descuide a su bebé. Las madres son pecadoras, y a veces sus intereses egoístas están por encima de su amor natural. El más grande amor humano puede fallar, pero el amor de Dios no. Edward J. Young

dice acerca de este pasaje: *Dios no sólo no olvidará, sino que no puede olvidar. Esta es una de las más fuertes, si no la más sólida, expresión del amor de Dios en el Antiguo Testamento.* Luego, Young cita a Calvino: *En una palabra, aquí el profeta nos describe el inconcebible cuidado con el que Dios protege incesantemente nuestra salvación, que podemos estar completamente convencidos de que nunca nos abandonará, aunque podemos ser afligidos por grandes y numerosas calamidades.*¹

En Lamentaciones 3, el autor del libro, tradicionalmente atribuido a Jeremías, personifica la nación de Judá después de ser destruida por el ejército de Babilonia. Si alguien pudo haberse sentido separado de la presencia de Dios fue esta nación, justamente por su maldad e idolatría. Pero el autor no sólo personifica a la nación, pues da la impresión de que él personalmente siente la separación de Dios. No se sabe si sólo está empleando un instrumento literario o permitiendo que sus sentimientos afloren.

Cualquiera que en alguna oportunidad se haya sentido cortado de la presencia de Dios, y olvidado por Él, puede meditar con gran sentimiento la miseria que él describe en *Lamentaciones 3:1–20*. La sección termina con esta afirmación:

*Recuerda que ando errante y afligido, que me embargan
la hiel y la amargura. Siempre tengo esto presente,
y por eso me deprimó. (Lamentaciones 3:19–20)*

El escritor ha llegado al fondo del barril, emocional y espiritualmente. Pero luego el ánimo cambia por completo, y en el *versículo 21* dice: *Pero algo más me viene a la memoria, lo cual me llena de esperanza.* Luego sigue uno de los pasajes más grandes de toda la Biblia, que ha traído esperanza y aliento a innumerables creyentes a través de los siglos:

El gran amor del Señor nunca se acaba, y su compasión jamás se agota. Cada mañana se renuevan sus bondades; ¡muy grande es su fidelidad! (Lamentaciones 3:22–23)

¿Cuál fue la causa de este cambio tan drástico en el corazón del escritor? Se volvió de las circunstancias del momento al Señor. No estaba separado de Dios. Ni siquiera la nación, en la profundidad de su pecado fue separada del amor de Dios, quien la disciplinó con severidad, pero no dejó de amarla. Nosotros también, si hablamos de la gran fidelidad de Dios, debemos quitar la mirada de nuestras circunstancias y mirar al Señor para ver los acontecimientos a través de Su amor, y no como estamos acostumbrados a hacerlo, viendo Su amor, a través de las circunstancias. ¿Cómo se volvió el escritor al Señor? Reflexionando sobre el amor, la compasión y fidelidad de Dios. Eso es lo que nosotros también debemos hacer, y es la razón por la cual tenemos que guardar en nuestros corazones algunos de estos grandes pasajes sobre Su amor, y tenerlos listos para emplearlos cuando la adversidad nos golpee, o la desconfianza y tentaciones de incredulidad surjan en nuestro corazón.

El amor de Dios en la disciplina

La seguridad de la Biblia en cuanto a la soberanía y constancia del amor de Dios no implica que no debamos esperar la adversidad. Por el contrario, el autor de Hebreos nos asegura que la disciplina, en forma de adversidad, es una prueba de Su amor. *Y ya han olvidado por completo las palabras de aliento que como a hijos se les dirige: “Hijo mío, no tomes a la ligera la disciplina del Señor ni te desanimes cuando te reprenda, porque el Señor disciplina a los que ama, y azota a todo el que recibe como hijo” (Hebreos 12:5–6)*. Equivocadamente buscamos señales del amor de Dios en la felicidad, pero más bien deberíamos buscarlas en Su obra fiel y constante para conformarnos según Cristo.

Como Philip Hughes ha observado: *La disciplina es el distintivo, no de un padre severo y sin corazón, sino de un padre que está profunda y amorosamente intranquilo por el bienestar de sus hijos.*²

El autor de Hebreos acepta que la disciplina divina es dolorosa, y de hecho su propósito es serlo; pues no lo cumpliría si no lo fuera. Pero Dios en Su infinita sabiduría y perfecto amor nunca nos disciplinará en exceso, y jamás permitirá ninguna adversidad en nuestras vidas que no sea, finalmente para nuestro bien. Podemos tener la certeza de que no sufrimos innecesariamente. Como *Lamentaciones 3:33* declara: *El Señor nos hiere y nos aflige, pero no porque sea de su agrado.* Dios nos disciplina con renuencia aunque lo hace fielmente. No se complace en nuestras adversidades, pero no desaprovecha lo que necesitamos para crecer más y más a imagen de Su Hijo. Nuestra condición espiritual pecaminosa hace que la corrección sea necesaria.

No estamos diciendo que cada adversidad que ocurra en nuestras vidas esté relacionada con algún pecado específico que hayamos cometido. El aspecto con el que Dios trata en nuestras vidas no es tanto, lo que hacemos, sino lo que somos. Todos tendemos a menospreciar el carácter pecaminoso que hay en nuestros corazones. No vemos hasta dónde llegan el orgullo, la autoconfianza, las ambiciones egoístas, la terquedad, la autojustificación, falta de amor y desconfianza en Dios, que Él sí ve. Pero la adversidad hace salir a la superficie estas disposiciones pecaminosas, tal como el fuego refinador saca las impurezas del oro fundido.

No siempre podemos discernir qué provecho espiritual específico trae a nuestras vidas una adversidad en particular. Con frecuencia, observamos a Dios tratando alguna necesidad obvia pero es posible que no veamos todo lo que está haciendo en

nosotros. Sin embargo, Él obra a través de nuestras dificultades, haciendo en nosotros lo que le agrada (*Hebreos 13:21*).

Me referí brevemente a *Romanos 8:28* en un capítulo anterior, y señalé que el *bien* del que habla Pablo se define en el *versículo 29* como ser conformado a la imagen del Hijo de Dios. Pero ahora analicemos detalladamente el *versículo 28*, que dice: *Ahora bien, sabemos que Dios dispone todas las cosas para el bien de quienes lo aman*. Muchas de las *cosas* que Pablo tiene en mente, son malas en sí mismas. No hay nada esencialmente bueno en defectos de nacimiento, calamidades naturales y muchas de las adversidades que podemos encontrar. Y cuando alguien hace algo malo contra nosotros, ciertamente no hay bien inherente en ello. Pero en la infinita sabiduría y amor de Dios, Él toma todos los eventos de nuestras vidas, tanto buenos como malos, y los combina para que trabajen en últimas para nuestro bien; el bien que Él se ha propuesto.

Mientras crecía en Texas, disfrutaba las galletas de leche y mantequilla que mi madre preparaba para el desayuno cada mañana. Pero no había un solo ingrediente que hubiera saboreado por sí solo. Es más, después de ser mezclados no me hubiera interesado por la masa. Únicamente después de ser mezclados en la proporción correcta por las hábiles manos de mi madre, y puestas en el horno estaban listas para disfrutarlas en el desayuno.

Las *cosas* de *Romanos 8:28*, son como los ingredientes de la masa de las galletas. Solos no son apetitosos, los evitamos, y por supuesto nos retiramos del calor del horno. Pero cuando Dios, en Su infinita sabiduría, los ha mezclado y cocinado apropiadamente en el horno de la adversidad, un día diremos: Es bueno.

Ya que analizamos la disciplina a través de la adversidad, debemos ser cuidadosos en no igualar cierta cantidad de ella con un grado de pecado en nuestra vida o la de otra persona. Algunas de las personas más conformadas a Cristo que he conocido parecen experimentar la peor adversidad. Podemos mirar a Job para observar esta realidad en la Biblia. Dios mismo dijo de él: *No hay en la tierra nadie como él; es un hombre recto e intachable, que me honra y vive apartado del mal (Job 1:8)*. Sin embargo, no conozco a nadie, excepto al Señor Jesucristo, que alguna vez haya vivido toda la calamidad que Job sufrió.

Uno de mis amigos ha descrito el tema del libro de Job como, *Dios haciendo a un hombre bueno, mejor*. Así pues, si usted cree que experimenta más de su *justo compartir* de la adversidad, no permita que una aparente relación entre el sufrimiento y el pecado lo desanime. Dios puede tener en mente algo más que la disciplina correctiva. Por ejemplo, parece haber poca duda cuando los hermanos de José necesitaban mucha más disciplina correctiva que él, y sin embargo, ninguno de ellos sufrió tanto como él.

La misericordia del amor de Dios

Una expresión que se emplea muy a menudo en los Salmos, es el inagotable amor de Dios. Por ejemplo, el *Salmo 32:10* dice: *pero el gran amor del Señor envuelve a los que en él confían*. Piense en lo que eso significa. El amor de Dios no puede fallar. Es permanente, inmutable y fijo. En todas las adversidades por las que pasemos, el amor de Dios es inagotable. Como nos dice la Escritura en *Isaías 54:10*: *Aunque cambien de lugar las montañas y se tambaleen las colinas, no cambiará mi fiel amor por ti ni vacilará mi pacto de paz, —dice el Señor, que de ti se compadece—*. Puesto que Su amor no puede fallar, El sólo permitirá en nuestras vidas el dolor y la angustia que al final sea para nuestro bien.

Incluso la aflicción que Dios traiga a nuestras vidas es menguada por su compasión, pues, *Nos hace sufrir, pero también nos compadece, porque es muy grande su amor (Lamentaciones 3:32)*. Aquí la promesa es que Dios mostrará compasión. No basta con decir que es compasivo, sino que mostrará compasión. Es decir, inclusive el fuego de la aflicción será mitigado por Su bondad, la cual nace de Su amor inagotable. Nuestras aflicciones siempre están acompañadas por la misericordia y el consuelo de Dios.

Pablo experimentó la compasión de Dios en medio de su dolor. Para evitar el orgullo en su vida, Dios le dio un aguijón en la carne. No sabemos cuál era el aguijón, pero sí sabemos que era una gran aflicción, ya que en tres oportunidades pidió al Señor que se lo quitara, pero Él le dijo no, y por el contrario, le contestó: *Te basta con mi gracia, pues mi poder se perfecciona en la debilidad (2ª Corintios 12:9)*.

El Señor trajo dolor a la vida de Pablo para su bien, pero también mostró compasión dándole gracia, en este caso, fortaleza divina, para soportar el dolor, y no dejó que Pablo sufriera solo el aguijón en la carne. En su compasión, proveyó los recursos divinos para pasar las pruebas, por lo cual, Pablo se regocijó al final en su aflicción, porque por medio de ella experimentó el poder sobrecogedor de Dios.

Pablo recibió gracia cuando la necesitó, pues Dios no nos da toda la fortaleza divina que nos hace falta para la vida cristiana el día que confiamos en Cristo. Más bien, en las Escrituras David habla de la bondad de Dios, la cual está reservada sólo para los que le temen (*Salmo 31:19*). Así como debemos guardar (el significado de *atesorar* en el *Salmo 119:11*) la Palabra de Dios en nuestros corazones para un momento de tentación, de igual forma el Señor reserva bondad o gracia para nuestras situaciones de adversidad. No la recibimos antes de necesitarla, pero nunca la recibimos demasiado tarde.

Pienso en un médico cuyo hijo nació con un defecto congénito, que lo hizo andar cojo toda su vida. Le pregunté al padre cómo se sentía cuando él, que había dedicado su vida a tratar las enfermedades de otras personas, se veía impotente ante la condición de su hijo. Me respondió que su mayor conflicto fue la tentación de reducir los siguientes veinte años de la vida de su hijo a ese primer momento cuando supo de su condición. Visto de esta forma, la adversidad era abrumadora. Dios no da veinte años de gracia hoy; por el contrario, la da día a día. Como dice el himno: *Día en día, Cristo está conmigo, me consuela en medio del dolor pues confiando en su poder eterno, no me afano ni me da temor.*³

La presencia de Dios con nosotros

El amor de Dios es inagotable, Su gracia siempre es suficiente. Pero todavía hay más buenas nuevas. Él está con nosotros en nuestra adversidad, y no envía simplemente la gracia del cielo para que podamos soportar las pruebas, sino que Él mismo viene a darnos auxilio, y nos dice: *No temas... —afirma el Señor—, porque yo mismo te ayudaré (Isaías 41:14).*

En *Isaías 43:2*, Dios dice: *Cuando cruces las aguas, yo estaré contigo; cuando cruces los ríos, no te cubrirán sus aguas; cuando camines por el fuego, no te quemarás ni te abrasarán las llamas.* Dios promete específicamente estar con nosotros en nuestras penas y angustias. Él no nos protegerá de las aguas del dolor y los fuegos de la adversidad, sino que los atravesará con nosotros.

Aun cuando las aguas y los fuegos sean los que Dios ha traído a nuestras vidas, Él las cruza con nosotros. La mayoría de las promesas de Su gracia de estar con nosotros, fueron dadas primero a la nación de Judá en tiempos de decadencia espiritual. Él, por medio de Sus profetas estuvo advirtiendo

constantemente al pueblo del juicio venidero y aún en medio de estas advertencias, encontramos las increíbles promesas de estar con ellos. Dios juzgó la nación, pero nunca la abandonó, pues incluso en Sus juicios, Él permanecía con ella. Como dijo el profeta Isaías: *de todas sus angustias. Él mismo los salvó (Isaías 63:9)*.

Por lo tanto, sin importar la naturaleza o causa de nuestras adversidades, Dios nos acompaña a través de ellas, y dice: *no temas, porque yo estoy contigo; no te angusties, porque yo soy tu Dios. Te fortaleceré y te ayudaré; te sostendré con mi diestra victoriosa (Isaías 41:10)*. Es frecuente que en medio de nuestras dificultades experimentemos la más bella manifestación de Su amor. Como dijo Pablo en *2ª Corintios 1:5: Pues así como participamos abundantemente en los sufrimientos de Cristo, así también por medio de él tenemos abundante consuelo*.

Cristo se identifica con nosotros en nuestras angustias. Cuando confrontó a Saulo en el camino a Damasco, le dijo: —*Saulo, Saulo, ¿por qué me persigues? —¿Quién eres, Señor? —preguntó. —Yo soy Jesús, a quien tú persigues —le contestó la voz— (Hechos 9:4–5)*. Puesto que Su pueblo estaba en unión con Él, perseguirlo era perseguirlo a Él. Esta verdad no es diferente hoy; usted está en unión con Cristo, tan cierto como que lo estaban los discípulos del libro de Hechos. Y puesto que usted está identificado con Cristo, Él comparte sus adversidades.

En cualquier forma que veamos nuestras adversidades, observamos que la gracia de Dios es suficiente y Su amor apropiado. Nada puede separarnos de él. Pablo dijo: *Ni lo alto, ni lo profundo, ni ninguna otra cosa creada nos podrá separar del amor de Dios, que es en Cristo Jesús Señor nuestro”(Romanos 8:39)*.

El amor inagotable de Dios por nosotros es un hecho concreto afirmado una y otra vez en las Escrituras. Es cierto, creámoslo o no. Nuestras dudas no destruyen Su amor ni nuestra fe lo crea. Éste se origina en la naturaleza de Él, quien es amor, y fluye en nosotros por nuestra unión con Su Hijo amado.

Pero la experiencia de ese amor y el alivio que nos da dependen de si creemos la verdad del amor de Dios como se nos revela en las Escrituras. Las dudas acerca de Su amor, que permitimos se queden en nuestro corazón, seguramente nos privarán del alivio de experimentar la tranquilidad de Su amor. El comentarista escocés del siglo XIX John Brown, tiene un aporte útil sobre esta verdad. Él dijo:

La única forma como “los sufrimientos del tiempo presente” pueden interponerse entre el cristiano, el amor de Dios y Cristo, es cuando cede ante una tentación o se sumerge bajo ellos en incredulidad. Luego viene una nube entre él y la luz del semblante de su Padre. Pero la nube no es la aflicción, sino el pecado; y es un acuerdo misericordioso que sea así. El deseo de comodidad le dice que algo está mal.⁴

Es cierto que dependemos del Espíritu Santo para que nos capacite para confiar en el amor de Dios, debemos hacerlo para que nos ayude a obedecer Sus mandatos. Pero así como somos responsables de obedecer sabiendo que Él está obrando en nosotros, también lo somos de confiar en Él con la misma actitud de dependencia y confianza. Muchas veces, en nuestra desesperación, podemos obrar como lo hizo un hombre ante Jesús cuando clamó y dijo: — ¡Sí creo! — *Exclamó de inmediato el padre del muchacho— . ¡Ayúdame en mi poca fe! (Marcos 9:24).*

En momentos de aflicción lucharemos con dudas acerca del amor de Dios. Si nunca tuviéramos que hacerlo, nuestra fe no crecería. Pero debemos comprometernos a luchar contra ellas; no podemos permitirles que nos abrumen. Durante épocas aparentemente intolerables, podemos sentirnos como David, quien en un momento de gran desesperación dijo:

¿Hasta cuándo, Señor, me seguirás olvidando?

¿Hasta cuándo esconderás de mí tu rostro?

(Salmo 13:1)

David tenía sus dudas y luchó con ellas. En efecto, en el siguiente versículo continúa su enfrentamiento cuando pregunta: *¿Hasta cuándo he de estar angustiado y he de sufrir cada día en mi corazón?* El sintió que Dios, al menos por un tiempo, lo había abandonado. Pero, por el poder capacitador de Dios, ganó su lucha, venció sus dudas y luego pudo decir:

Pero yo confío en tu gran amor;

mi corazón se alegra en tu salvación.

Canto salmos al Señor. ¡El Señor ha sido bueno conmigo!

(Salmo 13:5-6)

Usted y yo, al igual que David, debemos luchar con nuestros pensamientos. Con la ayuda de Dios nosotros también llegaremos al punto, aun en medio de las adversidades, en que podremos decir: *Confío en tu inagotable amor.*



Confiar en Dios, quien es la razón de su existencia

*Tú creaste mis entrañas; me formaste en el vientre
de mi madre. Tus ojos vieron mi cuerpo en gestación:
todo estaba ya escrito en tu libro; todos mis días se estaban
diseñando, aunque no existía uno solo de ellos.*

Salmo 139:13,16

Todavía puedo recordar cuando trataba de jugar béisbol en la escuela primaria. No podía ni batear ni agarrar bien, porque no sabía precisar dónde estaba la bola o calcular qué tan rápido venía. Hasta después de muchos años, supe que mi incapacidad para jugar béisbol se debía a mi visión monocular, es decir, a la habilidad de centrar un sólo ojo a la vez. La profunda percepción, que es lo normal en la mayoría de las personas, se basa en la visión binocular, que es la habilidad de centrar los dos ojos para producir un efecto estereoscópico o tridimensional.

He tenido este problema toda mi vida, o por lo menos, desde la infancia. Aún hoy, siento recelo cada vez que voy a renovar la licencia de conducción, y me pregunto si el evaluador no la renovará porque no puedo pasar la parte de percepción profunda del examen de ojos. No puedo jugar tenis, y no me atrevería a pisar una cancha de ráquetbol por temor a ser golpeado en la cara con la bola.

Pero cuando era joven no entendía por qué no podía jugar béisbol con los otros chicos, y sólo sabía que experimentaba pena y rechazo por no ser como ellos. Por supuesto, gran número de personas sufren defectos físicos o mentales mucho peores que el mío; pero sean mayores o menores, con frecuencia estos impedimentos causan aflicción y, más adelante, dificultad de auto aceptación como adulto. Cuando nos convertimos a Cristo, podemos empezar a trabajar con Dios para superar los obstáculos y limitaciones que tenemos.

Otras personas que no tienen incapacidades luchan con problemas de apariencia física: sus orejas son muy grandes, su nariz muy larga, o su cuerpo en alguna forma, no tiene las proporciones normales. Incluso otras tienen dificultades con su temperamento o rasgos emocionales. Algunos luchan con los irremediables factores medioambientales y hereditarios sobre los cuales no tienen dominio.

Cualquiera que sea la dificultad, muchas personas luchan para aceptarse tal como son. Para ellas, la vida es una permanente adversidad, no por las situaciones externas, sino por lo que son. Su mayor necesidad al confiar en Dios puede ser *confiar en Dios por quien soy*. Para aquellos que tengan esta necesidad, el *Salmo 139:13–16* tiene algunas cosas muy importantes y útiles.

Dios me hizo como soy

El *Salmo 139:13–16* nos enseña que somos lo que somos, porque Dios mismo nos creó así, –no por un proceso impersonal biológico. Observe en el *versículo 13* que David le dice a Dios: *Tú creaste mis entrañas; me formaste en el vientre de mi madre.* Muestra a Dios como un maestro tejedor trabajando en el vientre de nuestra madre, creándonos tan directamente como creó a Adán del polvo de la tierra.

Obviamente, David estaba consciente del proceso biológico que Dios empleó para traerlo a este mundo, y no lo rechazaba. Por el contrario, nos enseña que Dios controla ese proceso biológico de tal forma, que está directamente involucrado en formar a cada uno de nosotros como la persona que quiere que seamos.

La primera parte del *versículo 13* dice: *Tú creaste mis entrañas.* La palabra hebrea que se tradujo al español como *entrañas* significa literalmente los riñones, una palabra usada por los israelitas para simbolizar el lugar de las ansias y los deseos. La Biblia de Estudio de la Nueva Versión Internacional dice que la palabra se empleaba en hebreo para indicar el *centro de las emociones y la sensibilidad moral.* Entonces, David, está diciendo esencialmente: *Tú creaste mi personalidad.* Dios no sólo formó el cuerpo de David, sino que también definió su personalidad. Él fue quien fue, porque Dios lo creó de esta forma física, mental y emocional. Y así como estuvo directamente involucrado en la creación de David, también lo estuvo en la creación de usted y de mí.

El reverendo James Hufstetler lo expresó muy bien cuando dijo: Usted es el resultado de la atenta, cuidadosa, solícita, íntima, detallada y creativa obra de Dios. Su personalidad, sexo, estatura y rasgos, son lo que son porque Dios los hizo precisamente en esa forma. Él lo hizo así porque así es que quiere que usted sea... Si Dios hubiera querido que usted fuera básica y creativamente diferente lo hubiera hecho distinto. Sus genes, cromosomas y

características de criatura, incluso la forma de su nariz y sus orejas, son así por el diseño de Dios.¹

El *Salmo 139:13* no es el único pasaje en la Biblia que habla de la creación directa de Dios en cada uno de nosotros. Job dijo: *Tú me hiciste con tus propias manos... tú me diste forma... Recuerda que tú me modelaste, como al barro... Fuiste tú quien me vistió de carne y piel, quien me tejió con huesos y tendones (Job 10:8–11)*. El escritor del *Salmo 119* dijo: *Con tus manos me creaste, me diste forma (v. 73)*. Y Dios le dijo a Jeremías: *Antes de formarte en el vientre, ya te había elegido (Jeremías 1:5)*.

La aplicación de esta verdad debería ser clara para nosotros. Si tengo dificultad en aceptarme como Dios me hizo, entonces, tengo una controversia con Él. Naturalmente, usted y yo necesitamos cambiar en la medida que nuestra naturaleza pecaminosa ha distorsionado lo que Dios ha hecho. Por lo tanto, no digo que tengamos que aceptarnos como somos, sino como Dios nos hizo física, mental y emocionalmente.

David, en lugar de atormentarse por la forma en que Dios lo hizo, dijo: *¡Te alabo porque soy una creación admirable! ¡Tus obras son maravillosas, y esto lo sé muy bien! (Salmo 139:14)*. David era un hombre: *Era buen mozo, trigueño y de buena presencia (1º Samuel 16:12)*. Entonces, podríamos decir: “Está bien para David alabar a Dios porque era bien parecido, atlético, diestro para la guerra, y un talentoso músico. Pero míreme a mí, soy muy común física y mentalmente”. De hecho, algunas personas piensan que ni siquiera se pueden considerar como comunes.

Comprendo a quienes se sienten así. Además de mi incapacidad para oír y ver, nunca he estado muy animado acerca de mi apariencia física. Pero Dios no le dio a Su propio Hijo rasgos atractivos en su cuerpo humano. Isaías dijo de Jesús: *No había en él belleza ni majestad alguna; su aspecto no era atractivo y nada en su apariencia lo hacía deseable (Isaías 53:2)*. El retrato del barbudo

y apuesto Jesús que con frecuencia vemos no tiene respaldo en la Escritura; Jesús, en el mejor de los casos, evidentemente no fue descrito en su apariencia física, y eso nunca le molestó, ni interfirió en ninguna forma para hacer la voluntad de Su Padre.

David alababa a Dios, no porque era apuesto, sino porque Él lo creó. Necesitamos hacer énfasis en ese pensamiento. El Dios eterno que es infinito en sabiduría y perfecto en amor, personalmente nos hizo a usted y a mí. Le dio el cuerpo, las habilidades mentales y la personalidad básica que tiene porque así es como quería que usted fuera. Y quería que sucediera exactamente así, porque lo ama y desea glorificarse por medio de usted.

Este es el fundamento del creyente para aceptarse a sí mismo. Usted y yo somos quienes somos porque Dios soberana y directamente nos creó así. La auto aceptación es, esencialmente, confiar en Dios por lo que soy, con las incapacidades, deficiencias físicas y demás. Debemos aprender a pensar como George MacDonald, quien dijo: *Prefiero ser lo que Dios quiso hacerme, que la criatura más gloriosa que pueda imaginar; porque por haber sido pensado, nacido en el pensamiento de Dios y luego hecho por Él, soy lo más hermoso, sobresaliente y valioso en todo el pensamiento.*²

Si tenemos impedimentos, defectos físicos o incapacidades mentales, es porque Dios en Su sabiduría y amor nos creó de esa forma. Tal vez no comprendamos por qué Dios escogió hacerlo así, pero allí es donde nuestra confianza en Él debe empezar. En un capítulo anterior, observamos que Dios se atribuye la responsabilidad por los defectos físicos.

Le dijo a Moisés: —¿Y quién le puso la boca al hombre?— Le respondió el Señor—. ¿Acaso no soy yo, el Señor, quien lo hace sordo o mudo, quien le da la vista o se la quita? (Éxodo 4:11).

En realidad esta verdad es difícil de aceptar, especialmente si usted o algún ser querido tienen tal inconveniente. Pero Jesús también reafirmó la mano de Dios en los impedimentos. Cuando los discípulos le preguntaron por qué cierto hombre había nacido ciego, Él contestó: *esto sucedió para que la obra de Dios se hiciera evidente en su vida (Juan 9:3)*. Piense en lo que Jesús dijo. Un hombre nació ciego y vivió así hasta ser adulto, para que la obra de Dios se pudiera manifestar en su vida. Eso parece injusto, ¿no es así? ¿Por qué ese hombre tenía que sufrir de ceguera durante todos esos años, sólo para estar disponible y proclamar la obra de Dios en un día determinado? ¿La gloria de Dios merece que un hombre nazca ciego?

Cuando se formulan estas preguntas acerca de un personaje de la Biblia que vivió hace 2.000 años parecen torpes e irreverentes. Seguramente, todos estaríamos de acuerdo en que la gloria de Dios es tan importante que amerita que un hombre nazca ciego. Pero, ¿y qué de nuestras inhabilidades o impedimentos físicos? ¿La gloria de Dios también es merecedora de éstos? ¿Estamos dispuestos a entregarle a Dios nuestras limitaciones físicas, nuestras dificultades de aprendizaje e incluso las de apariencia? Para decir: *Padre, tú eres digno de esta enfermedad en mi vida. Creo que me creaste así porque me amas y quieres glorificarte a través de mí. Confiaré en ti por lo que soy.*

Este es el camino a la auto aceptación, aprender a confiar en Dios por lo que soy. Sin embargo, al hacer esto, permanentemente debemos creer que el Dios que nos creó como somos, es el Dios que es suficientemente sabio para saber lo que es mejor para nosotros, y nos ama tanto como para hacer que Sus planes se cumplan. En realidad, algunas veces lucharemos con nosotros mismos. A diferencia de incidentes específicos de adversidad, nuestros impedimentos y debilidades siempre están con nosotros.

Confianza en Dios aunque la vida duela

Entonces, tenemos que aprender a confiar en Dios en esta área continuamente, y por lo tanto, a decir como David: *Tú creaste mis entrañas; me formaste en el vientre de mi madre.*

James Hufstetler de nuevo nos es útil cuando dice: *En realidad usted nunca disfrutará de otras personas, no tendrá emociones estables, nunca llevará una vida de alegría santa, jamás vencerá los celos y amará a otros como es su deber, hasta que le agradezca a Dios por haberlo hecho como es.*³

Así como agradecemos a Dios por lo que somos, también debemos agradecerle por las habilidades y características positivas que tenemos. Todas éstas sean físicas, mentales, de personalidad, talentos, etc., nos las concedió Dios. Las palabras de Pablo a los Corintios se adaptan a todos nosotros: *¿Quién te distingue de los demás? ¿Qué tienes que no hayas recibido? (1ª Corintios 4:7).* Todos recibimos de Dios cada habilidad, entrenamiento, riquezas, posición, rango o influencia para usarla para Su gloria. Ya sea una habilidad o un impedimento, aprendamos a recibirlo de Dios, dándole gracias y tratando de usarlo para Su gloria.

Confiar en Dios por lo que soy

Dios nos creó en el vientre de nuestra madre exactamente como Él quería que fuéramos, cumpliendo así Su plan para nosotros. Él no actúa por capricho o impulso sino de acuerdo con Su propósito eterno, y tuvo una razón para crearnos a cada uno como lo hizo. El *Salmo 139:16* se debe tomar junto con los *versículos 13–15*: *todo estaba ya escrito en tu libro; todos mis días se estaban diseñando, aunque no existía uno solo de ellos.*

Existen dos posibles significados para este versículo. El primero es el período de vida de David, por ejemplo: el número de días que viviría, fue divinamente ordenado por Dios, en realidad, esta es una verdad anunciada en otras partes en la Escritura, pues

él dijo en el *Salmo 31:15*: *Mi vida entera está en tus manos. Job dijo: Los días del hombre ya están determinados; tú has decretado los meses de su vida; le has puesto límites que no puede rebasar (Job 14:5). Y Pablo dijo: De un solo hombre hizo todas las naciones para que habitaran toda la tierra; y determinó los períodos de su historia y las fronteras de sus territorios (Hechos 17:26). Dios no sólo nos creó como quería que fuéramos, sino que también determina soberanamente cuánto tiempo viviremos. Esta es una verdad maravillosa. Igual que los de David, nuestros tiempos están en Sus manos. Como dice un himno: Hasta que Él lo ordene, yo no puedo morir.*

Pero es probable que David en este pasaje tuviera en mente el otro significado. Es decir, que todas las experiencias de su vida, día a día, fueron escritas en el libro de Dios aun antes de que naciera. Esto no sólo se refiere al conocimiento previo de Dios de lo que sucederá en nuestras vidas, sino a Su plan para ellas. Este sentido encaja mejor con la idea de los *versículos 13–15*. Dios nos creó a cada uno de manera singular para cumplir el plan para el cual Él nos destinó. Todas nuestras incapacidades, y habilidades, encajan en este plan. ¿Lo creó con un impedimento congénito del habla? Lo hizo así porque ese obstáculo particular encaja en la vida que Él ha planeado para usted. El propósito de Dios para su vida, y su creación fueron consistentes. Él lo equipó para cumplir Su propósito en usted.

Alguien dijo acertadamente, que una de las más alentadoras verdades es que Dios tiene un plan especial para cada uno de nosotros al enviarnos a este mundo. Este propósito abarca no sólo la creación original de cada uno, sino también el ambiente familiar y social en el que nacimos. Incluye también, todas las dificultades de la vida, todos los acontecimientos aparentemente del azar o la casualidad, y todos los cambios repentinos o inesperados de los sucesos, tanto *buenos* como *malos* que ocurren en nuestras vidas. Todas estas situaciones y circunstancias, aunque

nos parezcan fortuitas, fueron escritas en el libro de Dios antes de que sucedieran.

Sin embargo, el plan de Dios abarca más que simplemente los eventos o circunstancias que nos ocurren. También comprende lo que Él quiere que seamos y hagamos. Las Escrituras revelan que Dios coloca a cada creyente en el Cuerpo de Cristo como Él quiere. Él soberanamente determina nuestras respectivas funciones en el Cuerpo y nos da los dones espirituales correspondientes que nos ayudan a realizarlas (*Romanos 12:4–6; 1ª Corintios 12:7–11*). Además, nuestros dones espirituales generalmente son coherentes con las habilidades físicas y mentales, lo mismo que con el temperamento con el cual Dios nos creó.

Dios no nos mira el día que aceptamos a Cristo y dice: *Veamos, ¿qué dones espirituales le daremos?* No, Él ha planeado nuestros días incluso antes de que lleguen a ser. Él dijo a Jeremías: *Antes de formarte en el vientre, ya te había elegido; antes de que nacieras, ya te había apartado; te había nombrado profeta para las naciones (Jeremías 1:5)*. Y Pablo habla de su llamado apostólico de esta manera: *Sin embargo, Dios me había apartado desde el vientre de mi madre y me llamó por su gracia (Gálatas 1:15)*.

Los versículos 13 a 16 del Salmo 139 se deben tomar como una unidad. Dios creó nuestro ser y nos formó en el vientre de nuestra madre para que pudiéramos estar equipados para cumplir el plan que Él estableció para nosotros aun antes de que naciéramos. ¿Quién es usted? No es un accidente biológico. ¿Qué es usted? No es un accidente circunstancial; Dios lo planeó.

Así como debemos confiar en Dios por quienes somos, también debemos hacerlo por lo que somos, ya sea ingenieros, misioneros, constructores o enfermeros. Si hay un área de la vida en la que se aplica el dicho *la hierba siempre es más verde en el patio del vecino*, es en la del llamado vocacional y una posición en la vida. Alguien ha estimado que casi el ochenta por ciento de la fuerza de trabajo

está inconforme con la labor que realiza. En muchos de nosotros se debe al rechazo a ser lo que Dios planeó que fuéramos.

Aunque yo estudié ingeniería en la universidad, pronto abandoné esa carrera porque pensé que Dios quería que fuera misionero en el extranjero, pero nunca lo permitió, y en lugar de eso, me convertí en administrador de una organización misionera. Al principio, pensé en la administración como un intervalo hacia el campo misionero, pero un día tuve que enfrentar el hecho de que Dios me había dado la capacidad y el temperamento para ejercerla y que seguramente eso era lo que me había llamado a hacer. De nuevo me sentí como un administrador renuente a la administración, uno que preferiría estar en el llamado *ministerio*. Pero me di cuenta de que tener esos pensamientos, era rehusarme a aceptar el plan de Dios para mí, y tuve que admitir que Él me creó en cierta forma, para cumplir el plan que había destinado antes de que yo naciera.

Dios me llamó para ser administrador en las misiones en lugar de ser misionero. Muchas personas no son ninguna de las dos cosas. Dios es el Dios de la sociedad y de la Iglesia, y Él determina el curso de nuestras vidas tanto en la una como en la otra. Él fijó los días para los plomeros tanto como para los pastores.

Estos pensamientos deberían dar sentido a muchas de las vocaciones rutinarias, ya que ninguna de ellas debería ser considerada como tal si Dios la ha señalado para nosotros. J. R. Miller lo expresó así: *El asunto de lo pequeño o lo grande no cabe aquí. Haber sido ideado y luego hecho por las manos de Dios para ocupar algún lugar, es suficiente gloria para la vida más magnífica y destacada. Y el lugar más destacado que una persona pueda alcanzar en la vida es aquel para el cual fue diseñada.*⁴

Esto no es para negar que el trabajo, junto con todos los otros aspectos de la creación, esté bajo la maldición del pecado. Las palabras de Dios a Adán: *Te ganarás el pan con el sudor de tu*

frente (*Génesis 3:19*), se deben tomar en su sentido más amplio para indicar la laboriosidad y frecuente ineficacia que acompaña cualquier trabajo. Convertirnos no quita esa maldición de nuestros respectivos trabajos, pero sí nos debería dar una perspectiva nueva de ellos. Debemos empezar a verlos no como un mal necesario, a través del cual comemos el pan diario, sino como el sitio en el cual Dios nos ha colocado para servirle a través de la sociedad.

Pablo escribió a los esclavos de la iglesia de Colosas: *Hagan lo que hagan, trabajen de buena gana, como para el Señor y no como para nadie en este mundo (Colosenses 3:23)*. Indudablemente a muchos de esos esclavos creyentes les fueron asignadas tareas molestas y aburridoras. Algunos, probablemente, tenían trabajos muy inferiores a sus habilidades o entrenamiento, pero trabajaban con entusiasmo porque lo hacían para el Señor. Estaban ejecutando las tareas que habían sido asignadas para ellos antes de que nacieran.

El hecho de que Dios fijara nuestros tiempos, también debería dar significado a todos los días, no sólo a los especiales o impresionantes de nuestra existencia. Cada día es importante para nosotros porque es ordenado por Dios. Si estamos aburridos con la vida, algo está mal con nuestro concepto de Dios y Su dominio en nuestra vida diaria. Incluso el día más aburrido y tedioso es ordenado por Dios, y debemos usarlo para glorificarle.

Ser conscientes de que Dios ha programado nuestros días no nos debe llevar a una aceptación fatalista del nivel de vida. Si tenemos oportunidad de mejorar nuestra situación en una forma que honre al Señor, lo debemos hacer. Incluso a los esclavos Pablo les escribió: *¿Eras esclavo cuando fuiste llamado? No te preocupes, aunque si tienes la oportunidad de conseguir tu libertad, aprovéchala (1ª Corintios 7:21)*. Pero justo antes de escribir esa afirmación: *¿Fuiste llamado siendo esclavo? No te dé cuidado. Debe existir en nuestras vidas un balance entre los esfuerzos piadosos para*

mejorar nuestra situación y la aceptación piadosa de aquellas situaciones que no podemos cambiar.

Para la mayoría de nosotros, hay muchos detalles aparentemente adversos en nuestras vidas, que no serán cambiados a pesar de nuestros esfuerzos y oraciones, pues simplemente son parte del plan de Dios para nosotros. En estas ocasiones, necesitamos tomar ánimo de las palabras de Dios a los israelitas cautivos en Babilonia, cuando dijo en *Jeremías 29:11*:

*Porque yo sé muy bien los planes que tengo para ustedes
—afirma el Señor—, planes de bienestar y no de calamidad,
a fin de darles un futuro y una esperanza.*

Aunque estas palabras fueron dadas por Dios a un grupo específico de personas, los cautivos, revelaban el corazón de Dios para todos Sus hijos. Así como planeó sólo lo bueno para los cautivos, también planea sólo lo bueno para usted y para mí. El plan que Dios ordenó para usted, y escribió en Su libro aun antes de que naciera es agradable. Es para beneficiarlo y no para dañarlo. Fácilmente me doy cuenta de que hay muchos aspectos de Su voluntad para todos nosotros que parecen ser dañinos, y calculados para quitarnos la esperanza. Pero aquí, de nuevo, somos llamados a caminar por fe, a confiar en Dios frente a estas adversidades que no acabarán.

Confianza en la guía de Dios

Ser conscientes de que Dios ha destinado nuestros días, nos lleva lógicamente a decir: *¿Puedo confiar en Dios para que me guíe en ese plan? ¿Qué sucederá si me equivoco y pierdo el camino? Al responder esas preguntas, encuentro útil distinguir entre la guía de Dios y lo que ha llegado a llamarse “encontrar la voluntad de Dios.*

David dijo de Dios: *en verdes pastos me hace descansar. Junto a tranquilas aguas me conduce; me infunde nuevas fuerzas. Me guía por sendas de justicia por amor a su nombre (Salmo 23:2–3, énfasis del autor).* El cuadro es de un pastor guiando a sus ovejas. La iniciativa es del pastor. Él es quien señala los lugares de agua de reposo y guía al rebaño como cree que es mejor. Como nuestro pastor, Dios se ha comprometido a guiarnos en los caminos que Él sabe que son los mejores para nosotros. Guía nuestras vidas soberanamente, para que vivamos en las experiencias diarias, todos los días destinados para nosotros.

El tema de descubrir la voluntad de Dios de una forma particular (o como algunos prefieren plantearla, tomando decisiones sabias) es diferente, aunque tenga alguna relación, generalmente se refiere a una encrucijada. Sobre este tema se ha escrito mucho y hay opiniones variadas. Aquí no pretendemos entrar en esa discusión.

Lo que quiero es dirigir nuestra atención hacia la iniciativa de Dios y Su fidelidad al dirigirnos, para que logremos realizar el plan que Él ha ordenado para nosotros. Pensamos mucho en nuestra responsabilidad para descubrir la voluntad de Dios en una eventualidad o para tomar determinaciones acertadas en las circunstancias que se nos presentan en la vida; pero el énfasis bíblico parece ser que Dios nos guía.

Considere el libro de los Hechos, donde la única referencia a los discípulos tratando de conocer la voluntad de Dios sucede en la escogencia de Matías para reemplazar a Judas. Desde ese punto en adelante es un relato de Dios guiando a Su pueblo. En *Hechos 16*, por ejemplo, Pablo y sus compañeros estaban avanzando en su viaje misionero en una ruta normal. Sin embargo, fueron detenidos dos veces por el Espíritu Santo, y luego, como consecuencia de la visión de Pablo, dedujeron que Dios los estaba llamando a Macedonia. Al ir avanzando, el Espíritu los guiaba, deteniéndolos en dos lugares y llevándolos a otro. El relato no nos cuenta cómo los guiaba, simplemente dice que lo hacía.

Dios tenía un propósito para Pablo y su equipo que era más específico que el de la Gran Comisión de hacer discípulos de todas las naciones. Las provincias de Asia y Bitinia a las que Dios evitó que entraran estaban tan necesitadas como Macedonia. Pero el plan de Dios era que Pablo llevara el evangelio a Macedonia y después a toda la península griega. Dios no permitió que él buscara su voluntad. Por el contrario, a medida que avanzaba, Él tomaba la iniciativa de guiarlo.

Dios tiene un plan para cada uno de nosotros. Él nos ha concedido diferentes dones, habilidades y temperamentos, y nos ha puesto a cada uno de nosotros en el Cuerpo de Cristo según Su voluntad. Ponernos en el Cuerpo, obviamente indica mucho más que dejarnos la elección a nosotros. Significa ponernos efectivamente allí. Incluye todas las circunstancias providenciales que se nos aplican para asegurar que encontremos nuestro lugar correcto, y cumplir las funciones que nos ha dado para que realicemos.

Tenemos la responsabilidad de tomar decisiones sabias o descubrir la voluntad de Dios, cualquiera que sea el término que usemos. Pero el plan de Dios para nosotros no depende de nuestras decisiones, pues éste es soberano, y como tal incluye tanto nuestras decisiones necias como las sabias.

Confianza en Dios aunque la vida duela

Para la mayoría de nosotros, muchas de las decisiones cruciales son tomadas antes de que tengamos suficiente sabiduría espiritual para que sean sabias. Cuando estudiaba en la universidad, me entrevistaron y me ofrecieron un trabajo que se haría efectivo al terminar el servicio militar. En esa época no sabía nada acerca de la voluntad de Dios o de tomar decisiones espirituales sabias. Sin embargo, por alguna razón, no acepté el trabajo. Mirando atrás, ahora puedo ver que Dios me estaba guiando, manteniéndome disponible para Su posterior llamado al ministerio en la organización Los Navegantes.

Los medios de Dios para guiarnos son ilimitados. Al mirar mis treinta y nueve años de vida cristiana, me sorprende de las abundantes y variadas formas por las cuales Dios me ha orientado. Me inclino a decir con David: *¡Cuán preciosos, oh Dios, me son tus pensamientos! ¡Cuán inmensa es la suma de ellos! (Salmo 139:17)*. Dios obra guiando todos los detalles de mi vida.

Como muchos cristianos, he luchado con la elección correcta en algunas *encrucijadas* con las que nos enfrentamos de vez en cuando. Si he tomado algunas decisiones incorrectas, no sé, pero Dios en Su soberanía me ha dirigido fielmente en Sus caminos a través de las correctas y las incorrectas. Estoy donde estoy hoy, no porque siempre haya tomado determinaciones sabias o descubierto acertadamente la voluntad de Dios en circunstancias particulares, sino porque Él fielmente me ha dirigido y guiado a lo largo del camino de Su voluntad para mí.

La dirección de Dios casi siempre va paso a paso; Él no nos muestra el plan de nuestra vida de una vez. A veces la ansiedad de saber la voluntad de Dios, viene del deseo de *mirar por encima de su hombro* para ver cuál es Su plan. Lo que necesitamos hacer es aprender a confiar en que Él nos guía.

Por supuesto, esto no significa que pongamos la mente en blanco y esperemos que Dios nos dirija en una forma misteriosa lejos del pensamiento asiduo y devoto de nuestra parte. Significa, como lo ha dicho el doctor James Packer que: *Dios nos hizo seres pensantes, y guía nuestras mentes mientras decidimos las cosas en Su presencia.*⁵

Creo que el doctor Packer lo ha expresado muy bien: Dios guía nuestras mentes mientras pensamos. Pero la realidad importante para este estudio es que Dios sí guía. Él no juega con nosotros, ni mira desde el cielo nuestras luchas para conocer Su voluntad y dice: *Espero que tomes la decisión correcta.* Por el contrario, en Su tiempo y a Su manera, nos guiará en el camino que tiene para nosotros.

Hace muchos años Fanny J. Crosby escribió estas palabras, que son muy útiles en este tema de la confianza en Dios para su guía:

Cristo es guía de mi vida, ya no hay nada que temer; nunca puedo yo dudarle, pues me sabe defender; paz, consuelo y vida eterna por la fe yo tengo en Él, y con Él ya nada temo porque Cristo es guía fiel. Cristo es guía de mi vida, libre estoy de todo afán; en las pruebas me da gracia, es de mi alma el vivo pan.

Si de sed estoy sufriendo, si mi paso lento va, Él prepara fuente viva que mi ser refrescará. Cristo es Guía de mi vida, ¡oh qué plenitud de amor! en su hogar celeste ofrece dar descanso el Salvador. Cuando de este mundo parta, viviré con Él, yo sé: *Jesucristo fue mi guía, por los siglos cantaré.*

Podemos confiar en la dirección de Dios; Él nos guiará en todo. Y cuando estemos ante Su trono no estaremos cantando acerca de tener éxito en descubrir Su voluntad, sino que con Fanny Crosby también cantaremos: *Jesucristo fue mi guía.*⁶



Creciendo a través de la adversidad

Hermanos míos, considérense muy dichosos cuando tengan que enfrentarse con diversas pruebas, pues ya saben que la prueba de su fe produce constancia. Y la constancia debe llevar a feliz término la obra, para que sean perfectos e íntegros, sin que les falte nada.

Santiago 1:2–4

Uno de los muchos eventos que fascinan de la naturaleza, es la salida de la oruga *Cecropia* de su capullo, hecho que se hace realidad después de que ésta ha luchado mucho por salir. Muy a menudo se escucha la historia de alguien que observaba a una oruga en este esfuerzo y tratando de ayudarla, sin comprender lo necesario de esta lucha, rompió la cubierta del capullo. Pronto, la oruga salió con sus alas debilitadas y arrugadas. Sin embargo, el observador notó que las alas seguían débiles. La oruga, que en un momento las hubiera desplegado para volar, ahora estaba condenada a arrastrar su corta vida en la frustración de nunca ser la hermosa criatura que Dios había planeado.

Lo que la persona de la historia no entendió es que la lucha por salir del capullo era una parte esencial del desarrollo del sistema muscular del cuerpo de la oruga, al empujar los fluidos corporales hacia las alas ayudando a su expansión. Pero al tratar equivocadamente de acortar la lucha de la oruga, el observador, en realidad, la perjudicó, arruinando su existencia.

Las adversidades de la vida son muy similares al capullo de la oruga *Cecropia*, las cuales Dios utiliza para desarrollar el *sistema muscular* espiritual de nuestra existencia. Como lo dice Santiago en nuestro texto para este capítulo *pues ya saben que la prueba de su fe (a través de problemas de muchas clases) produce constancia* y la constancia nos lleva a la madurez del carácter.

Podemos estar seguros de que un hermoso carácter cristiano no se desarrollará en nuestras vidas sin la adversidad. Pensemos en esas virtudes que Pablo denomina el fruto del Espíritu en *Gálatas 5:22–23*. Las primeras cuatro virtudes que él enumera: Amor, gozo, paz y paciencia, sólo pueden desarrollarse en medio de la adversidad.

Creemos que practicamos el verdadero amor cristiano hasta que alguien nos ofende o nos trata injustamente, y entonces, empezamos a sentir rabia y resentimiento. Podemos deducir que hemos aprendido el auténtico gozo cristiano sólo cuando nuestras vidas se han hecho pedazos por una inesperada calamidad o una dolorosa desilusión. Las adversidades desequilibran nuestra paz y a menudo miden nuestra paciencia. Dios emplea estos conflictos para revelarnos la necesidad de crecer, de forma que nos acerquemos a Él para que nos cambie más y más a semejanza de Su Hijo.

Sin embargo, nos amedrentamos ante la adversidad y, utilizando los términos del ejemplo de la oruga, queremos que Dios rompa el capullo de la prueba, en el que con frecuencia nos encontramos, y nos libere. Pero como Dios tiene más sabiduría

y amor para la oruga que el que tuvo el mismo observador, así tiene más sabiduría y amor para nosotros que nosotros mismos. Él no nos apartará de la adversidad hasta que no hayamos sacado provecho de ella, y nos hayamos desarrollado de la forma en que Él lo deseaba, al permitir tales situaciones en nuestras vidas.

Tanto Pablo como Santiago hablan de regocijarnos en las tribulaciones (*Romanos 5:3-4, Santiago 1:2-4*). Si somos honestos, la mayoría de nosotros tiene dificultades con esa idea. ¿Soportar nuestros sufrimientos? Quizá. Pero, ¿regocijarnos en ellos? Eso parece una expectativa irracional, pues no somos masoquistas, no disfrutamos el dolor.

Pero tanto Pablo como Santiago dicen que deberíamos regocijarnos en nuestras pruebas debido a sus beneficiosos resultados. No es la adversidad en sí misma la que debe considerarse la razón de nuestro gozo. Más bien, es la esperanza de los resultados, el desarrollo de nuestro carácter, lo que nos debe producir gozo en la adversidad. Dios no nos pide que nos regocijemos por haber perdido nuestro trabajo o porque un ser amado sufra de cáncer o un hijo haya nacido con un defecto incurable. Pero sí nos pide que nos regocijemos sabiendo que Él tiene el control de tales situaciones, y que trabaja a través de ellas para que alcancemos nuestro bien final.

Se pretende que la vida cristiana sea de continuo crecimiento, y todos queremos progresar, pero a menudo nos resistimos al proceso. Esto se debe a que tendemos a centrarnos en los eventos mismos de la adversidad, en lugar de mirar con los ojos de la fe más allá de los hechos, hacia aquello que Dios está haciendo en nuestras vidas. De Jesús se dijo que *por el gozo que le esperaba, soportó la cruz, menospreciando la vergüenza que ella significaba, y ahora está sentado a la derecha del trono de Dios (Hebreos 12:2)*.

La muerte de Cristo en la cruz con su intensa agonía física, y extremo sufrimiento espiritual soportando la ira de Dios por nuestros pecados, fue la mayor calamidad que alguna vez haya caído sobre ser humano. Pero Jesús pudo ver, más allá del sufrimiento, la alegría que estaba ante Él y, como dice el autor de Hebreos, debemos fijar nuestros ojos en Él y seguir Su ejemplo, mirando más allá de nuestra adversidad para ver lo que Dios hace en nuestras vidas, y regocijarnos en la seguridad de que Él hace Su labor en nosotros para nuestro propio crecimiento.

Dios obra a través de la adversidad

Afortunadamente, Dios no nos pregunta cómo o cuándo queremos crecer. Él es el gran maestro que pone a prueba a sus discípulos cómo y cuándo Él lo considera mejor. Él es, en palabras de Jesús, el agricultor que poda las ramas de su viñedo. La vid saludable necesita de abono y poda, y a través de la Palabra de Dios somos alimentados (*Salmo 1:2-3*), pero por medio de la adversidad somos podados. Los idiomas griego y hebreo manifiestan disciplina y enseñanza con la misma palabra. Dios quiere que crezcamos a través de las disciplinas de la adversidad y de la instrucción de su Palabra. El salmista une adversidad y enseñanza en el proceso de entrenamiento de Dios cuando dice: *Dichoso aquel a quien tú, Señor, corriges; aquel a quien instruyes en tu ley (Salmo 94:12)*.

Dios obra en cada uno de Sus hijos, sin tener en cuenta lo conscientes que puedan estar de ello. Uno de los pasajes más reconfortantes en la Biblia es *Filipenses 1:6: Estoy convencido de esto: el que comenzó tan buena obra en ustedes la irá perfeccionando hasta el día de Cristo Jesús*. Dios obra en nosotros, y no fallará en completar lo que ha comenzado *Que él los capacite en todo lo bueno para hacer su voluntad. Y que, por medio de Jesucristo, Dios cumpla en nosotros lo que le agrada (Hebreos 13:21)*.

Horatius Bonar, un pastor escocés del siglo XIX, escribió: *Dios, quien lleva a cabo Su labor, no puede ser desviado ni forzado a apartarse de lo que ha planeado. Él puede llevarlo a cabo en las circunstancias más difíciles y contra la resistencia más firme. Todo debe someterse ante Él.* Este pensamiento, lo confieso, es para mí uno de los más reconfortantes relacionados con la disciplina. ¡Si pudiera fallar! Si Dios pudiera ser frustrado en Sus disposiciones después de que hubiéramos sufrido demasiado, sería horrible.¹

Pero Dios no puede ser frustrado. Él llevará a cabo hasta el final aquello que ha iniciado. Como Bonar escribió: *El tratamiento de Dios debe tener éxito. No se puede desviar ni frustrar aún en los esfuerzos más arduos, incluso sobre Sus objetos más pequeños. Es el máximo poder de Dios el que obra en y sobre nosotros, y ese es nuestro consuelo. Él es todo amor, todo sabiduría y todo fidelidad, sin embargo, también es poder.*²

Saber que Dios no puede fallar en Su propósito cuando trae adversidad a nuestras vidas, y que logrará Su cometido, es de mucho ánimo para mí. A veces no respondo a las dificultades, en una forma que le honre, pero mi falla no significa que Él haya fallado. Incluso la aguda y dolorosa certeza de mi error, puede ser usada por Dios, por ejemplo para ayudarme a crecer en humildad, y tal vez esa era Su verdadera intención desde el principio.

Dios sabe lo que hace. Una vez más en palabras de Bonar: *Él sabe exactamente qué necesitamos, y cómo suplirlo... su entrenamiento no es trabajo al azar, sino que se realiza con delicada habilidad.*³ Dios nos conoce mejor que nosotros mismos, y lo que pensamos que es nuestra mayor necesidad puede no serlo. Pero Él conoce con certeza en qué área necesitamos crecer, y lleva a cabo Su labor con tal habilidad, que supera al médico más experto. Él diagnostica correctamente nuestra enfermedad y suministra el remedio más efectivo.

Creciendo a través de la adversidad

Cada dificultad que aparece en nuestro camino, grande o pequeña, tiene el objetivo de hacernos crecer de alguna forma. Si no fuera para nuestro beneficio Dios no la permitiría o enviaría, *El Señor nos hiere y nos aflige, pero no porque sea de su agrado (Lamentaciones 3:33)*. Dios no se alegra por nuestro sufrimiento; sólo trae aquello que es necesario, pero no reduce lo que nos ayudará a crecer.

Aprendemos de la adversidad

Debido a que Dios trabaja en nuestras vidas a través de la adversidad, debemos aprender a responder a aquello que Él está haciendo. Como ya lo hemos visto en capítulos anteriores, Su plan soberano no niega nuestra responsabilidad. Así como nos enseña a través de la adversidad, debemos esforzarnos por aprender de ella. Hay varias cosas que podemos hacer con el fin de obtener una enseñanza de la adversidad y lograr los beneficios que Dios quiere para nosotros:

Primero, podemos someternos a ésta, no a disgusto como el general que se rinde ante su conquistador, sino voluntariamente como se somete el paciente en la mesa de operaciones ante la experta mano del cirujano, mientras éste trabaja con el bisturí. No trate de impedir el grato propósito de Dios al oponerse a Su providencia en su vida. Más bien, al momento en que pueda ver lo que está haciendo en usted, haga de éste su propósito.

Esto no significa que no usemos todos los medios legítimos a nuestra disposición, para minimizar las consecuencias de la adversidad, sino que debemos aceptar de la mano de Dios el éxito o el fracaso de aquellos medios como Él lo desea, y buscando siempre aprender lo que Él esté enseñándonos.

A veces percibimos muy claramente lo que Dios está haciendo, y en esas ocasiones debemos responder a Su enseñanza con humilde obediencia. En otras oportunidades no podremos, de ninguna manera ver lo que está haciendo en nuestras vidas, pero en esos momentos, debemos responder con fe humildemente, confiando en que Él está trayendo a nosotros lo que necesitamos para aprender. Ambas actitudes son importantes, y Dios espera cada una en el momento apropiado.

Segundo, para lograr lo mejor de la adversidad, debemos traer la Palabra de Dios para soportar la situación, pidiéndole a Él que dirija nuestra atención hacia los pasajes pertinentes de las Escrituras, y entonces, buscarlos dependiendo de Él. Mi primera gran lección sobre la soberanía de Dios está todavía indeleblemente impresa en mi mente, después de muchos años. Llegó mientras estaba buscando desesperadamente en las Escrituras respuesta a un implacable tiempo de prueba.

Mientras busquemos relacionar las Escrituras con nuestras adversidades, encontraremos no sólo lo provechoso de las circunstancias mismas, sino que obtendremos mayor conocimiento de la Palabra. Martín Lutero solía decir: *Si no fuera por las tribulaciones, no entendería las Escrituras*. Al recurrir a la Biblia para aprender a responder a nuestras adversidades, encontramos que éstas, a su vez, nos ayudan a entender las Escrituras.

No es que aprendamos de la tribulación algo diferente a aquello que podemos aprender de las Escrituras, sino que ésta más bien refuerza la enseñanza de la Palabra de Dios y la hace más útil para nosotros. En algunas circunstancias aclara nuestro entendimiento y nos hace ver verdades que no habíamos percibido antes. En otras oportunidades transformará el *conocimiento de la mente* en *conocimiento del corazón* al mismo tiempo que la teoría teológica se hará una realidad para nosotros.

El puritano Daniel Dyke dijo: *Entonces la Palabra es la bodega de toda enseñanza. No busquen una nueva doctrina que no esté en la Escritura, para aprender por medio de la aflicción. Porque, en verdad, aquí yace nuestra enseñanza en medio de la prueba, que se adapta y nos prepara para la Palabra, rompiendo y dividiendo la obstinación de nuestros corazones, haciéndolos flexibles y capaces de reconocer el impacto de ellas.*⁴

Podríamos decir, entonces, que la Palabra de Dios y la adversidad tienen un efecto recíproco cuando Dios las usa al mismo tiempo para traer a nuestras vidas el crecimiento, que no podrían lograr por separado.

Tercero, con el fin de sacar provecho de nuestras adversidades debemos recordarlas junto con las lecciones que aprendimos de ellas. Dios quiere que hagamos más que soportar nuestras pruebas o hallar consuelo en ellas. Desea que las recordemos, no sólo como tribulaciones o penas, sino como Sus correcciones y Sus medios para traer el crecimiento a nuestras vidas. Él dijo a los israelitas:

Recuerda que durante cuarenta años el Señor tu Dios te llevó por todo el camino del desierto, y te humilló y te puso a prueba para conocer lo que había en tu corazón y ver si cumplirías o no sus mandamientos. Te humilló y te hizo pasar hambre, pero luego te alimentó con maná, comida que ni tú ni tus antepasados habían conocido, con lo que te enseñó que no sólo de pan vive el hombre, sino de todo lo que sale de la boca del Señor (Deuteronomio 8:2–3).

Lo que sale de la boca del Señor en este pasaje no es la Palabra de la Escritura sino la de la providencia de Dios (ver *Salmos 33:6,9* y *148:5* para una aplicación similar). Dios quería demostrar a los israelitas que ellos dependían de Él para el pan de cada día, y lo hizo, no mediante la incorporación de esta verdad a la ley de Moisés, sino a través de la imposición de la adversidad a sus vidas, en forma de hambre. Pero para sacar provecho de

esta lección, ellos debían recordarla. Igualmente, nosotros, si queremos lograr provecho de las dolorosas lecciones que Dios nos enseña, debemos recordarlas.

En un capítulo anterior, hice referencia a una dolorosa lección que aprendí cuando traté sutilmente de usurpar la gloria de Dios para mi propia reputación. Él me da la necesidad de recordar aquella lección, y cada vez que paso por *Isaías 42:8: Yo soy el Señor; ¡ése es mi nombre! No entrego a otros mi gloria, ni mi alabanza a los ídolos.* Ya sea en mis lecturas de la Biblia o en mis repasos de memorización de ella, recuerdo aquella dolorosa circunstancia, y dejo que la lección se afiance más en lo profundo de mi corazón. Siempre que me levanto a enseñar la Palabra de Dios, recuerdo aquella situación, y saco de mi corazón cualquier deseo de enaltecer mi propia reputación. Esta es la forma como la adversidad se vuelve provechosa para nosotros.⁵

Hasta ahora hemos considerado los beneficios de la adversidad de una forma general, mirando primero la obra de Dios en nuestras vidas a través de las tribulaciones, y luego, la forma como debemos responder a ellas. En este momento, sería útil considerar algunos propósitos específicos que Dios tiene en mente cuando permite que la aflicción llegue a nuestras vidas. Por supuesto, no podemos cubrir todas las lecciones que Dios trata de enseñarnos a través de la adversidad, pero estos son algunos de los específicamente mencionados o relatados en la Biblia. Por medio del estudio de estos objetivos específicos nos veremos animados a creer que Dios siempre tiene la razón al presentar o permitir dificultades particulares en nuestras vidas, aun cuando no podamos discernir cuál es Su razón.

La poda

Jesús dijo que *Toda rama que en mí no da fruto, la corta; pero toda rama que da fruto la poda para que dé más fruto todavía (Juan 15:2)*. En el reino natural, podar es importante para producir más fruto. Un viñedo sin podar generará un enorme crecimiento pero improductivo, es decir con muy poco fruto. El cortar aquellos elementos no deseados e inservibles obliga a la planta a producir fruto.

En el reino espiritual, Dios tiene que podarnos. Debido a que, aun como creyentes tenemos naturaleza pecaminosa, tendemos a derramar nuestras energías espirituales en aquello que no es el fruto verdadero, a buscar posición, éxito y notoriedad, incluso en el cuerpo de Cristo, y tratamos de depender de los talentos naturales y el conocimiento humano. Así, con facilidad somos cautivados y atraídos por las cosas del mundo –sus placeres y sus riquezas.

Dios usa la adversidad para aclarar nuestras ideas sobre aquellas cosas que no son el fruto verdadero. Una enfermedad grave o la muerte de un ser querido, la pérdida de cosas materiales o la mancha de nuestra reputación, el abandono de los amigos o el choque de nuestros sueños más deseados contra la roca de la desilusión, nos hacen pensar acerca de qué es en realidad importante en la vida. La posición o las riquezas, e incluso la reputación dejan de ser importantes, empezamos a relegar nuestros gustos y expectativas, aun las buenas, frente a la voluntad soberana de Dios. Poco a poco empezamos a depender más de Él, y a desear sólo lo que servirá para la eternidad. Él nos poda para que seamos más fructíferos.

Santidad

En un capítulo anterior vimos que otro resultado de la adversidad es el crecimiento en santidad: *pero Dios (nos disciplina a través de la adversidad y) lo hace para nuestro bien, a fin de que participemos de su santidad (Hebreos 12:10)*. Pero, ¿Cuál es la conexión entre la adversidad y la santidad?

Para empezar, la adversidad revela la corrupción de nuestra naturaleza pecaminosa, pues no nos conocemos ni sabemos la profundidad del pecado que permanece en nosotros. Estamos de acuerdo con las enseñanzas de las Escrituras y creemos que su aceptación significa obediencia. Por lo menos intentamos obedecer. ¿Quién de nosotros no lee la lista de las virtudes cristianas llamadas fruto del Espíritu: *amor, alegría, paz, paciencia, amabilidad, bondad, fidelidad, humildad y dominio propio (Gálatas 5:22–23)* y está de acuerdo en que las queremos en nuestras vidas? Incluso empezamos a pensar que estamos logrando un gran avance en el crecimiento de ellas.

Pero entonces llega la adversidad; descubrimos que no podemos amar desde lo profundo de nuestro corazón, a la persona que es el instrumento de la adversidad; vemos que no queremos perdonarla, nos damos cuenta de que no estamos dispuestos a confiar en Dios. La incredulidad y el resentimiento surgen en nuestro interior; nos derrumbamos ante la situación; el crecimiento de carácter cristiano que creíamos haber alcanzado en nuestras vidas parece evaporarse, y nos sentimos como si hubiéramos vuelto al kínder espiritual. Pero a través de esta vivencia, Dios nos ha dado a conocer la corrupción que aún permanece en nosotros.

Jesús dijo: *Dichosos los pobres en espíritu... Dichosos los que lloran... Dichosos los que tienen hambre y sed de justicia (Mateo 5:3–4, 6)*. Todas estas descripciones se refieren al creyente que ha sido humillado ante su pecado, sufre por él, y anhela de todo

corazón que Dios le cambie. Pero nadie adopta esta actitud, sin ser expuesto a la maldad y corrupción de su propio corazón. Es con este propósito que Dios utiliza la adversidad.

Para santificarnos Él va más allá de los pecados que conocemos, y desea llegar a la raíz del problema:

La corrupción de la naturaleza pecaminosa, expresada en la rebeldía de los deseos, la perversidad de los afectos y la ignorancia espiritual de nuestras mentes.

Él usa la adversidad, así como las enseñanzas de la Escritura para iluminarnos acerca de nuestras propias necesidades. Él también usa la adversidad para reinar en nuestros afectos que han sido arrastrados a deseos insanos, y para someter nuestra terca y rebelde voluntad.

Pero a menudo nos resistimos a la obra de Dios en nuestras vidas, alejándonos de Su vara de disciplina en lugar de buscar provecho de ella. Anhelamos más descansar de la adversidad que obtener el beneficio que nos lleve a la santidad. Pero a medida que observemos que Dios emplea Su disciplina en nuestras vidas, podemos estar seguros de que a su tiempo producirá: *Ciertamente, ninguna disciplina, en el momento de recibirla, parece agradable, sino más bien penosa; sin embargo, después produce una cosecha de justicia y paz para quienes han sido entrenados por ella (Hebreos 12:11).*

Dependencia

Otra área de nuestras vidas en la que Dios tiene que trabajar constantemente, es en nuestra tendencia a depender de nosotros mismos y no de Él. Jesús dijo: *separados de mí no pueden ustedes hacer nada (Juan 15:5)*. Lejos de nuestra unión con Cristo y sin una total dependencia de Él, no podemos hacer nada que glorifique a Dios. Vivimos en un mundo que rinde culto a la independencia y la autosuficiencia. *Soy el dueño de mi destino: Soy el capitán de mi alma* es el lema de la sociedad a nuestro alrededor.

Podemos caer fácilmente en el patrón de pensamiento del mundo, debido a nuestra propia naturaleza pecaminosa. Tendemos a confiar en nuestro conocimiento de la Escritura, nuestra habilidad comercial, nuestra experiencia en el ministerio, e incluso en nuestra bondad y moralidad.

Dios debe enseñarnos, a través de la adversidad, a confiar en Él, y no en nosotros mismos. Incluso, el apóstol Pablo dijo que sus dificultades, cuando estaban *agobiados bajo tanta presión se dieron para que no confiáramos en nosotros mismos sino en Dios, que resucita a los muertos (2ª Corintios 1:8–9)*. Dios permitió que Pablo y sus colaboradores llegaran a una situación tan desesperada, que perdieron incluso la esperanza de vivir. No tenían nadie más a quien acudir sino a Dios.

Pablo tuvo que aprender dependencia de Dios tanto en la parte espiritual como en la física. Cualquiera fuera el agujón en su carne, era una adversidad de la que él desesperadamente quería deshacerse. Pero Dios hizo que éste permaneciera, no sólo para reprimir cualquier asomo de orgullo en su corazón, sino también para enseñarle a confiar en Su poder. Pablo tuvo que aprender que debía depender de la gracia de Dios –el poder de Dios que nos da capacidad, y no de su fuerza; él fue uno de los hombres más brillantes en la historia, más de un teólogo ha dicho que si no se hubiera convertido en cristiano y tal vez hubiese sido filósofo,

habría superado a Platón. Dios le dio mucha inteligencia, le hizo revelaciones divinas, algunas de las cuales fueron tan gloriosas que no se le permitió hablar de ellas. Pero Dios nunca le dejó depender de su intelecto o de sus revelaciones, sino de la gracia divina, igual que usted y yo debemos hacerlo. Y Pablo lo aprendió a través de grandes adversidades.

Soy una persona que tiene muchas debilidades y poca fortaleza natural. Mis limitaciones físicas, aunque no son evidentes para la mayoría de las personas, me impiden relacionarme con otros mediante el juego del golf, el tenis u otro deporte. Esto me afecta en gran manera, y por ese motivo durante algunos años luché frecuentemente con Dios. Pero al fin he concluido que mis debilidades son, en realidad, canales para Su fortaleza. Después de muchos años, creo que al fin estoy en el punto donde puedo decir con Pablo *Por eso me regocijo en debilidades... porque cuando soy débil, entonces soy fuerte (2ª Corintios 12:10)*.

No importa si usted tiene muchas debilidades o fortalezas. Puede ser el más competente en su campo, pero puede estar seguro de que si Dios va a usarle, hará que sienta dependencia total de Él. A menudo frustrará cualquier cosa en la que se sienta confiado, para que aprenda a depender de Él, y no de usted mismo. Según Esteban: *Moisés fue instruido en toda la sabiduría de los egipcios, y era poderoso en palabra y en obra (Hechos 7:22)*. Además: *Moisés suponía que sus hermanos reconocerían que Dios iba a liberarlos por medio de él, pero ellos no lo comprendieron así (v. 25)*. Pero cuando Moisés intentó tomar el control de las cosas, Dios frustró sus esfuerzos a tal punto que tuvo que huir para salvar su vida, y cuarenta años después, aún no podía confiar en sus propias habilidades e incluso tenía dificultad en creer que el Señor lo usaría.

Pablo experimentó un agujijón en la carne. Moisés vio sus esfuerzos de hacer algo para Dios completamente frustrados y convertidos en un desastre. Cada uno de estos dos hombres de Dios, experimentó una dificultad que le hizo darse cuenta de su propia debilidad y total dependencia de Él. Cada adversidad fue diferente, pero tenían el objetivo común de llevar a estos hombres a un nivel de mayor dependencia de Dios. Si Él va a usarnos a usted y a mí, traerá adversidad a nuestras vidas para que, también aprendamos en la práctica a depender de Él.

Perseverancia

Los receptores de la carta a los Hebreos pasaban por gran adversidad. El autor sabía que tenían mucha resistencia al sufrimiento, que a veces eran públicamente expuestos a los insultos y la persecución, y que aceptaban con gozo la confiscación de sus pertenencias porque sabían que poseían mejores y más duraderas posesiones (*Hebreos 10:32–34*).

Para ellos, que estaban experimentando tal persecución y suplicio por su fe en Cristo, el autor escribió: *Ustedes necesitan perseverar para que, después de haber cumplido la voluntad de Dios, reciban lo que él ha prometido (Hebreos 10:36). Además les dijo: corramos con perseverancia la carrera que tenemos por delante (Hebreos 12:1)*.

La perseverancia es la cualidad de carácter que nos permite lograr una meta por encima de obstáculos y dificultades. Una cosa es, sencillamente sobrellevar la adversidad, y esto en sí, es recomendable, pero Dios nos pide más que simplemente soportarla, perseverar (presionar hacia adelante). Observe cómo el autor de Hebreos se centra en el logro del objetivo: *Cuando haya hecho la voluntad de Dios y corrido... la carrera que tenemos por delante*. Se supone que la vida cristiana ha de ser activa, no pasiva. Al cristiano se le pide seguir con diligencia la voluntad de Dios, y hacerlo requiere perseverancia.

Vimos en el primer capítulo el comentario de un autor en el que decía que la vida es difícil. En realidad, es una serie de dificultades de diferentes clases y diversos grados, que usualmente se experimentan durante un período de muchos años. A menudo se ha afirmado que la vida cristiana no es una carrera corta, sino una maratón. Pero aun esas metáforas no expresan toda la realidad.

La vida cristiana sería mejor descrita como una carrera de obstáculos de la duración y extensión de una maratón. Piense en una pista de poco más de 42 kilómetros de largo. Agréguele muros para escalar, corrientes que atravesar, arbustos que saltar, y una variedad interminable de obstáculos inesperados. Esa es la vida cristiana. No es extraño que alguien haya dicho que *pocos cristianos terminan bien*.

Pero Dios quiere que todos los cristianos terminemos bien. Quiere que corramos con perseverancia, que persistamos en hacer Su voluntad sin importar los obstáculos que se presenten. William Carey, llamado con frecuencia el padre de las misiones modernas, es un ejemplo famoso de alguien que perseveró. A pesar de la sucesión de inimaginables obstáculos (incluyendo una esposa indiferente que después se volvió loca), tradujo toda o parte de la Biblia a cuarenta idiomas y dialectos de la India. También su hermana fue un ejemplo de alguien que perseveró, ya que, casi completamente paralizada y postrada en cama, en Londres, oraba por todos los aspectos y contiendas del trabajo realizado por su hermano en la lejana India.

Pocas personas pueden identificarse con la perseverancia de William Carey, ya sea en los increíbles obstáculos que enfrentó o en las sorprendentes tareas que realizó. Pero deberíamos identificarnos con la perseverancia de su hermana quien cumplió la voluntad de Dios en su estado de invalidez. No podía hacer mucho (al menos de lo que tendemos a pensar que es mucho), pero persistió en hacer lo que podía, cumpliendo el

deseo de Dios. Y como se empeñó en la oración, su hermano fue fortalecido y animado a continuar sus labores misioneras en la India. La hermana de Carey hizo más que soportar alegremente su parálisis, pues perseveró cumpliendo la voluntad de Dios a pesar de la enfermedad.

Usted y yo también somos llamados a persistir. A cada uno de nos ha dado una carrera por correr, y una voluntad de Dios por cumplir. Todos encontramos innumerables obstáculos y ocasiones de desaliento, pero para participar en la carrera y terminar bien, debemos desarrollar perseverancia. ¿Cómo podemos hacerlo?

Pablo y Santiago nos dan la misma respuesta. Pablo dijo: *sabemos que el sufrimiento produce perseverancia*. Y Santiago: *saben que la prueba de su fe produce constancia* (Romanos 5:3, Santiago 1:3). Aquí vemos un efecto recíproco de mejoramiento.

La adversidad produce perseverancia, y ésta nos capacita para enfrentar aquélla. Hay una buena analogía en el ejercicio de levantar pesas. Este desarrolla músculos, y entre más músculos desarrolle uno, mayor peso puede levantar.

Aunque la perseverancia se desarrolla en lo crucial de la adversidad, es estimulada por la fe. Consideremos de nuevo la analogía del levantamiento de pesas. Aunque éstas en una barra proveen la resistencia necesaria para desarrollar músculos, no proveen la energía, la cual debe venir de dentro del cuerpo del atleta. En el caso de la adversidad, la energía debe venir de Dios, por medio de la fe. Es la fortaleza de Dios, y no la nuestra la que nos hace perseverar. Pero nos aferramos a ella por medio de la fe.

Ya hemos visto en *Hebreos 10:36* y *12:1* el llamado del escritor a perseverar. En medio de estos dos llamados a la perseverancia está el famoso capítulo sobre la fe, *Hebreos 11*. En realidad, el

escritor nos está llamando a perseverar por fe. El capítulo once es muy reconfortante, puesto que nos da uno tras otro, ejemplo de personas que continuaron cumpliendo la voluntad de Dios por fe.

Hablar de dependencia antes de perseverancia en este capítulo fue intencional. No podemos crecer en perseverancia hasta que no hayamos aprendido la lección de la dependencia. Usted podría, por ejemplo, manejar un trineo hasta el Polo Norte solamente por un espíritu indomable, auto energizado, pero no puede participar en la carrera cristiana de esa forma. Si va a tomar parte en la carrera de Dios, haciendo Su voluntad, entonces tiene que correrla con Su fortaleza. Jesús dijo: *separados de mí no pueden ustedes hacer nada*, y Pablo: *Todo lo puedo en Cristo que me fortalece* (Juan 15:5, Filipenses 4:13). Ambos plantearon dos lados de la misma verdad: Sin Su fortaleza, no podemos hacer nada, pero con ella, logramos todo lo que necesitamos. Somos llamados a perseverar –hacer la voluntad de Dios a pesar de los obstáculos y el desaliento, pero en Su fortaleza y sólo en ella.

Servicio

Dios también trae adversidad a nuestras vidas para equiparnos para un servicio más efectivo. Todo lo que hemos considerado hasta ahora: poda, santidad, dependencia y perseverancia, contribuye a hacernos instrumentos útiles en el servicio de Dios. Él pudo haber llevado a José directamente al palacio del faraón sin pasar por la prisión. Y ciertamente no necesitaba dejarlo en angustia por dos años más, después de haber interpretado el sueño del copero. Las difíciles circunstancias no eran necesarias sólo para que estuviera en el lugar correcto en el momento correcto, sino para convertirlo en la persona adecuada para las responsabilidades que Dios le daría.

El apóstol Pablo escribió que *[Dios] nos consuela en todas nuestras tribulaciones para que con el mismo consuelo que de Dios hemos recibido, también nosotros podamos consolar a todos los que sufren (2ª Corintios 1:4)*. Todos enfrentamos momentos de adversidad y necesitamos un amigo compasivo e interesado que nos acompañe, conforte y anime durante esas ocasiones. Cuando experimentamos consuelo y ánimo en nuestras adversidades, estamos preparados para ser los instrumentos de consuelo y ánimo para otros, porque compartimos con ellos lo que hemos recibido de Dios. En la medida en que podamos aferrarnos a las grandes verdades de la soberanía, sabiduría y amor de Dios, y hallar consuelo y ánimo en ellas en nuestros momentos difíciles, seremos capaces de ministrar a otros en sus momentos de angustia.

Al comentar el ministerio de consolación de Pablo, he usado deliberadamente la expresión *consuelo y ánimo*. La palabra griega traducida como consuelo, en nuestras Biblias, puede significar exhortación, ánimo o consuelo, dependiendo del contexto. Puesto que aquí Dios el Padre es llamado *el Padre de compasión y el Dios de todo consuelo*, parece que nuestros traductores han hecho bien en elegir la palabra *consuelo* para expresar la compasión de Dios. Si vamos a apoyar a otros en sus momentos de adversidad, primero que todo debemos mostrar compasión: El profundo sentimiento de compartir el sufrimiento de otro y desear su alivio.

Si realmente vamos a ayudar a otra persona en su momento de adversidad, también debemos animarla. Animar es fortalecer a otro con la fuerza espiritual y emocional para perseverar en momentos de adversidad. Lo hacemos indicándole la confiabilidad de Dios como se nos revela en la Escritura. Sólo hasta el punto en que nosotros mismos hayamos sido consolados y animados por el Espíritu Santo a través de Su Palabra, estaremos en capacidad de consolar y animar a otros.

La adversidad en nuestras vidas, llevada correctamente, nos capacita para ser instrumentos de consuelo y ánimo para otros.

El compañerismo del sufrimiento

El apóstol Juan, al escribirle a los creyentes perseguidos de las siete iglesias en Asia, se identificó como *hermano de ustedes y compañero en el sufrimiento... por causa de la palabra de Dios y del testimonio de Jesús (Apocalipsis 1:9)*. La palabra griega que se traduce como copartícipe significa *compañero que comparte*. Es una forma de la palabra *koinonia* de la cual sacamos nuestra palabra compañerismo.

Juan se identificó como uno que compartía con sus lectores en los sufrimientos que estaban enfrentando. Podía entender su aflicción puesto que en ese momento también estaba sufriendo por Jesús. Era partícipe con ellos en su sufrimiento y para comunicar efectivamente su mensaje, era importante que ellos entendieran este hecho. Luego en este versículo Juan nos presenta otra forma en la que obtenemos beneficio de la adversidad, y es el privilegio de entrar en una comunión especial con otros creyentes que también estén en el dolor de la adversidad.

Las pruebas y aflicciones tienen un efecto nivelador entre los creyentes. Con frecuencia se ha dicho que *el terreno es plano al pie de la cruz*. Esto es, que sin importar nuestra riqueza, poder o condición social, todos somos iguales en nuestra necesidad de un Salvador. En la misma forma, lo somos en que estamos sujetos a la adversidad. Esta golpea al rico y al pobre, al poderoso y al débil, al superior y al subordinado; a todos sin distinción. En momentos de adversidad tendemos a dejar de lado las relaciones *verticales*, y nos relacionamos a un nivel horizontal, como hermanos y compañeros en el sufrimiento.

Juan pudo haberse identificado correctamente como apóstol de Jesucristo, con autoridad espiritual sobre los creyentes que padecían en Asia, pero prefirió identificarse como hermano y compañero en su sufrimiento.

Las pruebas y aflicciones tienen también un efecto de atracción común entre los creyentes, ya que logran romper las barreras entre nosotros y deshacer cualquier apariencia de autosuficiencia que podamos tener. Estas hacen que nuestros corazones sean más sensibles y nos unamos más. A veces adoramos con otra persona, oramos e incluso servimos en el ministerio sin sentir un verdadero lazo de comunión, pero entonces, en forma extraña, la adversidad nos golpea a ambos, e inmediatamente sentimos un nuevo lazo de comunión en Cristo y de unidad en el sufrimiento.

Hay muchos elementos que entran en todo el concepto de compañerismo, como se describe en el Nuevo Testamento, pero el compartir juntos el sufrimiento es uno de los más beneficiosos, porque probablemente une nuestros corazones en Cristo más que cualquier otro aspecto del compañerismo. Recuerdo a un creyente con el que fuimos amigos por muchos años, aunque no muy cercanos. Después la adversidad nos golpeó a ambos. Nuestras circunstancias eran diferentes y su adversidad fue mucho peor que la mía, pero en el esfuerzo por cuidarnos uno al otro, nuestros corazones se unieron en una forma nueva y más íntima.

Este capítulo ha tratado varias formas en las que podemos sacar beneficio de la adversidad. Anterior a esta sección, hemos considerado procedimientos que nos sirven como personas creyentes, pero en el compañerismo del sufrimiento estamos viendo una forma en la que obtenemos ganancia como miembros de todo el Cuerpo de Cristo. La vida cristiana no es para ser vivida en privado, aislada de los otros creyentes, sino como

miembros del Cuerpo de Cristo. Dios quiere usar nuestros tiempos de adversidad para estrechar las relaciones con otros miembros del Cuerpo, con el fin de crear un mayor sentido de unidad y compartir la vida que tenemos en Cristo.

Relación con Dios

Tal vez la forma más valiosa en que aprovechamos la adversidad es que profundizamos nuestra relación con Dios. Por medio de ella aprendemos a inclinarnos ante Su soberanía, a confiar en Su sabiduría y a experimentar el consuelo de Su amor, hasta que llegamos al lugar donde podemos decir con Job: *De oídas había oído hablar de ti, pero ahora te veo con mis propios ojos (Job 42:5)*. En la adversidad empezamos a pasar de saber acerca de Dios, a conocerle en una forma íntima y personal.

Acabamos de considerar el compañerismo del sufrimiento entre creyentes. En *Filipenses 3:10*, Pablo habla del compañerismo que comparte el sufrimiento de Jesu-cristo, es decir, los creyentes que comparten con el Señor sus sufrimientos. El pasaje dice:

Lo he perdido todo a fin de conocer a Cristo, experimentar el poder que se manifestó en su resurrección, participar en sus sufrimientos y llegar a ser semejante a él en su muerte.

Este versículo le ha dado expresión al clamor más profundo del corazón de los creyentes a través de los siglos: un deseo de conocer a Cristo en una forma personal, cada vez más íntima. Puedo recordar cuando siendo un joven cristiano fui desafiado a *conocer a Cristo, y a hacerlo conocer*, y recuerdo estar orando el versículo de *Filipenses 3:10*, porque Dios me capacitara para conocer a Cristo más y más.

Sin embargo, debo confesar que en lo más profundo de mi corazón siempre me molestaba un poco el hecho de que Pablo quisiera no sólo conocer a Cristo, sino también experimentar la comunión en Sus sufrimientos. Conocer a Cristo en una forma más íntima y experimentar el poder de Su resurrección en mi vida me llamaba la atención, pero no sucedía lo mismo con el sufrimiento, al que yo le huía.

Pero he llegado a ver que el mensaje de *Filipenses 3:10* es un *paquete completo*. En parte llegar a conocer a Cristo en una forma más íntima se logra mediante la comunión de Sus sufrimientos. Si verdaderamente vamos a crecer en el conocimiento de Cristo, podemos estar seguros de que hasta cierto grado participaremos de la comunión de Sus sufrimientos, al igual que experimentaremos el poder de Su resurrección.

Esto nos ayudará a apreciar la verdad que Pablo está enseñando en *Filipenses 3:10*, si entendemos que el sufrimiento que él ve no está limitado a la persecución por causa del Evangelio. Incluye toda la adversidad por la que atraviesa el creyente y que tiene como propósito final ser conformados a Cristo, descrito aquí por Pablo como *llegando a ser semejante a él en su muerte*.

Varias veces en la Biblia vemos hombres y mujeres de Dios llevados a una relación más íntima con Él a través de la adversidad. No hay duda que todas las circunstancias en la demora del nacimiento de Isaac y luego la experiencia de llevar a su único hijo a la montaña para ofrecerlo en sacrificio, condujeron a Abraham a una relación mucho más estrecha con Dios. Los Salmos están repletos de expresiones de un conocimiento profundo de Dios cuando los salmistas lo buscaban en momentos de adversidad (vea, por ejemplo, los *Salmos 23, 42, 61, 62*).

Obviamente, usted y yo no escogemos la adversidad para desarrollar una relación más profunda con Dios, y por el contrario, Él, a través de la adversidad, nos escoge a nosotros. Es Dios quien nos lleva más y más a una relación más profunda con Él. Si lo buscamos es porque Él nos busca primero. Una de las más fuertes cuerdas con la que nos atrae a una relación más íntima y personal es la adversidad. Si, en lugar de luchar contra Dios o dudar de Él en momentos de adversidad, le colaboramos, encontraremos que seremos llevados a una relación más profunda con Él, y llegaremos a conocerle como lo hicieron Abraham, Job, David y Pablo.

Hemos visto algunas de las formas en que podemos beneficiarnos de la adversidad. Obviamente no hemos cubierto todos los usos que Dios hace de ella en nuestras vidas, pues sólo hemos arañado un poco la superficie de aquellas áreas que hemos considerado. Algunas veces podremos ver cómo nos estamos beneficiando, en otras, nos preguntaremos qué está haciendo Dios. Sin embargo, de una cosa debemos estar seguros, y es que para el creyente todo dolor tiene significado, y toda adversidad es beneficiosa.

No hay duda de que la adversidad es difícil, y generalmente nos toma por sorpresa y parece golpearnos donde somos más vulnerables. Con frecuencia nos parece completamente sin sentido e irracional, pero para Dios nada lo es. Él tiene un propósito en todo dolor que trae o que permite en nuestras vidas. Podemos estar seguros de que en alguna forma es para nuestro beneficio y Su gloria.



Escogiendo confiar en Dios

*Cuando siento miedo, pongo en ti mi confianza.
Confío en Dios y alabo su palabra; confío en Dios y no siento
miedo. ¿Qué puede hacerme un simple mortal?*

Salmo 56:3-4

Mientras escribía este libro, mi esposa fue diagnosticada con un tumor grande y maligno en la cavidad abdominal. Después de ocho semanas de radioterapia, más un mes de espera, el doctor le ordenó un TAC para determinar si el tumor había sido tratado con éxito. El día anterior a la entrega de los resultados del examen, mi esposa se encontraba temerosa y ansiosa por las noticias que tendría horas después.

Durante algunos días, buscando confianza para estos momentos difíciles, ella había estado leyendo el *salmo 42:11*, el cual dice: *¿Por qué voy a inquietarme? ¿Por qué me voy a angustiar? En Dios pondré mi esperanza, y todavía lo alabaré. ¡Él es mi Salvador y mi Dios!.*

Volviendo al *salmo 42:11* ese día, ella dijo: *Señor, escojo no estar desanimada, escojo no estar perturbada, escojo poner toda mi esperanza en ti.* Después, cuando me relataba esto, me dijo que sus sentimientos no cambiaron inmediatamente sino un rato después. Su corazón recobró la paz una vez que decidió confiar en Dios.

David también decidió confiar en Dios en sus momentos de angustia. En el *salmo 56:3-4*, nuestro texto para este capítulo, admitió que tenía miedo, y no fue presumido ni arrogante, pues a pesar de ser un guerrero muy hábil y valiente, hubo momentos en que sintió miedo. El título del salmo 56 nos muestra la ocasión cuando David escribió: *Cuando los filisteos lo apresaron en Gat.* La narración histórica de este incidente nos muestra que él *tuvo mucho miedo de Aquis, rey de Gat (1º Samuel 21:12).*

Pero, a pesar del temor, David le dijo a Dios: *confío en Dios y no siento miedo.* En los salmos encontramos varias veces la decisión de confiar en Dios, escogiendo descansar en Él, a pesar de las apariencias. La declaración de David en el *salmo 23:4: no temo peligro alguno, es equivalente a, confiaré en Dios en presencia del mal.* En el *Salmo 16:8* dice: *tengo presente al Señor; con él a mi derecha, nada me hará caer.* Anteponer a Dios es reconocer su presencia y su constante ayuda, pero esto es algo que nosotros debemos escoger hacer.

Dios está siempre con nosotros. Él ha dicho: *Nunca te dejaré; jamás te abandonaré (Hebreos 13:5).* No hay duda de Su presencia con nosotros, pero tenemos que reconocerla, debemos anteponerlo a Él ante nosotros mismos. Es nuestro deber decidir si vamos a creer o no en Sus promesas de protección y amor constantes.

Margaret Clarkson, hablando de cómo debemos llegar al punto de aceptar la adversidad en nuestras vidas, dijo: *Esta siempre comienza con un acto de voluntad de parte nuestra, cuando nos disponemos a creer en la bondad del Dios Todopoderoso, en su*

Confianza en Dios aunque la vida duela

providencia y soberanía, y nos negamos a aceptar lo contrario, sin importar lo que ocurra o cómo nos sintamos.¹

Durante muchos años, en mi peregrinaje en la búsqueda de lograr confiar en Dios en todo momento (aún estoy alejado del final del viaje) fui prisionero de mis sentimientos. Erróneamente pensé que no podía confiar en Dios a menos que sintiera esa confianza en Él, lo cual casi nunca ocurrió en los momentos de adversidad. Ahora estoy reconociendo que confiar en Dios, es primero que todo un asunto de la voluntad y que no depende de mis sentimientos. Decido reposar en Dios, y finalmente mis sentimientos siguen a mi fe.

He dicho que confiar en Dios es ante todo un acto de la voluntad, pero permítanme modificar esta afirmación para decir que, primero que todo, es una cuestión de conocimiento. Debemos saber que Dios es soberano, sabio y amoroso, en todos los sentidos que estos términos tienen, vistos en los capítulos anteriores. Pero, habiendo sido expuestos al conocimiento de la verdad, debemos escoger entre creer la verdad sobre Dios, la cual nos ha sido revelada, o dejarnos llevar por nuestros sentimientos. Si vamos a confiar en Dios, debemos decidir creer a Su verdad. Debemos decir: *Confiaré en ti, aunque no siento deseos de hacerlo.*

Estar dispuesto a creer

Confiar en Dios en momentos de adversidad, hay que admitirlo, es algo difícil de hacer. No quiero sugerir con mi énfasis que decidir confiar en Dios, sea una decisión tan fácil como ir a la tienda o no, o decidir hacer un acto de sacrificio o no hacerlo. Confiar en Dios es cuestión de fe y la fe es fruto del Espíritu (*Gálatas 5:22*). Sólo el Espíritu Santo puede hacer que Su Palabra tome vida en nuestros corazones, y crear fe, pero podemos decidir entre dejar que Él lo haga o dejarnos gobernar por nuestros sentimientos de

ansiedad, resentimiento o agravio.

John Newton, el autor del himno *Maravillosa Gracia*, observó cómo el cáncer mataba lenta y dolorosamente a su esposa durante varios meses. Al recordar esos días dijo:

Creo que fue dos o tres meses antes de su muerte, que me encontraba caminando de un lado para otro del cuarto, elevando oraciones provenientes de un corazón angustiado, cuando de repente me golpeó un pensamiento, con una fuerza poco usual, para el efecto. “Las promesas de Dios deben ser verdaderas; ¡seguro que el Señor me ayudará, si estoy dispuesto a ser ayudado!” Se me ocurrió que a veces nos dejamos llevar... (Por un indebido mirar a nuestros sentimientos) permitimos esa tribulación no provechosa, la cual nos exige nuestra acción y paz para resistir más allá de nuestras fuerzas. Inmediatamente dije: “En efecto estoy desamparado, pero espero desear sin reserva que tú me ayudes”.²

John Newton fue ayudado de una manera sorprendente, pues durante los meses restantes, se dedicó a sus labores de ministro anglicano y pudo decir: *Durante toda mi dolorosa prueba, cumplí con todos mis oficios regulares y los ocasionales, como de costumbre; y ningún extraño hubiera descubierto por mis palabras o miradas que estaba en un problema. La aflicción de tanto tiempo no evitó que predicara cada sermón, y prediqué el día en que murió... prediqué tres veces mientras ella yacía muerta en la casa... y después de que fue colocada en la bóveda también el sermón de su funeral.³*

¿Cómo fue ayudado John Newton? Primero, él decidió ser ayudado. Se dio cuenta de que era su deber resistir *más allá de nuestras fuerzas* una dosis poco común de dolor y turbación. Entendió que era pecado dejarse llevar por la autocompasión. Así que se volvió al Señor, ni siquiera pidiendo, sino indicando su disposición para ser ayudado. Después dijo: *No fui sustentado por consolaciones sensibles, sino por haber podido aceptar en mi mente algunas grandes verdades fundamentales de la Palabra de*

*Dios.*⁴ El Espíritu de Dios lo ayudó haciendo que la veracidad de la Escritura tomara vida para él. Escogió confiar en Dios, se volvió hacia Él con actitud de dependencia, y fue capacitado para entender algunas grandes verdades de las Escrituras. Su decisión, la oración y la Palabra de Dios fueron los elementos cruciales que le ayudaron a confiar en Dios.

El mismo David que dijo en el *salmo 56:4 Confío en Dios y alabo su palabra; confío en Dios y no siento miedo*, dijo en el *34:4 Busqué al Señor, y él me respondió; me libró de todos mis temores*. No hay conflicto entre decir, *no tendré miedo* y pedir a Dios libranos de nuestros temores. David reconoció que era su responsabilidad confiar en Dios, pero también que dependía de Él para poder hacerlo.

Cada vez que enseño sobre el tema de la santidad personal, hago énfasis en que somos responsables de obedecer la voluntad de Dios, pero que dependemos del Espíritu Santo para poder hacerlo. El mismo principio se aplica con relación a la confianza en Dios. Somos responsables de confiar en Él, en momentos de adversidad, pero dependemos del Espíritu Santo para poder lograrlo.

Una vez más, permítanme enfatizar que confiar en Dios no quiere decir que no experimentemos dolor, sino que creemos que Él hace Su obra a través de nuestro dolor para nuestro bien. Queremos decir que nos remontamos a las Escrituras reconociendo Su soberanía, sabiduría y bondad y le pedimos usarlas para traer paz y consuelo a nuestro corazón. Significa sobre todo, que no pequemos contra Dios dejando que pensamientos duros y dudosos sobre Él, se alberguen en nuestro corazón. Esto significa que con frecuencia tenemos que decir: *Dios, no entiendo, pero confío en ti.*

Dios es digno de confianza

La sola idea de descansar en Dios, está por supuesto, basada en el hecho de que Dios es absolutamente digno de confianza. Es por eso que dedicamos doce capítulos de este libro a estudiar Su soberanía, sabiduría y amor. Debemos estar firmemente convencidos de esas verdades de las Escrituras si vamos a confiar en Él.

También es necesario recordar algunas de las grandes promesas que nos hizo con relación a Su cuidado constante. Una de ellas, que haremos bien en guardar en nuestros corazones, es la de *Hebreos 13:5 Nunca te dejaré; jamás te abandonaré*. El predicador Thomas Lye destacó que en ese pasaje dirigido a alguien que está a punto de rendirse, el griego tiene 5 negaciones: *No; no te dejaré; ni; tampoco; no te abandonaré*.⁵ Dios nos insiste en cinco ocasiones diciendo que no nos abandonará. Él quiere que nos aferremos firmemente a la verdad de que, aunque las circunstancias puedan indicar lo contrario, debemos creer apoyándonos en Su promesa de que no nos abandonará a merced de ellas.

A veces podemos perder el sentido de la presencia y la ayuda de Dios, pero nunca las perdemos. Job, en medio de su sufrimiento, no podía hallar a Dios, y dijo:

Si me dirijo hacia el este, no está allí; si me encamino al oeste, no lo encuentro. Si está ocupado en el norte, no lo veo; si se vuelve al sur, no alcanzo a percibirlo. Él, en cambio, conoce mis caminos; si me pusiera a prueba, saldría yo puro como el oro.

(Job: 23:8–10)

En capítulos anteriores hemos visto lecciones sobre las batallas de Job para confiar en Dios, y aparentemente, se debatía entre la confianza y la duda, pero aquí vemos una gran afirmación de confianza. No podía encontrar en ninguna parte a Dios, quien le había quitado completamente la reconfortante sensación de

Su presencia. Pero Job creía, aunque no podía verlo, que Dios lo estaba observando y lo sacaría de esa prueba como oro refinado.

A veces, usted y yo tendremos la misma experiencia de Job, tal vez no con la misma clase o intensidad de sufrimientos, pero similar en cuanto a la incapacidad para encontrar a Dios, y parecerá que Él se esconde de nosotros. Incluso el profeta Isaías dijo a Dios en una ocasión: *Tú, Dios y salvador de Israel, eres un Dios que se oculta (Isaías 45:15)*. Debemos aprender de Job y de Isaías para no sorprendernos y flaquear si en momentos de angustia pareciera como si no encontráramos a Dios. En estos momentos debemos asirnos a Su sencilla, y fiel promesa *Nunca te dejaré; jamás te abandonaré*.

El apóstol Pablo dice: *Nuestra esperanza es la vida eterna, la cual Dios, que no miente, prometió desde antes del principio de los siglos (Tito 1:2)*. Este es el Dios que prometió: *Nunca te dejaré; jamás te abandonaré*. Puede que Su presencia aparentemente se esconda de nuestra percepción, pero nunca dejará que nuestras adversidades nos escondan de Él. Puede que nos deje pasar por aguas profundas y por el fuego, pero allí estará con nosotros (*Isaías 43:2*).

Porque Dios no nos desampará, ni nos dejará, las palabras de Pedro nos invitan a que: *Depositen en él toda ansiedad, porque él cuida de ustedes (1ª Pedro 5:7)*. Este es un versículo muy conocido de las Escrituras; en realidad, bastante. Algunos pasajes bíblicos como éste, parecen ser tan familiares y, por lo mismo, tan elementales, que a veces los pasamos por alto. Es casi como saber que uno más uno son dos. ¡Eso es para los de primer grado! Pero también resulta ser la verdad más fundamental en matemáticas. Sin esta verdad el álgebra, el cálculo y las formas complejas de las matemáticas no existirían.

Retrocedamos y demos una mirada profunda a *1ª Pedro 5:7*. ¡Dios se preocupa por usted! No sólo nunca lo dejará, sino que también lo cuidará. No sólo está con usted; lo cuida. Su cuidado es constante, no ocasional ni esporádico, es total. Todos y cada uno de sus cabellos están contados. Su cuidado es soberano, nada ocurre que Él no permita. Su cuidado es infinitamente sabio y bondadoso. Como dice John Newton: *Si me fuera posible alterar cualquier parte de Su plan, lo único que haría sería arruinarlo.*⁶

Debemos aprender a echar nuestras ansiedades sobre Él. El doctor John Brown dice de este versículo: *La expresión figurativa 'echar', no dejar, parece indicar que la tarea por realizar exige un esfuerzo y la experiencia nos enseña que no es fácil librarse del peso de la preocupación.*⁷

Así que, volvemos al asunto de la decisión. Debemos, por medio del deseo de dependencia del Espíritu Santo, decir algo así como: *Señor, escojo echar esta ansiedad sobre Ti, pero no puedo echarla de mí. Confiaré en que Tú, por medio del Espíritu, me permitirás descargar mi ansiedad en Ti, y no llevarla nuevamente por mí mismo.*

Confiar no es un estado mental pasivo; es un acto vigoroso del alma, por medio del cual decidimos asirnos de las promesas de Dios, y adherirnos a ellas aun en los tiempos de adversidad que tratan de abatirnos.

Hace varios años, me encontré ante una serie de dificultades, todas en pocos días. Aunque no eran grandes calamidades, por su naturaleza me causaban angustia. Al principio, el versículo del *Salmo 50:15* vino a mi mente: *Invócame en el día de la angustia; yo te libraré y tú me honrarás.* Empecé a invocar a Dios y a pedirle que me librara de éstas, pero mientras más lo invocaba, más llegaban las dificultades.

Entonces comencé a preguntarme si las promesas de Dios tenían significado real, hasta que finalmente, un día le dije: *Aceptaré Tu Palabra, creeré que en Tu tiempo y a Tu manera, me librarás.* Las dificultades no concluyeron, pero la paz de Dios calmó mis temores y ansiedades. Luego, a su debido tiempo, Dios me libró de esos problemas y lo hizo de forma tal que supe que Él lo había hecho. Las promesas de Dios son verdaderas, y no pueden fallar porque Él no puede mentir; pero para alcanzar la paz que éstas ofrecen, debemos escoger creer en ellas. Debemos echar nuestras ansiedades sobre Él.

Trampas en la confianza

Así como es difícil confiar en Dios en tiempos de adversidad, hay otros en los que parece ser aún más difícil. Son esos tiempos en los cuales las cosas van bien, cuando, usando las palabras de David: *Bellos lugares me han tocado en suerte; ¡preciosa herencia me ha correspondido!* (Salmo 16:6). Durante estos momentos de bendiciones y prosperidad temporales, tendemos a depositar nuestra confianza en ellas, o peor aún, a considerarnos como los autores de tales bendiciones.

Durante los períodos de prosperidad y circunstancias favorables, demostramos nuestra confianza en Dios reconociéndolo como el Proveedor de tales bendiciones. Ya hemos visto cómo Dios hizo que el pueblo de Israel pasara hambre en el desierto, y luego lo alimentó con maná que cayó del cielo con el fin de enseñarle: *que no sólo de pan vive el hombre, sino de todo lo que sale de la boca del Señor* (Deuteronomio 8:3).

¿Qué pasa entonces con nosotros que tenemos nuestras alacenas y refrigeradores llenos de alimentos para las comidas de mañana? ¿Somos tan dependientes de Dios como lo fueron los israelitas! Él hizo llover maná para ellos todos los días. A nosotros nos hace

recibir un salario regular y que haya muchos alimentos en los supermercados, listos para que los podamos comprar. Él sustentó a los israelitas por medio de un milagro. Él nos provee a través de una externa y compleja cadena de eventos naturales en los cuales Su mano sólo es visible a los ojos de la fe. Sin embargo, ésta todavía es Su provisión, así como lo fue el maná del cielo.

¿Cuántas veces nuestras expresiones de agradecimiento antes de las comidas son sólo un ritual carente de sentido genuino? ¿Cuántas veces nos detenemos para reconocer la mano proveedora de Dios y agradecerle por otras bendiciones como la ropa que vestimos, la casa en que vivimos, el carro que conducimos, la salud que gozamos? El punto hasta el cual agradecemos verdaderamente a Dios por las bendiciones que nos da, indica nuestra confianza en Él. Deberíamos ser tan fervientes en nuestras oraciones de agradecimiento, cuando nuestra alacena está llena, como lo seríamos en las de súplica, si ésta estuviese vacía. Esa es la forma como demostramos nuestra confianza en los momentos de prosperidad y bendición.

Salomón dijo: *Cuando te vengan buenos tiempos, disfrútalos; pero cuando te lleguen los malos, piensa que unos y otros son obra de Dios, y que el hombre nunca sabe con qué habrá de encontrarse después (Eclesiastés 7:14)*. Dios crea los momentos agradables y los desagradables. En la adversidad tendemos a dudar de Su protección paternal, pero en la prosperidad tendemos a olvidarla. Si vamos a confiar en Dios, tenemos que reconocer nuestra dependencia de Él en toda circunstancia, tanto en los buenos como en los malos tiempos.

Otra trampa que necesitamos examinar, es aquella tendencia que tenemos a confiar en los instrumentos de provisión de Dios más que en Él mismo. En los eventos corrientes de nuestra vida, Dios cubre nuestras necesidades a través de medios humanos en lugar de hacerlo directamente. Él suple nuestras dificultades financieras

por medio de nuestra profesión, y pone a nuestra disposición personal médico para que nos trate cuando estamos enfermos. Pero estos instrumentos humanos están, al fin de cuentas, bajo el control de Dios, y tienen éxito o prosperan hasta donde Él lo permite. Debemos ser cuidadosos y ver a Dios más que a los medios e instrumentos humanos que Él utiliza.

En *Proverbios 18:10–11*, hay un contraste muy interesante e instructivo entre el justo y el rico. El pasaje dice:

Torre inexpugnable es el nombre del Señor; a ella corren los justos y se ponen a salvo. Ciudad amurallada es la riqueza para el rico, y éste cree que sus muros son inexpugnable.

El antagonismo no es entre el justo y el rico en un sentido absoluto, puesto que hay mucha gente que es justa y rica a la vez. Más bien debemos verlo entre los dos objetos principales en los que el hombre deposita su confianza: Dios y el dinero. Aquellos que confían en Dios están a salvo, mientras que los que confían en su riqueza sólo imaginan que lo están.

Hay un principio mucho más amplio en este pasaje. Todos tendemos a tener nuestras *ciudades fortificadas*. Puede ser un grado universitario con su tiquete hacia una posición garantizada, una póliza de seguros o nuestro ahorro para cuando nos jubilemos. Para nuestra nación, es la fuerza militar. Todo aquello, diferente a Dios, en lo que tendemos a confiar se vuelve nuestra *ciudad fortificada*, con sus imaginarios muros imposibles de escalar.

Esto no significa que ignoremos los medios usuales de provisión que Dios nos ha suministrado. Quiere decir que no debemos confiar en ellos. Anteriormente vimos que el salmista dijo: *Yo no confío en mi arco, ni puede mi espada darme la victoria (Salmo 44:6)*, pero no dijo, *los he arrojado lejos de mí*. Poner en una perspectiva correcta el uso de los medios corrientes y la confianza en Dios, es usar los medios que Él ha provisto. Mientras escribo

este capítulo, mi esposa está experimentando un dolor físico, posiblemente un efecto de su lucha con el cáncer. Mientras buscamos un diagnóstico de un experto para saber el motivo de la afección, esperamos en Dios, que de acuerdo con Su voluntad, dará sabiduría y guía a los médicos. Aunque respetamos sus destrezas médicas, sabemos que Dios se las dio y que sólo Él puede hacer que esa habilidad se destaque en una situación dada. Así que, respetamos y apreciamos a los doctores, pero confiamos en Dios.

Se puede depender de los medios e instrumentos humanos sólo en la medida en que reconozcamos y glorifiquemos a Dios en ellos. Philip Bennett Power, un ministro anglicano del siglo XIX dijo: *No podemos esperar que nada que pretenda tomar el lugar de Dios y despojarlo de Su honor llegue a prosperar. Debemos hacer de Dios el fundamento de nuestra confianza, aun cuando los recursos humanos de asistencia estén a mano.*⁸

También debemos tener en cuenta que Dios puede actuar con o sin medios humanos, pues aunque generalmente los usa, no depende de ellos. Además, usará frecuentemente unos diferentes a los que podríamos esperar. A veces nuestras oraciones para ser librados de una dificultad están acompañadas por la fe en la medida en que podemos anticipar algún medio predecible de rescate. Sin embargo, Dios no depende de lo que podamos anticipar. De hecho, por experiencia sabemos que se deleita en sorprendernos con Sus formas de liberación, con el fin de recordarnos que nuestra confianza debe estar en Él y sólo Él.

Otra trampa en la que podemos caer al confiar en Dios, es buscar Su dirección durante las crisis más grandes de la vida, mientras tratamos de resolver las dificultades menores por nosotros mismos. La tendencia a confiar en nosotros mismos es parte de nuestra naturaleza pecaminosa. A veces se necesita una gran crisis, o por lo menos una moderada, para que nos dirijamos al Señor. Una

señal de madurez cristiana es confiar permanentemente en Él en las minucias de la vida diaria. Si aprendemos a confiar en Dios en las adversidades menores, estaremos mejor preparados para confiar en Él durante las mayores.

Citando nuevamente a Philip Bennet Power:

Las circunstancias diarias de la vida nos brindarán oportunidades suficientes para glorificar a Dios con nuestra confianza, sin esperar ningún llamado extraordinario a nuestra fe. Recordemos que esas circunstancias extraordinarias son pocas, pues la mayor parte de la vida transcurre sin que éstas ocurran, y si no somos fieles y confiamos en lo pequeño, no lo haremos para lo grande... Dejemos que nuestra confianza crezca a través de la modesta experiencia diaria, con todas sus pequeñas necesidades, pruebas y penas, así cuando sea necesario, ésta estará allí para soportar todas las cosas grandes.⁹

Una vez le pregunté a una querida hermana que experimentó mucha adversidad, si le parecía tan difícil confiar en Dios en las pequeñas dificultades de la vida como en las grandes, y me respondió que encontraba más difíciles las pequeñas. En los momentos de crisis grandes, ella inmediatamente admitía su dependencia de Dios y se dirigía a Él, pero las adversidades corrientes, trataba de resolverlas por sí misma. Aprendamos de su experiencia y busquemos confiar en Dios en las circunstancias corrientes de la vida.

Ya sea que la dificultad sea mayor o menor, debemos escoger confiar en Dios. Tenemos que aprender a decir con el salmista: *Cuando siento miedo, pongo en ti mi confianza (Salmo 56:3).*



Dando siempre gracias

*Den gracias a Dios en toda situación,
porque esta es su voluntad para ustedes en Cristo Jesús.*

1ª Tesalonicenses 5:18

Podemos confiar en Dios quien es soberano, sabio y bueno. Si vamos a glorificarle en nuestros momentos de adversidad, tenemos que confiar en Él. En esto está en juego algo más que experimentar paz en medio de nuestras dificultades o librarnos de ellas. Honrarle debe ser nuestra principal preocupación. Por lo tanto, nuestra respuesta primordial a la dignidad de confianza de Dios debe ser: *Confiaré en Dios*. Sin embargo, hay respuestas implícitas que también son importantes. Estas proporcionan evidencia tangible de que de hecho estamos confiando en Él.

Dando siempre gracias

Acción de gracias

En el texto de nuestro capítulo, Pablo dijo: *Den gracias a Dios en toda situación*. Debemos ser agradecidos en buenos y malos momentos, por las adversidades y las bendiciones.

Todas las circunstancias, sean favorables o no, a nuestros deseos, deben ser ocasiones para dar gracias.

El agradecimiento no es una virtud natural, sino fruto del Espíritu dado por Él. La persona no creyente no se siente inclinada a dar gracias. Da la bienvenida a las situaciones que están de acuerdo con sus deseos y se queja de aquellas que no lo están, pero nunca, en ninguno de los dos casos, se le ocurre agradecer en estas circunstancias. Ve la vida como algo que va más allá del azar, se felicita a sí mismo por su éxito y acusa a los demás por sus fracasos, pero nunca ve la mano de Dios en su vida. Una de las afirmaciones más notables en la Biblia acerca del hombre natural es la acusación de Pablo que dice: *A pesar de haber conocido a Dios, no lo glorificaron como a Dios ni le dieron gracias, sino que se extraviaron en sus inútiles razonamientos, y se les oscureció su insensato corazón (Romanos 1:21)*.

El agradecimiento es admitir la dependencia. Por medio de él, aceptamos que en la realidad física Dios *Por el contrario, es quien da a todos la vida, el aliento y todas las cosas (Hechos 17:25)* y que en lo espiritual, es Él quien nos dio vida en Jesucristo, cuando murió por nuestras transgresiones y pecados. Todo lo que somos y tenemos se lo debemos a Su generosa gracia, *¿Quién te distingue de los demás? ¿Qué tienes que no hayas recibido? Y si lo recibiste, ¿por qué presumes como si no te lo hubieran dado? (1ª Corintios 4:7)*.

Como hijos de Dios debemos agradecerle en toda circunstancia, sea buena o mala. En el evangelio de Lucas se cuenta la historia de los diez leprosos que fueron curados por Jesús (*Lucas 17:11–19*).

Los diez clamaron para ser curados, y todos experimentaron el poder sanador de Cristo, pero sólo uno regresó a darle gracias. ¡Cómo tendemos a ser como los otros nueve! Listos a pedir la ayuda de Dios, pero olvidadizos a la hora de agradecer. De hecho, nuestro problema va más allá del simple olvido. Estamos llenos de un espíritu de ingratitud por nuestra naturaleza pecaminosa, pero debemos cultivar un nuevo espíritu, el de gratitud, el cual implantó el Espíritu Santo dentro de nosotros en el momento de nuestra salvación.

Ahora todos podemos ver la lógica en la historia de los diez leprosos: Todos deberían haber regresado para dar gracias a Jesús. Debemos reconocer que en muchas ocasiones hemos actuado como los nueve hombres olvidadizos, cuando debiéramos ser como el único agradecido. No tenemos inconvenientes con la teología del relato, aunque fracasamos en la práctica. En este sentido, no tenemos ningún problema en aceptar la orden de Pablo de dar gracias en todo.

Cuando las circunstancias son malas tenemos problemas para aceptar la instrucción de Pablo de agradecer en todo. Supongamos que una persona es curada de una enfermedad terrible, mientras que otra contrae una. La enseñanza de Pablo es que ambas, como creyentes, deben dar gracias a Dios.

La base para agradecer en las circunstancias difíciles, es que todo lo que hemos aprendido acerca de Dios en este libro, Su soberanía, sabiduría y amor, siempre han estado presentes en todos los cambios y giros inesperados y súbitos de nuestras vidas. En resumen, es la firme creencia de que Dios está obrando en todas las cosas –todas las circunstancias– para nuestro bien; es la voluntad de aceptar esta verdad de la palabra de Dios y depender de ella sin tener que saber cómo está Él actuando para nuestro bien.

Podemos ver una estrecha relación entre la promesa de *Romanos 8:28* y el mandamiento de *1ª Tesalonicenses 5:18*, cuando entendemos que la traducción literal de las palabras *en toda situación es en todo*. En griego como en español las palabras y sus significados son muy cercanos. Debemos dar gracias en todo porque sabemos que en todas las cosas Dios está obrando para nuestro bien. Para obtener el máximo consuelo y ánimo de *Romanos 8:28* –y dar gracias en todas las circunstancias– debemos entender que Dios trabaja de una forma proactiva, no reactiva. Es decir, que no sólo responde a una adversidad en nuestras vidas para obtener lo mejor de una situación, sino que antes de permitir la adversidad, sabe exactamente cómo la usará para nuestro bien. Dios sabía perfectamente lo que estaba haciendo antes de permitir a los hermanos de José venderlo como esclavo, y él lo reconoció cuando dijo a sus hermanos: *Fue Dios quien me envió aquí, y no ustedes. Es verdad que ustedes pensaron hacerme mal, pero Dios transformó ese mal en bien para lograr lo que hoy estamos viendo: salvar la vida de mucha gente (Génesis 45:8, 50:20).*

Es por esto que Pablo nos ordena: *Den gracias a Dios en toda situación, porque esta es su voluntad para ustedes en Cristo Jesús (énfasis del autor)*. En una ocasión anterior, en su primera carta a la iglesia de Tesalónica, Pablo había hablado de la voluntad de Dios. En el capítulo 4, versículo 3, él dice: *La voluntad de Dios es que sean santificados; que se aparten de la inmoralidad sexual*. Todos reconocemos el imperativo moral en este versículo. Dios nos ordena ser santos, y la santidad incluye la pureza sexual. El imperativo no es menos fuerte en el capítulo 5, versículo 18. Dar gracias en todo es una parte de la voluntad de Dios como lo es la abstinencia de la inmoralidad sexual. Esto no quiere decir que no dar gracias a Dios y caer en la impureza sexual sea igualmente pecaminoso a los ojos de Dios. Pero debemos decir que dar gracias a Dios en todo es parte de Su voluntad para nosotros, y que, por lo tanto, no es una alternativa para el que quiere honrarle y complacerle.

Dar gracias en todo, ya sea favorable o no, es otra respuesta a la dignidad de confianza en Dios. Si confiamos en que Él trabaja en toda circunstancia para nuestro bien, debemos darle gracias en todas esas circunstancias, no darle gracias por el mal que pueda haber en sí, sino por el bien que se sacará de ese mal por medio de Su soberanía, sabiduría y amor.

Adoración

Otra respuesta a la dignidad de confianza de Dios es adorarle en los momentos de adversidad. Cuando el desastre inicial golpeó a Job las Escrituras dicen:

Al llegar a este punto, Job se levantó, se rasgó las vestiduras, se rasuró la cabeza, y luego se dejó caer al suelo en actitud de adoración. Entonces dijo: “Desnudo salí del vientre de mi madre, y desnudo he de partir. El Señor ha dado; el Señor ha quitado. ¡Bendito sea el nombre del Señor!”

(Job 1:20–21)

Job en lugar de reaccionar contra Dios en los momentos de calamidad, lo adoró. En lugar de levantar el puño frente al Señor, se arrodilló ante Él, y en lugar de desafiarlo, reconoció humildemente la soberanía de Dios, quien en Su soberanía le había dado, y en Su soberanía tenía el derecho de quitarle.

La adoración involucra una consideración en dos direcciones. Al mirar hacia arriba vemos toda Su majestad, poder, gloria y soberanía, así como Su misericordia, bondad y gracia. Al mirarnos reconocemos nuestra total dependencia de Dios y nuestra pecaminosidad. Lo vemos como el Creador soberano, digno de adoración, servicio y obediencia, y nos vemos como simples criaturas, indignos pecadores, que hemos fallado en adorarle, servirle y obedecerle como debíamos.

No merecemos de Dios sino el juicio eterno. Somos Sus deudores permanentes, no sólo por Su soberana misericordia al salvarnos, sino por todo aliento que tomemos, y todo pedazo de pan que tengamos. No tenemos derechos ante Dios, todo es de Su gracia. Todo en el cielo y la tierra le pertenece, y nos lo dice en las palabras del señor a sus obreros del viñedo: *¿Es que no tengo derecho a hacer lo que quiera con mi dinero? ¿O te da envidia de que yo sea generoso? (Mateo 20:15).*

Esta es otra dimensión de la soberanía de Dios. Vimos anteriormente que Dios involucra Su poder absoluto para hacer cualquier cosa que lo complazca y Su control total sobre las acciones de todas Sus criaturas. Pero la soberanía de Dios también incluye Su derecho absoluto de hacer lo que quiera con nosotros.

Que haya decidido redimirnos y enviarnos a Su Hijo para que muriera por nosotros, en lugar de enviarnos al infierno, no era una obligación. Esto se debe únicamente a Su soberana misericordia y gracia. Como le dijo a Moisés: *Voy a darte pruebas de mi bondad, y te daré a conocer mi nombre. Y verás que tengo clemencia de quien quiero tenerla, y soy compasivo con quien quiero serlo (Éxodo 33:19).* Con esas palabras Dios estaba diciendo: *No tengo obligaciones con nadie.*

Adorarlo con el corazón en momentos de adversidad implica una actitud de humilde aceptación por parte nuestra del derecho de Dios de hacer lo que le plazca en nuestras vidas. Es un sincero reconocimiento de que lo que tengamos en cualquier momento: Salud, posición, riqueza o cualquier cosa que deseemos, son un regalo de Su gracia soberana, y que nos lo puede quitar según Su voluntad.

Pero Dios no actúa hacia nosotros con soberanía sin propósito, usando Su poder en forma opresiva o tiránica. Él ha actuado con amor, misericordia y gracia, y continúa actuando con nosotros

en esa forma a medida que obra para conformarnos a semejanza de Cristo.

Así como nos inclinamos en adoración ante Su infinito poder, también podemos inclinarnos con la confianza de que Él ejerce este poder para nosotros y no contra nosotros. Así que debemos inclinarnos en actitud de humildad, aceptando Sus tratos en nuestra vida. Pero también podemos inclinarnos con amor, sabiendo que esos tratos, aunque puedan ser severos y dolorosos provienen de un sabio y amoroso Padre Celestial.

Humildad

La relación de pensamientos en *1ª Pedro 5:6–7* debe animarnos en los momentos de adversidad. Los dos versículos dicen:

*Humíllense, pues, bajo la poderosa mano de Dios,
para que él los exalte a su debido tiempo.*

Depositen en él toda ansiedad, porque él cuida de ustedes.

Por un lado, hemos de humillarnos bajo la poderosa mano de Dios, lo cual equivale a someternos con espíritu de humildad, a los tratos soberanos de Él con nosotros. Por otro lado, debemos echar nuestras ansiedades sobre Él, sabiendo que cuida de nosotros. Las ansiedades, por supuesto, surgen de las adversidades que la mano poderosa de Dios trae a nuestras vidas. Debemos aceptar las adversidades, pero no las ansiedades.

Pero nuestra tendencia es totalmente lo opuesto. Buscamos escapar o resistir las adversidades, pero al mismo tiempo aferramos a las ansiedades que éstas nos producen. La forma de echar nuestras ansiedades sobre el Señor es humillándonos ante Su soberanía, y luego confiando en Su sabiduría y amor.

La humildad entonces debe ser tanto respuesta a la adversidad como fruto de ésta. El apóstol Pablo fue muy claro en cuanto a que el propósito principal de su aguijón en la carne fue desviar cualquier tendencia al orgullo en él. Por eso dijo: *Para evitar que me volviera presumido por estas sublimes revelaciones, una espina me fue clavada en el cuerpo, es decir, un mensajero de Satanás, para que me atormentara (2ª Corintios 12:7)*. Si Pablo tenía una tendencia al orgullo, seguro que nosotros también. Por lo tanto, podemos establecerlo como un principio: Cuando Dios nos bendice de cualquier forma que pueda engendrar orgullo en nosotros, nos dará junto con la bendición *un aguijón en la carne* para oponerse a ese orgullo y debilitarlo. Nos hará débiles de cualquier forma en una o más adversidades de modo que podamos reconocer que nuestra fortaleza está en Él y no en nosotros.

Podemos escoger cómo responderemos a ese aguijón en la carne. Podemos desgastarnos por meses, aun años o aceptarlo como de Dios, humillándonos ante Su poderosa mano. Cuando nos humillemos verdaderamente ante Él experimentaremos, a su debido tiempo, la suficiencia de Su gracia puesto que *Dios se opone a los orgullosos, pero da gracia a los humildes (Santiago 4:6)*.

Perdón

La adversidad nos llega muchas veces a través de las acciones de otras personas. A veces, estas acciones hirientes son dirigidas intencionalmente a nosotros. Otras, podemos ser víctimas de las acciones irresponsables de los demás, que aunque no son dirigidas deliberadamente hacia nosotros, nos afectan seriamente. ¿Cómo debemos responder a aquellos que son los instrumentos de nuestra adversidad? La única respuesta, claro está, es con amor y perdón.

Nuestra tendencia es acusar a la otra persona, guardar resentimientos e incluso desear vengarnos. He encontrado dos verdades que me ayudan a perdonar a otros. *Primera:* Yo mismo soy un pecador perdonado por la gracia infinita de Dios y la sangre derramada por Su Hijo. He herido a otros, tal vez no siempre con intención, pero sí inconscientemente por medio de un espíritu descuidado o por actos egoístas.

Eclesiastés 7:21–22 dice: No prestes atención a todo lo que se dice, y así no oirás cuando tu siervo hable mal de ti, aunque bien sabes que muchas veces también tú has hablado mal de otros. Mientras que hay una aplicación directa en este pasaje, también hay un amplio principio que habla acerca del tema del perdón. Podemos verlo reformulando la idea del pasaje como sigue: *No te resientas contra las otras personas que son instrumentos de la adversidad en tu vida, porque sabes en tu corazón que tú también lo has sido en la vida de otros.*

Dios nos pide que nos perdonemos unos a otros, así como Él nos perdonó en Cristo (*Efesios 4:32*). Si deseo que Dios me perdone cuando he herido a otros, entonces debo estar dispuesto a perdonar a aquellos que son instrumentos de dolor en mi vida.

Segunda: Yo veo más allá de la persona que es sólo el instrumento, para ver a Dios que ha permitido esta adversidad para mí, *¿Quién puede anunciar algo y hacerlo realidad sin que el Señor dé la orden? (Lamentaciones 3:37)*. Si Dios ha decidido que esta prueba suceda en mi vida, es porque Él en Su infinita sabiduría la considera buena para mí. A través de la adversidad, forjada por la otra persona, Dios está haciendo Su obra en mi vida. Humillarme ante Su poderosa mano es resistir cualquier tendencia a la amargura o resentimiento en mi corazón hacia la otra persona. Aunque sus acciones pueden ser pecaminosas en sí mismas, Dios las está utilizando en mi vida para mi bien.

Oración por liberación

Un espíritu de humilde aceptación hacia Dios o de perdón hacia otros no significa que no debamos orar por la liberación de las adversidades que nos sobrevienen. La Escritura nos enseña justamente lo contrario. Varios Salmos, por ejemplo, contienen oraciones muy fervientes para liberación de problemas de diferente índole. Pero sobre todo, tenemos el ejemplo del mismo Señor Jesús quien oró: *Padre mío, si es posible, no me hagas beber este trago amargo. Pero no sea lo que yo quiero, sino lo que quieres tú (Mateo 26:39).*

Mientras el resultado final de una prueba esté en duda (por ejemplo, en el caso de una enfermedad o un hijo espiritualmente rebelde) debemos continuar orando, suplicándole a Dios cambiar la situación. Pero debemos orar en la misma forma que Jesús lo hizo, no como deseamos sino como Dios lo desee. Ciertamente nunca debemos exigir a Dios que cambie la situación.

También debemos orar por liberación de los ataques de Satanás. Como ya hemos visto, los ataques de Satanás, como las ofensas de otras personas o las calamidades naturales, están bajo el dominio soberano de Dios. Satanás no puede atacarnos sin el permiso de Dios o ir más allá de los límites permitidos por Él (*Job 1:12, 2:6; Lucas 22:31*). No sabemos por qué, en una situación específica, Dios permite a Satanás atacarnos; pero, a veces la razón es que debemos comprometernos en una guerra espiritual para aplicar la orden: *Resistan al diablo (Santiago 4:7).*

Debemos orar por liberación y aprender a resistir los ataques de Satanás por el poder de Jesucristo. Pero debemos hacerlo con una actitud de humilde aceptación de lo que sea voluntad de Dios. A veces Su voluntad es librarnos de la adversidad; otras es darnos fortaleza para aceptarla. Confiar en Dios para obtener la gracia para aceptar la adversidad, es un acto de fe, así como lo es confiar en Él para librarnos de ella.

Buscando la gloria de Dios

Por encima de todo, nuestra respuesta a la adversidad debe ser la búsqueda de la gloria de Dios. Vemos esa actitud ilustrada en la vida del apóstol Pablo durante su encarcelamiento en Roma. Él no sólo fue encarcelado sino que también algunos hombres, supuestamente ministros del Evangelio, en realidad, trataban de empeorar sus problemas con su predicación (*Filipenses 1:14–17*).

¿Cuál fue la respuesta de Pablo? ¿Qué importa? Al fin y al cabo, y sea como sea, con motivos falsos o con sinceridad, se predica a Cristo. Por eso me alegro; es más, seguiré alegrándome (Filipenses 1:18). En esencia Pablo dijo: *Realmente no importa qué pase conmigo o cómo me afecte todo esto, lo importante es lo que le suceda al Evangelio.*

Probablemente la mayoría de nosotros no ha progresado tanto en la madurez cristiana, porque no hemos alcanzado el grado de desprendimiento espiritual que Pablo tuvo. Todavía importa lo que nos pase. Pero este debe ser nuestro objetivo y si buscamos oportunidades para crecer en esta dirección, las veremos.

Tal vez ocupe algún lugar de responsabilidad en su iglesia o en una organización ministerial. ¿Qué pasa si alguno más talentoso llega y le pide (tal vez no con mucha cortesía) que se haga a un lado en favor de esa persona? ¿Cómo responderá? Esta es su oportunidad para crecer en la dirección de preocuparse sólo para la gloria de Dios. Si le va a responder en esto y a humillarse bajo Su poderosa mano, experimentará Su gracia permitiéndole ocuparse principalmente –si no totalmente– en Su gloria. Habrá crecido más en su semejanza a Jesús, quien se despojó de Su gloria para morir por usted. Principalmente debe ver la mano de Dios en cada evento, sabiendo que Él hace las cosas bien; únicamente para su bien.

Una última cita de los aportes de Alexander Carson nos ayudará no solo a ver este evento típico en su perspectiva adecuada sino también a delinear todas las gratas verdades que hemos aprendido en estos estudios:

Nada puede ser más consolador para el hombre de Dios, que la convicción de que el Señor que hizo al mundo, lo gobierna y que cada evento, grande o pequeño, a favor o adverso, está bajo la absoluta disposición de quien hace todas las cosas bien y quien las regula para el bien de su pueblo... El cristiano tendrá confianza y valor en su labor, en la proporción en que vea a Dios en Su providencia como gobernante en medio de sus enemigos, y obrando siempre para el bien de Su pueblo y para Su propia gloria, incluso en la persecución del Evangelio.²

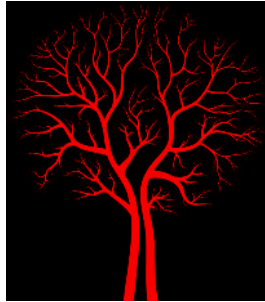
¿Puede confiar en Dios?

Hemos visto que Dios es digno de confianza. Él es absolutamente soberano sobre cada suceso en el universo, y ejecuta esa soberanía en una infinitamente sabia y amorosa manera para nuestro bien. En este sentido, hemos contestado la pregunta principal originada por este libro. Puede confiar en Dios, Él nunca lo desampará y nunca lo dejará.

Pero ¿qué sucede acerca de la segunda forma en que podemos hacer esta pregunta? ¿Puede confiar en Dios? ¿Es su relación con Dios tan íntima que puede construir un baluarte de confianza contra los ataques de la adversidad? No puede confiar en Dios aislándose de las otras áreas de su vida. Para crecer en la habilidad de confiar en Dios en momentos de adversidad, primero tiene que establecer un fundamento sólido de relación personal diaria con Él. Sólo en la medida en que le conozca íntimamente y busque obedecerle completamente, podrá establecer una relación de confianza con Él.

Confiando en Dios aunque la vida duela

Luego, a ese fundamento de una vida en comunión con Dios, debemos agregar lo que hemos aprendido de Él en este libro acerca de Su soberanía, sabiduría y amor. Debemos aferrarnos a estas grandes verdades en las pequeñas pruebas lo mismo que en las grandes calamidades de la vida. Al hacer esto dependiendo siempre del poder capacitador de Su Santo Espíritu, seremos más y más capaces de decir: *Puedo confiar en Dios aunque la vida duela.*



Notas

Capítulo Dos

1. Harold S. Kushner, *When Bad Things Happen to Good People* (New York: Avon Books, 1983), págs. 42–43. **2.** Kushner, *When Bad Things Happen to Good People*, pág. 43. **3.** Del artículo escrito por J. I. Packer sobre «Providencia» publicado en *The New Bible Dictionary* (Londres: The InterVarsity Fellowship, 1962), págs. 1050–1051. **4.** Citado por Dallas Willard, *In Search of Guidance* (Ventura, Calif.: Regal Books, 1984), Pág. 91. **5.** Citado por John Blanchard, *Gathered Gold* (Welwyn, Hertfordshire, England: Evangelical Press, 1984), pág. 332. **6.** Philip E. Hughes, *Hope for a Despairing World* (Grand Rapids: Baker Book House, 1977), págs 40–41. **7.** Steven Fink, *Crisis Management: Planning for the Inevitable* (New York: American Management Association, 1986) págs. 1–2. **8.** Kushner, *When Bad Things Happen to Good People*, Págs. 46– 48. **9.** Kushner, *When Bad Things Happen to Good People*, pág. 59. **10.** Alvera Mickelson, «Why Did God Let It Happen?», *Christianity Today* (Marzo 16, 1984), Págs. 22–24. **11.** Margaret Clarkson, *Destined*

for Glory (Grand Rapids: Eerdmans Publishing Company, 1983), Pág. 6. **12.** G. C. Berkouwer, The Providence of God (Grand Rapids: Eerdmans Publishing Company, 1983), pág. 23.

Capítulo Tres

1. Iain H. Murray, The Life of Arthur W. Pink (Edinburgh: The Banner of Truth, 1981), pdg. 4. **2.** Andrew Murray, Every-Day with Andrew Murray, como fue citado por Christianity Today (marzo 6, 1987), pág. 41. **3.** Margaret Clarkson, Grace Grows Best in Winter (Grand Rapids: Eerdmans Publishing Company, 1984), pdgs. 40–41. **4.** Alexander Carson, Confidence in God in Times of Danger (Swengel, Pa.: Reiner Publications, 1975), pág. 25. **5.** Quiero expresar mi agradecimiento a Alexander Carson por algunas de las ideas de su libro Confidence in God in Times of Danger, en este análisis de Ester capítulo 6.

Capítulo Cuatro

1. Charles Bridges, An Exposition of the Book of Proverbs (Evansville, Ind.: The Sovereign Grace Book Club, 1959), pág. 364. **2.** Berkouwer, The Providence of God, pág. 90–91. **3.** Carson, The History of Providence (Grand Rapids: Baker Book House, n.d.), págs. 96–97. **4.** Basil Manly, Sr., en Southern Baptist Sermons on Sovereignty and Responsibility (Harrisonburg, Va.: Sprinkle Publications, 1984), págs. 15–16. Manly fue pastor y educador, presidente de la Universidad de Alabama de 1838 a 1855, y también uno de los fundadores de la Convención Bautista del Sur. **5.** Richard Fuller, en Southern Baptist Sermons on Sovereignty and Responsibility, pág. 112. **6.** Berkouwer, The Providence of God, págs. 140–141. **7.** Carson, Confidence in God in Times of Danger, pág. 55.

Capítulo Cinco

1. C. H. Spurgeon, *God's Providence* (Choteau, Mont.: Gospel Mission, n.d.), pág. 18. **2.** Carson, *Confidence in God in Times of Danger*, pág. 41. **3.** H. B. Dehqani-Tafti, *Design of My World* (New York: The Seabury Press, 1982) pág. 30. **4.** Clarkson, *Grace Grows Best in Winter*, pág. 41. **5.** John Newton, *The Works of John Newton* (Edinburgh: The Banner of Truth Trust, 1985), Volume 4, pág. 429. **6.** Berkouwer, *The Providence of God*, págs. 91–92. **7.** Carson, *The History of Providence*, pág. 154.

Capítulo Seis

1. Mike Nichols, ¿How's the weather? *Christian Herald* (julio/agosto 1984), pág. 33. **2.** Berkouwer, *The Providence of God*, pág. 85. **3.** Carson, *The History of Providence*, pág. v. **4.** Carson, *Confidence in God in Times of Danger*, págs. 4–5. **5.** Edward J. Young, *The Book of Isaiah* (Grand Rapids: Eerdmans Publishing Company, 1984), Tomo 3, pág. 201. **6.** Citado de una copia impresa de un mensaje, “The sovereignty of God”, predicado por el doctor Donald G. Barnhouse, n.d., pág. 2.

Capítulo Siete

1. *Puritan Sermons 1659–1689*, una colección de sermones por 75 predicadores puritanos, originalmente publicados a intervalos irregulares entre 1660 y 1691, en Londres (wheaton, Ill: Richard Owen Roberts, Publisher, 1981), Tomo 1, Pág 374. **2.** John Flavel, *The Works of John Flavel* (Edinburgh: The Banner of Truth Trust, 1982), Tomo IV, págs. 336–497. **3.** *Puritan Sermons 1659–1689*, Tomo 1, pág. 374. **4.** Carson, *Confidence in God in Times of Danger*, (Confianza en Dios en tiempos de peligro).

Capítulo Ocho

1. Brian H. Edwards, *Not by Chance* (Hertfordshire, England: Evangelical Press, 1982), pag. 14. **2.** J.L. Dagg, *Manual of Theology* (Harrisonburg, Va.: Gano Books, 1982 edición del original 1857, publicada por The Southern Baptist Publication Society), págs. 86–87. **3.** John Piper, *Desiring God* (Portland, Oreg.: Multnomah Press, 1986), pag. 23. **4.** Citado de un artículo muy antiguo, sin fecha y sin firma, en el archivo de autores de una publicación británica, *A Witness and a Testimony*. **5.** Clarkson, *Destined for Glory*, pag. 19. **6.** Don Baker, *Pain's Hidden Purpose* (Portland, Ore.: Multnomah Press, 1984), pag. 103. **7.** Baker, *Pain's Hidden Purpose*, pag. 103. **8.** Young, *The Book of Isaiah*, tomo 3, pag. 383. **9.** Charles B. Williams, *The New Testament in the Language of the People* (Nashville: Holman Bible Publishers, 1986), pag. 351. **10.** Spurgeon, *God's Providence*, pag. 19. **11.** Berkouwer, *The Providence of God*, pag. 88. **12.** Flavel, *The Works of John Flavel*, Tomo 3, pag. 361. **13.** Dagg, *Manual of Theology*, pag. 91

Capítulo Nueve

1. Hughes, *Hope for a Despairing World*, pag. 14. **2.** Los teólogos, hablando de la bondad de Dios, generalmente distinguen entre su bondad de excelencia (como en: Es un buen ingeniero), y su bondad de benevolencia (como en: Es bueno con sus hijos). En este y el siguiente capítulo uso la bondad de Dios como la benevolencia hacia su pueblo, e intercambiamente con su amor. **3.** Hughes, *Hope for a Despairing World*, pag. 18. **4.** William Hendriksen, *New Testament Commentary, Exposition of Ephesians* (Grand Rapids: Baker Book House, 1967), págs. 102–103. **5.** Carson, *The History of Providence*, págs. 313–314. **6.** Berkouwer, *The Providence of God*, págs. 47 y 180.

Capítulo Diez

1. Young, The Book of Isaiah, Tbmno 3, pág. 285. **2.** Philip E. Hughes, A Commentary on the Epistle to the Hebrews (Grand Rapids: Eerdmans Publishing Company, 1977), pág. 528. **3.** Lina Sandell Berg, “Dia en Dia”, traducido por Roberto C. Savage. **4.** John Brown, Analytical Exposition of the Epistle of Paul the Apostle to the Romans (Grand Rapids: Baker Book House, 1981, reimpreso de la edición 1857), pág. 269.

Capítulo Once

1. James Hufstetler, “On Knowing Oneself”, The Banner of Truth, Issue 280 (enero 1987), pag. 13. **2.** Citado por J. R. Miller en un mensaje impreso, “Finding One’s Mission” (Swengel Pa:Peiner Publications, n.d.), pag. 2. **3.** Hufstetler, “On Knowing Oneself”, pag 14. **4.** Miller, “Finding One’s Mission”, pag. 2. **5.** James I. Packer, Your Father Loves You (Wheaton, 111. Harold Shaw Publishers, 1986), lectura devocional para octubre 13. **6.** Fanny J. Crosby, «Cristo es la guía de mi vida».

Capítulo Doce

1. Horatius Bonar, When God’s Children Suffer (New Canaan, Conn.: Keats Publishing, Inc., 1981, originalmente publicado como Night of Weeping), pág. 30. **2.** Bonar, When God’s Children Suffer, pág. 31. **3.** Bonar, When God’s Children Suffer, págs. 28– 29. **4.** Citado por C. S. Spurgeon, The Treasury of David (Grand Rapids: Baker Book House, 1984), Tomo 4, pág. 306. **5.** Un método que nos ayuda a recordar las lecciones de Dios a través de la adversidad es mantener un registro de ellas y repasarlas periódicamente.

Capítulo Trece

1. Clarkson, *Grace Grows Best in Winter*, pag. 21.
2. Newton, *The Works of John Newton*, Tomo 5, pags. 621–622.
3. Newton, *The Works of John Newton*, Tomo 5, pags. 622–623.
4. Newton, *The Works of John Newton*, Tomo 5, pags. 623–624.
5. *Puritan Sermons 1659–1689*, Tomo 1, pag. 378.
6. Newton, *The Works of John Newton*, Tomo 5, pag. 624.
7. Brown, *Expository Discourses on 1 Peter* (Edimburgo: The Banner of Truth Trust, 1975, publicado en 1.848), Tomo 2, pag. 539.
8. Philip Bennett Power, *The «I Wills» of The Psalms* (Edimburgo: The Banner of Truth Trust, 1985, publicado en 1858), págs. 10 y 8.
9. Power, *The «I Wills» of the Psalms*, pág.63.

Capítulo Catorce

1. Hay una discusión entre los comentaristas sobre si son preferibles las palabras en la versión King James «*todas las cosas trabajan para bien*» en la cual todas las cosas es el sujeto del verbo trabajan o las de la Nueva Versión Internacional en inglés en la cual el sujeto es Dios— «*en todas las cosas Dios trabaja*». Cualquiera sea la que prefiramos, el resultado es el mismo. Si todas las cosas trabajan juntas para nuestro bien es porque Dios ha causado que lo hagan. De hecho, La Biblia de las Américas la traduce como sigue: «*Todas las cosas cooperan para bien*». 2. Carson, *The History of Providence*, Págs. 168– 169.



CENTRO DE LITERATURA CRISTIANA

EDITORIAL CLC

Diagonal 61D Bis No. 24-50

Bogotá, D.C., Colombia

www.clccolombia.com